

MÁS ALLÁ DE LA CLÍNICA DE LO SOCIAL

(SEGUNDO DESPLIEGUE)¹

Por: Joel Otero Álvarez

I PARTE

VERSIÓN ESTÉTICA DEL NOMBRE DEL PADRE

Introducción

UNO. Desde la escritura del texto “Más allá de la Clínica de lo Social”, que en los últimos meses se ha estado corrigiendo se viene preguntado por las razones que justifican asumir el sentido de ese “más allá” y responder por las claves que le hacen indispensable.

Podría -en esa perspectiva y desde que se reconoce que se trata del acceso definitivo a una versión estética del modelo- comenzar indagando por el enlace que se establece entre las ya reconocidas cuatro fases (entendidas como lo clínico, lo clínico-estético, lo estético-clínico y lo estético) con la Clínica de lo Social.

A partir de entonces, se incluyen dos rutas decisivas.

Una: formas posibles de lectura que apuntan a desembocar en una clara demarcación transdisciplinar (desde la dimensión donde prima en cambio lo disciplinar-aplicativo, se avanza en pos de una puesta en acto de la supuesta subsunción de lo clínico por lo estético).

¹ La reflexión que se ha venido implementando (“Más allá de la Clínica de lo Social. Primer despliegue”) fue interrumpida por la invitación a formar parte de una labor académica (“Diplomado en Clínica de lo Social”) el cual finalmente no pudo llevarse a cabo. Sin embargo, este escrito que sigue -y que surgiera de allí- arma un puente inseparable entre el momento que le precede y aquel que le sucede. Es esta la razón que ha llevado -como en una suerte de tríptico escritural- a ofrecerlo en tres momentos diferenciales, unidos sin embargo en un mismo título (la bibliografía consultada se reúne al final).

Dos: la otra vertiente alude a claves de método donde se despliega una versión, distinta de aquella que impone la racionalidad del modelo cognitivo cuando en cambio se ajustan las cosas a urgencias de reconocimiento de esa prelación de lo estético.

DOS. Desde entonces, la Clínica de lo Social se asume más bien como un punto de partida, no como el referente que desde adentro aspira a su redondeamiento.

Hasta el momento, su desarrollo llega hasta la demarcación de bases indispensables para reflexionar desde lo estético el conjunto de los asuntos que se reúnen como entronque entre lo humano, lo social y lo urbano.

El “más allá” de la Clínica de lo Social resulta en cambio del reconocimiento de una territorialidad encubierta (o que al menos se resalta con toda contundencia, ahora que se reconoce el agotamiento de unas primeras indispensables puntualizaciones) y que si bien empezara a recorrerse de antemano con la ampliación de la franja que a título de Clínica de lo Social aborda y altera la demarcación de lo clínico, empata con la trilogía donde emerge, más allá de lo clínico de lo social, la psicología de la singularidad y el empalme con una ubicua estética de lo singular.

TRES. Si bien se trata de dos recorridos que tienen sus propios ritmos y que según el momento del despliegue teórico a veces se encuentran, se suplantán, o se contraponen, se podría comenzar por reconocer que en un caso, el énfasis es sobre el método (ruta que lleva de lo clínico a lo estético), en el otro, se trata de los contenidos y del armado nocional al cual se aspira: despliegue desde lo humano, lo social y lo urbano, que apuntala la asunción de un reconocimiento de lo máquico, y en consecuencia, de la reflexión a propósito de lo tecnológico y de lo terrorista, además de sus necesarias implicaciones y consecuencias.

Sin embargo, indagar al final de este señalado recorrido desde la reflexión explícita a propósito de tales nociones y conceptualizaciones, incluye -de un modo u otro- ambas dimensiones (tanto clínicas como estéticas) y según los énfasis de los cuales se trate, podrán variar las implicaciones y las prelações de uno u otro registro (modalidades clínico-estéticas o estético-clínicas).

CUATRO. Además de ello, la cuestión de la aplicación -cuyo abordaje, durante todo el tiempo contenido, torna de modo progresivo imperativo- impone el reconocimiento de una variante, corrientemente ignorada (así se la despliegue de continuo) que da a la aplicación teórica un lugar previo y dominante, antes del paso del lado de asunciones empíricas y de la ejercitación de técnicas diversas, y/o de despliegues de un tipo u otro que incidan sobre la realidad de las resultantes, cualesquiera fueren.

Lo cierto es que para armar práctica se impone llenar primero lagunas (por una u otra razón consolidadas tras esas implementaciones) y estar a cada paso enfrentando las consecuencias -sobre todo teóricas- que desata el empleo de tales modalidades pragmáticas.

Es esa la clave que permite el seguimiento estrecho de actividades que se derivan de las nuevas conceptualizaciones, las cuales -dadas necesariamente a posteriori- incluyen, no sólo enlaces continuos con soportes teóricos externos (otras disciplinas o modalidades de pensamiento, etc.), sino el reconocimiento

de que, cuanto se adelantara como esfuerzo básicamente teórico, resultaba siendo ya, aplicación teórica.

Es ello lo que acontece con cuanto sigue.

Nuevos planteamientos sobre el nombre del padre

UNO. Para pensar de nuevo “el nombre del padre” -más acá de Lacan- se impone rastrear todo cuanto va del demiurgo platónico al personaje terrorista, pasando desde el “Uno” plotiniano² hasta el dios cristiano³ -y unido a ello- las fases de lo demoníaco y las alternativas del infierno (que llevan desde los antiguos registros del Hades hasta el actual y empírico casino, o al prostíbulo, y a todos los lugares extremos donde la desmesura ingiere opios y drogas contundentes, invade cuerpos y da paso a modelos adictivos de todo orden, consiguiendo ensamblar finalmente a título de generalizada -acaso camuflada- imposición que consolida garantía al consumismo desbordante, diluido -de manera envolvente e irremediable- a nivel del conjunto del modelo social).

Y así suene muy fuerte, si se aspira a esos reconocimientos y envolturas se impone de manera inevitable asumir una clave principal: dada marca decisiva del cristianismo en esas actuales resultantes -y no sólo en enlace apenas con una derivación demoníaca de complemento- habrá de serlo en cuanto referente desde el cual se altera de modo radical el vínculo con la creencia (por ende, con el manejo del terror, cualquiera fuera su registro).

DOS. No sólo se hace indispensable reconocerlo todo así para dar cuenta del asunto fáustico. De hecho el tema está también, con tanta o mayor contundencia, presente en el “Hamlet” de Shakespeare, e incluso -lo cual no tendría por qué sonar sorprendente- en la versión freudiana del mito originario (la culpa y el parricidio), o en la sostenida presencia del tema lacaniano, reconocido sobre todo en relación con el-nombre-del-padre.

En efecto, como es bien sabido, el lugar del-nombre-del-padre lacaniano tiene decisivas connotaciones, y de modo principal, en relación con la inscripción de lo humano en lo simbólico (todo ello, dado que el mito de un parricidio originario comporta una confluencia que da paso -cuando de la cuestión humana se trata- al necesario entronque entre lo particular y lo general).

De igual modo acontece -se insiste en ello- con la versión freudiana que asume la emergencia de la cultura a partir de esa operación donde se repone la asunción del asesinato primordial del proto-padre, seguido de la ingesta de su cadáver.

O sea, que antes de ser explicación sobre el origen, se trata en realidad del supuesto y silencioso -en realidad infructuoso- desciframiento del paso -mítico por lo demás- que reúne en lo humano, lo individual con lo colectivo.

² Sobre todo, la experiencia estética incluida en esa búsqueda -en extremo peculiar- de los más hondos trasfondos.

³ Modelo donde “el Uno” se abstrae y consolida del lado de una unidad asumida como segura y evidente.

TRES. Como fuere, de algún modo pretendida travesía que se impondría a todos los humanos, habrá de ser esa la vía que por la brecha del mito, trocase la urgencia del impedido acto atentatorio en cada quién y al tiempo -por esa única posible vía- le atara de modo indisoluble con el resto de sus semejantes.

Lo dijo el psicoanálisis -que conste ello-: un asesino subtiende en cada ser humano y es esa la razón que subtiende, desde la cual -de manera sublimatoria- se arma ley y se consolida derecho.

En cada caso, en efecto, pospuesto -desde la inscripción del atentado como prohibición- se desarrollaría el asunto, a título de deseo fundante.

Como quien dice que ese asesinato que así se asume, funda y decide. Paradójicamente -de tanto impedírselo- se trastrueca (como negativa ejecutoria) en imposibilidad imborrable desde donde, de todos modos, se eterniza y perpetúa.

Y (ya, a partir de aquí, Freud -y el resto- dejan definitivamente de resolver, retratando en cambio la contundencia del modelo) desde que se generaliza a título de compartida normalidad (del lado de una ley, abstracta, impersonal, que apuntala razón y da paso a la certeza de la coherencia, que enorgullece a todos).

Es esa sólida mole de cemento urbano cuanto esconde la emergencia de la bloqueada selva.

Quiere decirse con ello, que desde entonces, lo doble-forclusivo habrá de ser la primera clave de silencio donde todo ello -sin de hecho desaparecer- se cancela por partida doble.

CUATRO. En efecto: en Lacan, tanto como en el propio Freud (quien amarra a la culpa primordial el grueso del asunto, entendida como primera apropiación desde la cual se funda la irrupción de lo humano), y sin duda, a su vez -aunque a su modo- acontece también con Goethe y Shakespeare, la cobertura del modelo cristiano (sumada a ello, lo doble-forclusión en ejercicio ya) resulta inocultable, inevitable, denominador común. En efecto, con mayor o menor ignorancia de esa incidencia, lo cierto es que, a partir de allí, no sólo el asunto de la marca cristiana se ilustra y explicita. Al tiempo -en la medida en que con mayor radicalismo todo ello se silencia- incide de manera inocultable la perspectiva del conjunto, aglutinando, uniformando lo humano.

Quizá sea excesivo atribuir sólo al cristianismo la contundencia de esas marcas, pues lo cierto es que más que causa resulta siendo efecto ya de todo ello: lo doble forclusivo subtiende allí, y al enlazarlo con la irrupción y perpetuación del cristianismo resultan siendo ambos tanto más decisivos.

No sucede menos en producciones, influidas por y/o derivadas de estas otras, señaladas previamente aquí. De un modo u otro, desde marcas inocultables, o bien, desdibujadas por la distancia, la inclusión y envolverencia de lo religioso es de indiscutible constancia.

A esas razones al menos, resulta extraño que se las ignore cuando -sin más, de aquí y de allá- se alude al padre.

CINCO. Suena por ello tanto más que problemático -si no de modo franco, significado por el síntoma- que toda esa herencia, que debiera asumirse como

decisivamente determinada desde el imperativo cristiano, resulte reconocida y contaminada, desde una versión más amplia que incluye de modo decisivo a la antigua Grecia.

Es claro que es por causa del desconocimiento de lo doble-forclusivo que vendría operando de antemano, que la decisiva marca del cristianismo se diluye y esconde imponiendo de ese modo una mayor eficacia ideológica.

En efecto, que se apele a Edipo para nombrar y graficar esa perpetuación, parece pasar de largo por puntos esenciales de cruce (donde el Hades deja de serlo para dar paso a la versión del infierno cristiano, y Dionisos se trueca -o es suplantado- por Mefistófeles o el demonio mismo).

Pues bien: entre otras cosas, desde entonces el paso por el enclave edípico que hereda y certifica esta base mítica (la cual comporta la formalización cultural-humana y donde el parricidio se congela y perpetúa de modo inapelable) resulta sin embargo más comprensible en su acepción particular, que cuando se la asume como generalizada operación colectiva. Por más que sean rituales religiosos los primeros que delatan de modo inocultable la existencia de esos apuntalamientos (la misa cristiana por ejemplo).⁴

SEIS. Si bien nada excluye la presencia allí de lo edípico rigiendo lo colectivo, también es cierto que sería en extremo reductor e insostenible atribuir apenas a esa causal las múltiples ofertas y despliegues, que de manera panorámica -y también a nivel de lo más específico- terminan decidiendo el vasto devenir de lo humano, de lo social y de lo urbano.

Una condición de permanencia en lo infantil parece entonces indispensable siempre -aún tratándose de masas o de agrupaciones- y con seguridad podrían alegarse tales involucramientos, siempre y cuando se trate de la prelación de lo inconsciente allí.

O sea, no sólo para el caso de las constantes exclusiones, como acontece con las demencias al interior de los colectivos humanos, o los sueños -si bien no compartidos, recogidos sí desde el habitual dormir que por lo general se asume como pausa común- pero, por sobre todo, en tanto reconocida presencia de una "psicología de masas" (tal cual se apela a esa animación común, a esa herencia de conjunto, de modo enigmático receptada desde los más lejanos e indescifrables tiempos).

SIETE. Incluso, cuando se trata de las psicosis -caso de Schreber y de Christoph Haizmann- la decisiva marca del padre allí no implica la necesaria derivación en consecuencia de una dimensión nuclear, que desde la certeza de su nombre inaugural decide -por encima de todo, subordinando la multiplicidad de causales y de enigmas- las estéticas especificidades determinantes de la emergencia de resultantes psicóticas (pasando de largo por los retenes que se imponen desde lo racional y a partir de allí las aspiraciones comprensivas que entonces se suman).

⁴ Cuando el cristianismo aparece apuntalando de manera previa la versión del mito, torna ello de una evidencia demostrativa irrecusable. Si se le asume en cambio -como cuanto en realidad es, efecto que se usa para ilusionarse con la reinterpretación de lo incapturable- su lugar se aísla permitiendo reconocerle como sostenida y envolvente clave ideológica.

Sólo por entenderlo desde la doble forclusión que impera en lo normal, la psicosis se lee como producto puro de una primera forclusión definitoria que reúne en una sola resultante clínica las versiones que en tal sentido se dan sobre el asunto.

En efecto: tornan posibles los develamientos psicoanalíticos sobre el tema de lo psicótico, y también los diagnósticos en los cuales confluyen -sin repudio alguno- las marcas apabullantes que deciden las aplicaciones armadas a partir de la puesta en acto de lo psiquiátrico.

O sea que se mutila el modelo para poderlo ajustar a una versión, indispensable en cambio para quienes, en su afán de perpetuarse en el rebaño, forcluyen por partida doble.

OCHO. Es bien sabido que lo doble-forclusivo se impone como constancia previa, y al tiempo urgencia explicativa porque se asume la envolvente presencia del lenguaje (en cuanto reconocido como definitoria y exclusiva sustancia que en primer lugar decide y define lo humano). El lenguaje apuntala y resulta sostenido de manera simultánea, por la basal cobertura defensiva (lo doble-forclusivo).

Cuanto debiera ser duplicadamente enigmático pasa a ser resuelto sin sombras ni trasfondos a título de indiscutible evidencia, de sólido destino recluyente, como lenguaje puro que lo humano destila (a la manera del hilo que drenan las arañas)⁵.

Ahora bien: que a todo ello se le pueda ver así (y se lo siga haciendo sin remedio desde que se le asume partiendo de esa tradición -que de modo indisoluble- lo ensambla al colectivo mismo) y que por ende, se imponga reconocerle ahora desde esa supuesta clave indiscutible (el lenguaje y la razón que a partir de allí se apuntala) si bien a estas alturas resulta innegable, es claro que no cubre a plenitud la totalidad de las emergencias allí presentes.

Si algo puede cuestionarse entonces es la constancia de estrechamientos indispensables, que crean “afueras” a cada paso para conseguir dar mínima coherencia a la certeza de coberturas cerradas y excluyentes.

NUEVE. Dado que para que se haga posible el ensamble entre lo humano individual y lo colectivo torna necesario un largo y sostenido proceso de enseñanza donde cada quien accede al orden y a la humana ley, se impone reconocer allí el punto de emergencia que invierte los sentidos, que troca los enlaces, dando paso a la consolidación de masivas versiones ideológicas. Mitologías inapelables, que a título de tapones indiscutidos e indiscutibles, recubren la verdad, delatando esa suerte de “agujeros negros” con los cuales se aísla lo humano, del universo (desde que lo humano desvió su ruta y a partir de entonces pretendió armarse desde afuera).

En esa suerte de psicosis colectiva (que troca en “lo normal”, una vez la doble-forclusión” lo cubre todo) como incapturable origen, la escisión fundadora

⁵ Y sin embargo, dada asunción masiva de la defensa (doble-forclusiva) ello, antes de resultar refutante, da paso al despliegue inagotable y coherente de una ciencia indiscutible (la lingüística). ¿Cómo habría de ser posible en realidad cuestionar tal resultante, si hasta a las matemáticas les acontece igual? ¿Habría sin embargo algo más reclusivo que el lenguaje?

seguirá -por encima de ello- subyaciendo allí, y como inevitable presencia silenciada subyacerá en el juego que arman las resultantes todas.

Sobre esa superficie que aspira a la plena cobertura se armarán las producciones desde la obra humana -incluido por supuesto el lenguaje y los "afueras" que se suman allí de manera inevitable- y bajo esa gruesa capa de suplemento subyacerá el terror. Terror recreado, en realidad incrementado y soportado (en tanto retrato indiscutible que arman la doble-forclusión y las defensas todas) por la obra humana, indetenible y a todas luces sintomática.⁶

DIEZ. Ahora bien: si precisamente lo simbólico se desborda en cualquier resultante psicótica pensable (tanto más, a nivel de modalidades paradigmáticas -como la psicosis schreberiana y la patología del propio pintor del siglo XVII, Cristóbal Haizmann- que, por otras vías no menos decisivas suman en especificidad a las ofertas psicóticas mismas) habrá de ser en tanto lo simbólico es apenas expresión de un modelo más amplio, efecto ya, que no sólo demanda se le sumen los registros de lo imaginario y de lo real, es que además, esa trilogía que así se arma obedece ya a sobredeterminaciones que de antemano deciden la envoltura del lenguaje.

De hecho se reponen de continuo causales estéticas que remontan la mera lectura clínica, implicando en cambio la urgencia del simultáneo cuestionamiento de la creciente tendencia a la especialización (en referencia con la verdad plural de esos armados, y desde el reconocimiento de la condición de impedimento que subyace siempre allí sin alternativa alguna de posible apelación).

ONCE. De otro lado, fueron razones pragmáticas las que impidieron que a la reflexión (que -sin duda adecuadamente-, para el armado de una oferta teórica psicoanalítica parte de la indagación a propósito de los sueños) no se le sumara como indispensable complemento clínico-aplicativo el abordaje de cuadros específicamente psicóticos (incluso, que no se partiera de allí para armar una propuesta diagnóstica de conjunto). Que, en cambio de ello, lo neurótico surgiera en primer lugar, invadiendo las urgencias de lo terapéutico y obligando a torsiones, más bien inconvenientes que realmente descifratorias (al menos en cuanto hace con registros de pleno complementamiento teórico-práctico). Lo cual se evidencia plenamente desde que al abordar las psicosis no se asume la tarea de reajustar las cosas a esos presupuestos determinantes.

Luego, en efecto, de la envoltura resultante con la cual -en el esfuerzo de desciframiento del tema de lo psicopatógeno, en referencia además con las defensas en el armado psíquico de lo humano en general, y dado su olvido por parte de Freud- se creyó resolverlo todo de una vez, impostando a posteriori la

⁶ Conviene sí reconocer que a partir de allí una envoltura tal califica de diverso modo a cada resultante posible. No ha de ser igual la clave sublimatoria -para decirlo a la manera freudiana- que reúne los sostenidos empeños, por siglos y siglos, de la filosofía, la ciencia, el arte, que las groseras modalidades del poder, o los bizarros recursos de las habituales modalidades uniformantes que caracterizan a la mayoría de los seres humanos, adaptados sin remedio al modelo de rebaño. En la mitad de esos extremos caben matices inagotables que comprometen a su vez de muy diversas y específicas maneras. Lo cierto es que la singularidad no desaparece, a pesar del apabullante dominio de las modalidades doble-forclusivas, y la insistente presencia de estas últimas no invalida registros diversos que a pesar de todo se suman también.

noción de la forclusión (como si lo psicótico apenas colindara al lado del freudiano concepto de represión).⁷

Desde entonces, por lo menos se impone la evidencia de una doble resultante, lo cual tampoco se resuelve partiendo del bien intencionado esfuerzo de apostar por una indiscutida unidad de base, insoluble y fiel a los develamientos de los primeros aportes freudianos (quizá, sólo por respetuoso reconocimiento al creador de la nueva ciencia).

De pronto sea esa en cambio una de las razones -si no la razón misma- por la cual el nombre del padre (generalizado desde allí de modo sintomático ya) mal-recubre asuntos que demandan versiones más amplias y ajustadas con el despliegue de las cuestiones mórbidas de lo humano a través de los tiempos y luego de la puesta en marcha de los propios develamientos psicoanalíticos.

DOCE. Si algo resalta en el desciframiento que realizara Freud a propósito de la verdad de los sueños es, sin duda alguna, el gratuito desborde estético que de hecho resultan ser éstos, y frente a lo cual se erigen -a posteriori- las modalidades de la vigilia donde el modelo doble-forclusivo pasa a ser dominante e indispensable.

Incluso, si se quisiera reunir todo dentro de ese mismo bolso -que da a la psíquico prelación defensiva por sobre cualquier otra urgencia o sobredeterminación- y se reconociera en ese desborde estético, idéntica procedencia defensiva, ello solo impondría deducir que la defensa entonces, tendría sentidos diversos y dimensiones diferentes que la convertirían en otra cuestión, diversa de cuanto se le atribuyera habitualmente.

Habría de ser frente a otras realidades que el soñante desplegaría sus empeños de llenar un vacío que -sin remedio- lo aproximaría al terror (antes de la pretendida realización de deseos con lo cual se quiso resolver de una vez por todas el sentido de los sueños).

Que de todos modos los deseos van allí, nadie lo podría negar. Pero, que todo lo onírico pase, sin otra opción posible, por ese indispensable retén, es algo que al menos exige contundentes cuestionamientos (los cuales, extrañamente y que se sepa, nunca se le ocurrió hacer a nadie).

TRECE. De aceptarse lo dicho con antelación, antes que realización de deseos los sueños imponen la pregunta por su razón defensiva frente al terror. O, en su defecto, urge entender a los sueños como reconocida expresión del terror mismo, como enigmática escritura onírica que sigue defendiendo -con más urgencia incluso- desde que, en el dormir, el soñante se ve impelido a acercarse al terror en demasía (si no -una vez se desdibuja el mapa defensivo que presuponen las sostenidas defensas diurnas- a estar inmerso en él).

Resulta posible que no sea sostenible la escritura -aun pensándola como modalidad onírica- a título de directo efecto de terror, como *terror que escribe*, pero esa condición escritural indiscutible, que sin duda el sueño es, coloca afuera a la persona, o al menos, la trastrueca y metamorfosea en escenario

⁷ Y no se podría decir que el psicoanálisis freudiano desconociera la primaria incidencia de lo psicótico en el armado psíquico de lo humano. Sólo que, al parecer, lo teórico allí -una vez más- marcha por un lado, y lo práctico-aplicativo se decide en cambio rigiéndose por otros parámetros, autónomos, ajenos a toda urgencia de claro complemento.

donde el retrato de lo psíquico -liberado de sus amarres y sobredeterminaciones desde lo social- resulta más cercano a su real imagen.

Podría pensarse en modalidades que incluyeran ambas opciones, pues cuanto subtiende allí sería la imposibilidad de asumir a plenitud la constancia del vacío (sin resolverse en muerte, en tanto juego intermedio que desde el soñar separa a la vida de esta última).

CATORCE. Si bien es más que sabido que la imposibilidad de asumir el dormir como real reposo es cuanto el soñar cuestiona por sobre todo, ha de ser el terror cuanto impone tal recurso formalizador como vía indispensable para no permitir a la muerte invadir sin remedio la obligatoria pausa.

Desde entonces, y en relación con puntuales exigencias explicativas, consolidada la estética operación, que sea defensa o no el terror es -si bien se ve- secundario.

La verdadera cuestión está en la puesta en acto de dimensiones tanto más basales que hacen del deseo, derivación y no causa misma de esa actividad tan extraña como persistente que es el soñar propiamente dicho.

Territorio linderal donde no se es ni se deja de ser, donde lo particular y lo colectivo ceden el paso a una dimensión otra -inubicable al tiempo que innegable- el sueño es la certeza de lo incierto más definitorio, la constante del secreto, que por encima de toda defensa posible o pensable, triunfa siempre. Ruta obligada que ensambla al tiempo desde el enigma y el secreto lo colectivo con lo más íntimo.

La culpa, en cambio -debe insistirse en ello- ha de enlazar al trasfondo doble-forclusivo que la cobertura ético-represiva apuntala desde que se suma el cristianismo.

“Hamlet” y el nombre del padre

UNO. Si se pensara en el nombre del padre a la luz, por decir algo, de la última versión cinematográfica del “Hamlet” shakesperiano (Franco Zeffirelli), se podría reconocer hasta dónde no se trata de negar lo edípico, ni de cancelar los inocultables aportes psicoanalíticos, aunque sí de recuperarlos en los resaltamientos de sentido que incluyen sus sesgos actuales (y cuando se permiten ubicaciones de la marca imprevista que dejen allí tanto el cristianismo como lo doble-forclusivo).

Si se siguiera el recorrido del tema cristiano en esa versión del “Hamlet” de Shakespeare⁸ se podrían localizar coherencias decisivas, que sin duda alguna, aportan a la íntima unidad de un montaje de ese corte.

⁸ Lejos del interés de esta reflexión atribuirlo todo a la cobertura de lo cristiano que a partir de determinado punto decide esenciales asuntos de lo humano, pero tampoco se podría negar su decisiva incidencia, sobre todo cuando se trata de cuestiones como el origen o lo suprasensible y la manera de conjugarlos en determinados momentos del proceso histórico.

Tampoco se trata por supuesto, en este escrito, de recalcar a propósito de doctos despliegues históricos. Sólo en la medida en que aporte a la emergencia de un plus imprevisto cobra sentido este recurso.

Otros asuntos sin embargo son resueltos con dificultad desde que se impone la traducción de lo teatral, a partir del lenguaje del cine. La sombra del padre -por decir algo- es ya una ilustración de ello. Siendo que podría habersele mantenido en su condición de “ente del más allá” contando con la opción del uso de mayores recursos técnicos, “el espíritu del padre” resulta siendo un personaje más (no suficientemente diferenciado del resto, al menos) y resuelto, casi de modo literal desde alternativas que obedecen por sobre todo a cómodos mandatos teatrales.

Al “espíritu del padre” se le impone presentarse, no como el padre mismo, sí como el espectro que le repone. Su condición comporta ya incluso, no sólo un duplicado desdoblamiento de ficción que lo ofrece como personaje-de-otro-personaje (sombra del padre), es además reposición de un personaje irrecuperable, pero por ello mismo tanto más decisivo, clave de tajante impedimento.

DOS. Nunca se podría decir que se encarna al fantasma del padre sin chocar por necesidad con un muro común a todo personaje teatral -fuera el que fuese- lo cual pone irremontables límites a lo verosímil en tanto choca con la materialidad del actor que de modo inevitable le repone (realidad indispensable en tanto que negada -así fuere por mera convención- decisiva clave sin embargo de cuanto allí discurre desde que arma definitoria especificidad).⁹

Es bien sabido que en teatro no es posible sostener la condición de la persona tal cual acontece en la vida misma, que eso lo decide y diferencia (así el actor resulte presente, se trata de su borradura en el personaje. La persona ahí no figura más que en la medida en que delata la opción de personajes que le subtienden. Y si se dijera que en el cine es de alguna manera igual, habría que reconocer que la presencia física del actor de teatro en la resultante final impone ya decisiva diferencia).

Como fuere, la ficción de esos desdoblamientos -a partir de entonces inevitables- está por todas partes reflejándose.

Y esa ficción se soporta sobre un lecho de ausencia indispensable, que se afianza tanto más en la medida en que el doble se despliega y ejemplifica de un lado y otro.

Sucede que el teatro es reposición masiva de dobles y es por ello que la persona -que en la vida misma se cree o se sabe de algún modo única- comporta a la luz de estas perspectivas, más que un impedimento, el contundente develamiento de su real condición de máscara. Esa máscara da paso al desborde de la formalización estética, y cuando en cambio, tras la máscara subtiende mero vacío, lo extraño al menos se apuntala en el bloqueo que taponan el desbordamiento incontrolable del terror.

TRES. Más allá de comparaciones cuyo recorrido no va a ser posible rastrear suficientemente sin abandonar los asuntos prioritarios aquí, debe decirse que en el “Hamlet” de Shakespeare el padre no es pues apenas quien retorna. El padre es también rey y fantasma además.

⁹ Si se le compara con la realidad empírica, con la lectura del texto mismo, o con la reversión del lado de una puesta en acto cinematográfica, en cualquier caso existe una especificidad intransferible e irremontable cuando de la escenificación teatral se trata.

Dada su pluralidad definitoria, el padre allí es quien resulta indefectiblemente suplantado.

Sin ser -en la obra- más que el soporte de un afuera irremontable, el padre de Hamlet es por sobre todo un personaje irrecuperable cuya ausencia sin embargo irradia tanta presencia que lo cubre todo (sin él -dígase cuanto se diga- la obra sencillamente no rodaría).

Se podría alegar por eso que el padre sólo retorna por vías indirectas en la medida en que de todos modos resulta imprescindible. Pero, además, se impone el reconocimiento de una determinante prioridad estética que ha de ser el teatro y/o el cine (en ese punto sí reunidos) cuanto venga a implementarla.

En cualquier forma se deberá contar con él generando de ese modo enriquecedores suplementos, que sólo la excepcional creatividad de alguien como Shakespeare logra consolidar.

CUATRO. Pero ¿es ello cuestión factible de generalización? ¿Se podrá saltar hasta la realidad misma desde tales formatos de ficción, siendo que apenas ésta se justifica desde la urgencia misma -que a nivel del arte- de tal modo se impone? ¿Dónde ensambla tal necesidad con lo humano propiamente dicho?

Si algo a partir de esa escena -donde el padre de Hamlet hace presencia- comporta efecto estremecedor es la realización de cuanto (para cada quien) resulta imposible, como no fuera por la ruta de lo alucinatorio.

Partiendo en cambio de su escenificación cinematográfica y/o teatral, la puesta en acto del retorno del padre desde ese “más allá” resuelve cuanto está impedido para la perspectiva del hombre normal.

Y lo cierto es que ello es apenas posible en la medida en que existe un hilo de ensamble entre la ficción y la realidad.

Y no sólo porque se den allí realidad empírica y realidad teatral y/o cinematográfica. Se trata sin duda también no sólo de temas comunes a todos esos mencionados registros, de hecho se resuelven tales contextos de modo inapelable y definitorio a partir del terror. Y de un terror muy específico, como resulta siéndolo ése que comporta paso directo desde lo sobrenatural hasta la inmediata presencia de lo visible.

No se podría negar que en cualquier caso, sea como repuesta ficción -figural o sonora, fuere como máscara, o como inocultable alucinación- está el terror presente.

Y -así no sea de manera equivalente en cada situación- de forma indispensable e inigualable el terror envuelve también a quienes a título de público apenas observan la situación, delatando con ello un remontamiento de las diferencias en beneficio de la estrecha integración -de autor, público masivo, grupos de uno u otro orden, personas, personajes, actores, directores, etc.- finalmente consolidada (tan enigmática como constitutiva).

CINCO. Concentrándose en las implicaciones de la escena específica (la aparición de la sombra del padre) deberá decirse que, a pesar de todo en la película de Zeffirelli, la permanencia del personaje que encarna el espíritu del padre hace que ese terror de todo ello emergente no se sostenga por mucho

tiempo, obligando a reconocer que sobra un poco entonces la insistente presencia de la figura misma (inocultable falla en la película).

Si el espectro paterno hablara apenas, fuera mero texto, como “voz en off”, o bien, si fuese sólo figura casi perceptible -más bien evanescente-, si resultara más hacedura de sombra que constancia figural, acaso tendría mayor justificación su emergencia al mundo de lo asumido como realidad empírica, y/o de su discurso allí.

Si fuera pues el simulacro fantasmal más impreciso, más cercano de la ausencia que representa, más personaje puro en tanto que repone desdoblamiento duplos, incluso: si en cambio de un mero doble que repone presencia, se le asumiera como duplicación de ausencia y de muerte -que es en verdad cuanto representa-, y así con ello se refutara con tanto más vigor toda exigida verosimilitud, como fuese -por todo esto- habría de exigírsele al montaje mismo apuntar en lo posible a ese efecto (sin duda más exacto y contundente de cuanto de hecho se consigue allí).

SEIS. Dado que de todos modos se trata de la puesta en acto de lo imposible, de la emergencia de un ser suprasensible ¿cómo dar pertinente lugar a ello, así fuera desde una pura máscara, siempre urgida de un necesario soporte material?

Es cierto: importa más aquí la marca en lo psíquico (sin duda no se trata de armar crítica de arte). Conviene sí recalcar en esa versión del terror -que podría contradecir la idea, según la cual, este último es puesta en acto ya desde la desmesura- reconociendo que, también allí donde lo suprasensible hace emergencia, comportando terror por sobre todo -ya sea en el cine, en el teatro, en la vida misma, donde fuere- no habría de ser por ello su efecto más débil o atenuado (así su procedencia resultara de manera más cierta de un puro carácter interno, o si se alegara que -como es de hecho válido- no siempre sobreviene el terror por la sola emergencia de lo suprasensible).

Como fuere, el nombre del padre surge -si se le atiende a Lacan- precisamente del masivo taponamiento de esa operación (de otro modo condición irremontable que no podría evitar la constante emergencia del terror). Pues bien: es allí donde la doble forclusión resulta inapelable, donde evidencia directa justificación, y donde impone -por ende- ser reconocida como necesaria desde su más plena y redonda operancia.

SIETE. Ahora bien: si se escudriña un tanto más en este “Hamlet” cinematográfico, se podrá observar que delata nuevas rutas y opciones de sentido, no sólo cuando se trata del asunto del padre.

En efecto, existe acaso allí un énfasis dramático más visible cuando se trata directamente del incesto. Pero entonces, por necesidad, la cuestión es con la madre, en tanto por sobre todo se trata de una figura transgresora (tanto más en cuanto se impone como despojada de todo posible soporte paterno -o si se prefiere decirlo desde un sesgo inverso, pero no menos válido- obligada al redoblamiento del masculino complemento).

Como fuere, no se trata apenas del paso de lado del incesto. Parece consistir en algo más amplio que abre una puerta adicional, desde que la suplantación directa de ese padre a partir del nuevo rey -su asesino y reemplazo- resulta a

todas luces inaplicable (o bien, su ejercitamiento da paso al más extremo modelo transgresor, fuente real de toda derivación del lado de lo trágico).

Sin duda-desde esa perspectiva- el parricidio admite lecturas renovadas. No sólo porque, además de todo, se dé un enlace precipitado entre la reina y el nuevo rey (circunstancia sólo justificable dadas urgencias del poder, tal cual lo demanda el registro político: indispensable e inmediata reposición del soberano), ni tampoco porque el asesino del padre sea su propio hermano (lo cual, es cierto, de manera adicional añade gravedad a las cosas). Es que, por sobre todo -para decirlo en lenguaje lacaniano- lo real allí no debiera admitir suplantación alguna, cobertura posible desde lo simbólico.

OCHO. Para ilustrar la diferencia entre la vivencia teatral y el modelo que apuntala la realidad empírica es la escena donde la sombra del padre resurge estando Hamlet y la madre en el cuarto de ésta. En efecto, si algo parece insostenible en ese específico punto es que la sombra del padre resulte invisible para esa esposa irremediabilmente infiel (por lo demás, del más pertinente de los modos, si se tratara del modelo de realidad empírica. En cambio, discutible licencia a nivel de la escenificación teatral).

De hecho, sólo ella sabe expresar allí la necesaria urgencia doble-forclusiva. El resto ve la sombra -hasta el público- no sólo transgrediendo con ello toda condición de normalidad, en realidad no pagando por esto.

De algún modo, la reina se sale de la obra, reinventa su sentido, y deja en evidencia ese afuera, tan constitutivo como contradictorio,¹⁰ tan necesario como inasimilable.

Sólo recuperando el aporte que ofrece la retoma del asunto -una vez más desde la asunción de lo doble-forclusivo- se abre paso la opción de un factible desciframiento. A partir del señalado impedimento perceptual que delata el personaje de la soberana -y madre al tiempo- y desde esa obligada licencia (en tanto precisamente se consolida tan peculiar “afuera”, que si bien se ve, es doble porque el padre entonces -desde la representación suya que apuntala su sombra- tampoco enlaza en modo alguno con su anterior compañera).

Y ha de ser por eso que el denominado lugar del padre vuelve a coincidir con su más general condición, permitiendo al grueso del público -o a quienes de un lado y otro leen la obra- un enlace latente que hace pasar de largo por esa clave, de otro modo condenada a la más abierta inverosimilitud.¹¹

NUEVE. Ahora bien: si -psicoanalíticamente visto todo- habitualmente y en general, la inserción simbólica del nombre del padre domestica el terror, también -debe decirse- su referente fantasmal lo ejercita y lo desata con no menos radicalismo y contundencia. Lo cual no da paso a una generalización inevitable, sino que con ello se simplifican asuntos que ruedan de hecho sobre una más amplia franja (la cual, además de todo, cuenta -¿cómo negarlo?- con

¹⁰ ¿Cómo se entiende que, en su primera aparición, la sombra -además de Hamlet- fuera vista a su vez por los guardianes del castillo y por los amigos de Hamlet? ¿Por qué si ellos la reconocen y visualizan sin esfuerzo mayor, la reina no? (Cf. Otero, J. “Energía, instinto, pulsión y realidad social”. Texto inédito).

¹¹ Que no demande explicaciones a la reina, obligaría a concluir que su enlace es apenas con Hamlet, y casi por obligatoria derivación, se impone reconocer que se trata de su específico fantasma. Pero entonces ¿qué pasó con tal demarcación en el caso de la primera aparición?

el innegable e infantil recurso, agotado a su vez por el psicoanálisis hasta la saciedad).

A través de la obra de Shakespeare ("Hamlet") hasta se impone el reconocimiento del actor trocado -de manera directa- en personaje, desde que la modalidad de "teatro dentro del teatro" se impone allí ("La ratonera").

En efecto: la puesta en escena de esa pequeña obra dentro de la obra misma determina al personaje agenciar de desdoblado actor. La compañía itinerante que llega hasta el castillo de Elsinor, al reponer esa pequeña escenificación (dirigida por Hamlet y con libreto, tomado de modo literal del texto generado de antemano por el espectro del padre) da paso al reconocimiento del indispensable recurso, que torna sólo inapelable si se busca sopesar esa información del fantasma del padre muerto en referencia con la realidad de su asesinato.

De hecho, Hamlet no cree del todo en la realidad de la sombra y duda siempre si no se trata de su propia invención. Pero resulta obvio también, que a su vez carece de claves de coherencia que le permitan acoger sus razones como reales e indiscutibles.¹²

DIEZ. O sea, la verdad de esa palabra (por ende de ese nombre en más de un sentido signifiante y desdoblante) y, por sobre todo, del cuestionable lugar de evidencia (a partir de esa su muerte recientemente padecida por el rey-padre) quedan flotando sin apuntalamiento cierto.

No basta pues con el terror desatado, tampoco con el lenguaje ni con la certeza del alma (que puede -en tanto tal- perfectamente retornar).

Como fuese, en última instancia, se impone saber a propósito de la real procedencia de un aislado discurso (independiente de personajes o presencias otras, cualesquiera fueren, que le sostengan) que delata antes que prelaciones simbólicas, certezas de creencia (y, sin duda, cristianas).

Ficción en la ficción que dice la verdad, el juego escénico da paso a una relación de lo humano con lo humano, del público con la obra -si se prefiere verlo apenas así-, asunto que sin embargo la vida en lo social está lejos de poder reponer y de rescatar (delatando con ello cuánto de encubrimiento se impone para poderse adecuar mínimamente a un modelo tal).

ONCE. No es sólo el enlace entre el-nombre-del-padre y el terror cuanto le da sentido a incluir a "Hamlet" aquí. Es que con ello se permite reconocer cómo (de igual modo que en "Fausto") el asunto del terror ha pasado por el envolvente tamiz que comporta la cobertura histórica desde la cual signa el lenguaje y lo cristiano lo doble-forclusivo, sus más decisivos apuntalamientos y sus justificaciones más defensivas.

Al menos, el paso que lleva desde Dionisos hasta Mefistófeles comporta el reconocimiento de esta marca decisiva en la presencia de un asunto como es el tema celeste, en la solución que dan -no sólo Shakespeare- también Goethe ("Fausto") a derivaciones esenciales en sus obras.

¹² Hasta dónde Shakespeare era consciente de esas contaminaciones entre realidad empírica y ficción teatral resulta difícil desentrañarlo, pero es bien cierto que en ningún caso Shakespeare procede a resolverlo de modo coherente y redondo.

Que se reconozca ahora que el terror se altere con el despliegue de lo humano, de lo social, y de lo urbano, abre registros de una amplitud inesperada.

Y si se asume, al tiempo que se impone, la urgencia de pensar al terror también en referencia con lo emotivo, con lo pasional, con lo afectivo -dado que el terror es en primer lugar de ese orden, quiérase o no se lo padece a ese nivel- queda pendiente entonces una reflexión -que dando cuenta de una suerte de estética de la pasión, que colocándose más acá de lo defensivo y de lo religioso, de lo social acogido sumisamente- responda por ello.

DOCE. Ahora bien: como no se trata apenas de responder por la forma como el terror encarna y hace empírica presencia, si se indaga aún más por el fundamento que lo subtiende, y a su decisiva y envolvente incidencia sobre lo humano (así fuera a partir del reconocimiento de un lugar siempre sintomático) cualquier exploración que se sumase debiera comportar una insalvable procedencia: se habría de tratar siempre de operaciones que se deciden a partir del paso que lleva desde la fuerza hasta la forma, pero también del modelo inverso: la forma, que vuelve a recuperar su procedencia, desde la fuerza primigenia (o que resulta siendo francamente amenazada, calificada por ello).

Para no hablar de instinto y/o pulsiones que son modalidades soportadas desde reiteradas emergencias de fuerza, en referencia con apuntalamientos múltiples de las irrupciones formales (resultantes que incluyen la vida -y también la muerte-, no sólo lo humano, por ende, etc.).

¿Habría de decirse que no se hace exclusión de todo ello por sólo aludir a la forma y a la fuerza? Sin duda, una revisión de sus nociones se impone sí y así aquí no se adelanten tales despliegues es claro que torna indispensable en su momento dar paso a semejantes explicitaciones y abordajes.

TRECE. De otra parte: ¿qué suma en realidad la específica inclusión aquí del cristianismo?

No sólo la opción de reconocimiento de la envolvencia colectiva de la mítica parricida, también la confirmación de la misma a partir de la puesta en acto -a todas luces fundamentalista, terrorista por ende- de un pago en equivalente donde es al hijo a quien se sacrifica.

Lo cierto es que el mito cristiano por lo menos suma el gesto fundamentalista de un representante paterno que juega a la venganza (claro: con una sofisticada modalidad que le compensa y justifica) por la ruta imposible donde lo humano y lo divino hallan entronque y, sobre todo, donde en general los miembros del colectivo humano -permitiéndose licencias racionalmente inadmisibles- coincide sin remedio.

¿No demuestra ello, no se reconfirma la validez del parricidio (pieza sin la cual la muerte de Cristo no admitiría mejor explicación, mayor justificación) y a su vez, del enlace entre Cristo y Hamlet, dueños de comunes expectativas, en cuanto hace referencia con el tema este del nombre del padre?

Lo cierto es, que con ello se convalidan por igual ambos asuntos, y desde entonces, el modelo arma sutura y se consolida como realidad primera. La

culpa al menos -como constante inapelable- nunca faltará en ambos a partir de entonces.¹³

CATORCE. Vistas las cosas desde esa inclusión, supuestamente suplementaria: aún aceptándose que el parricidio es definitorio (otra cuestión es creer en ello cuando de hecho es imposible apuntalarle) ha de ser precisamente en tanto pieza incapturable que se eterniza.

Con Cristo se pasa del atentado o su padecimiento, a la inversión del lugar de la víctima.

Importa más la asunción de su certeza originaria -aún sin podérsela demostrar- que la asimilación de ese acto criminal (el cual por primordial y fundante precisamente no se consigue aprehender sin embargo como un real punto de partida, y menos aún como un destino envolvente e inabandonable.

Si se asumiera masivamente y se reconocieran las implicaciones de esta condición asesina de base, el modelo social se alteraría de modo imprevisible. Si todos los humanos acogieran con plena conciencia la procedencia desde un asesinato que los funda y determina de modo inapelable ¿qué sociedad en efecto se tendría? Sin duda, no sería ésta que se asume desde el polo opuesto de la prohibición masiva. El nombre del padre se instaura desde el ritual que eterniza esta clave culpígena y lo menos que se puede reconocer por ello es su condición irreductible y envolvente de síntoma fundante

Si bien se ve, es por ello que el asesinato se traduce en culpa, por ejemplo. Y es esa una de las más contundente razones para justificar la indispensable urgencia de la perpetuación del cristianismo.

QUINCE. No ha de ser menos decisivo el empeño de resolver en un solo asunto el tema edípico que el cristianismo busca llenar sin conseguir remontarlo (más bien reponiéndolo -si no suplantándolo- con tanta insistencia como impedimento).

Como fuere, lo cierto es que Freud, en más de un decisivo momento, hizo caso omiso de la doble dimensión que se incluye cuando entre el cristianismo y lo edípico se arma fusión. Y ese nudo, que a menudo se pasa por alto -quizá por serle necesario desde entonces a ambos (a la propuesta teórica y al modelo mismo)- impondría el reconocimiento de un aporte ideológico-religioso, que aunque podría parecer ajeno de tanto silencioso no deja de consolidar columna de soporte, indispensable allí.

Es en las derivaciones aplicativas -aún las teóricas- donde esa condición se impone y expresa, no sólo en los despliegues a los cuales se obliga Lacan, también en la manera de encerrarse, de recluirse en su propio gueto¹⁴, que el psicoanálisis contemporáneo evidencia, como si portara una extraña y contagiosa patología que le obligara al ritual coercitivo y a la religiosa, culposa exclusión de lo indescifrado.

¹³ No se dio cuenta Freud -ni tampoco Lacan- de cuanto de contaminante se incluía al dar a un mito el lugar de lo explicativo (que según Levi-Strauss debiera dar paso al despliegue de una compleja respuesta antropológica). Ni Platón, ni cristianismo asumido en continuidad, la versión que se arma será de doble faz desde que, si bien se asume la culpa, se olvida seguirle el rastro a través de la historia.

¹⁴ Gueto sin duda alguna peculiar, pues en la cerrazón de sus modalidades aplicativas se combina lo más reclusivo, con la apertura que demanda el modelo mercantil a las multinacionales.

Y si se alegara que no existe nada más pagano que el psicoanálisis actual, habría de decirse -copiando un poco en ello a Baudrillard- que así como la “religión del alma” en gran medida se convirtiera en “culto del cuerpo”, también la ausencia de reales aportes teóricos ha sido suplantado allí, en el campo aplicativo-psicoanalítico por deslindados y redondos recursos en apariencia ajenos y autónomos, en realidad tan arbitrarios como extremos (no sólo la sumisa devoción al mercado y a los atractivos que propicia el apego a la moneda que ya en algún momento del “Fausto” Mefistófeles ilustrara como una de sus claves de perpetuación más decisiva: por sobre todo, la renuncia a dar cuenta del estallido que impone, de modo progresivo, el estancamiento de la singularidad en los toneles de lo singular).

DIECISEIS. Lo cierto es que por encima de diferencias y debates, en el “Hamlet” de Shakespeare -y en el de Zeffirelli- el padre no podría retornar sin la versión cristiana que acompaña y reinterpreta el registro de lo supra-sensible.

Más concretamente aún: sin la cristiana versión del alma -sobre todo como realidad que atraviesa de manera triunfal la muerte- el espectro mismo del padre no admitiría retorno tampoco.

¿Cómo desconocer que es a partir de la asunción (religiosa y/o psicoanalítica) del nombre-del-padre que está justificado ese lugar? Porque es sin duda también cierto que, de igual modo, el nombre-del-padre no tendría sitio (menos aún, del modo nuclear como le agrada a Lacan) sin ese paso obligado y obligante.

Tendría que reconocerse a su vez, que el Mefistófeles de Goethe tampoco podría ser sin incluir esa envoltura.

Sólo la Grecia antigua, y de modo principal Dionisos (dios de lo estético y de la desmesura) sin duda alguna son otro asunto.

Mucho del viaje que en plena obra goethiana emprende Mefistófeles en pos de la reapropiación del Hades -debe decirse al menos, antes de detenerse en una exploración que amenaza con tornarse inagotable- retrata esta clave, que si bien resulta ser de imposible completamiento, arma diferencia en relación con la distancia con la cual el recurso se asume.

Se resalta así, no sólo el desencuentro entre uno y otro personaje (Mefistófeles y Dionisos, para no hacer mención del demonio propiamente cristiano, en el cual el primero se inspira sin de hecho coincidir de manera literal con él), también la distancia inocultable entre uno y otro ámbito (infierno, Hades) que entonces acontece (si es que se puede llamar a un desencuentro, acontecimiento).

¿Dónde van entonces el infierno y lo demoníaco en el modelo contemporáneo?

Mefistófeles hoy

UNO. Ante la opción de una crítica inevitable que consistiría en objetar la presencia aquí de un discurrir que recurre a claves anacrónicas para justificar la permanencia -innecesaria tanto como discutible- de Mefistófeles como núcleo que decide la especificidad más determinante y definitoria del mundo contemporáneo, que hiciera ya reconocer a Spengler la clave fáustica de la cultura y de la civilización actuales sin que, por lo demás, tal autor pareciera urgir de explicaciones que justificaran de manera mínima tan tajante denominación, se impone adicionar que Spengler suma una tesis tanto más engorrosa e in-sustentable, según la cual -por todo ello- esta alternativa de cultura-civilización consistiría en una última opción para el despliegue de lo humano.

En efecto, después de tal irrupción el modelo de conjunto -al decir de Spengler- habrá de desaparecer sin remedio posible.¹⁵

¿Qué da pues a Mefistófeles -al interior de la sociedad actual- ese lugar central y decisivo? ¿Dónde hallarle de manera indiscutible, de tal modo que se remonten de una vez por todas, sospechas y supuestos de un tipo u otro, cuando se le reconoce sin más allí?

Y, una vez conseguido ello ¿podría explicarse la razón por la cual Spengler no llamo al modelo directamente “mefistofélico”? ¿Qué hizo que le redujera a la apelación que da a lo “fáustico” dominancia y prelación?

DOS. Independientemente de énfasis en personajes, quizá la respuesta que en primer lugar surge en referencia con esta indagación es que lo humano torna fáustico por la ruta trágica de un acto generalizado e inapelable, de una suerte de pacto que se apuntala -ya al decir de Freud- por la vía, no de un culto sino del asesinato.

El modelo máquico contemporáneo comporta esta vinculación de un modo tan irreversible que resulta claro, que sin ello, no existe posibilidad alguna de ingreso a ese nivel.

La envolvencia de poderes uniformantes que subyugan la singularidad -en principio presente en cada emergencia- da paso a la opción de esta manera mítica de asumir las cosas, pues lo cierto es que no es necesario recurrir a poderes malignos ni a personajes siniestros y/o intangibles, para reconocer envolvencias decisivas y redondas, como resulta ser -por decir algo- el capitalismo, o la certeza de la muerte al final (y también al principio, tal cual en su momento resaltara Lacan), o -tanto peor aún, como puro apuntalamiento de envolvencia escueta- del terrorismo.

La contundencia de la creencia hace del suplemento mítico, necesidad definitoria. Y -créase o no- también la ruta alterna de micro-acontecimientos terroristas, de invasora presencia de la atmósfera urbana que se contamina de tono terrorista, de la condición innegable que da a cada quien certeza de existencia al reponer opciones expresas desde la condición que les decide a título de modalidades encarnadas, de bombas de realidad suplementaria.

¹⁵ Como última opción posible y/o pensable, Spengler al menos debió reconocer allí una clave de diferencia que se expresaría como fusión contaminada entre cultura y civilización, o modelo heteróclito al menos, que descompone y desune las sucesiones históricas donde él se apoya para extraer su pronóstico a futuro, su previsión de “fin de mundo”.

Modalidades materializadas que tendrán más tarde o más temprano que estallar, y que comportan la contundencia de un vínculo enajenante -llámesele como se le llame- que delata el apuntalamiento invasor de un pacto abstracto (tan inocultable como ubicuo dado que existe, previa y ciegamente consolidado desde lo colectivo, siendo sólo reconocible por sus efectos en cuanto resulta impedida allí cualquier salida, cualquier posible ejercicio de verdadera libertad).

TRES. En cada quien, la certeza del pacto resulta silenciada, ausente o anacrónica, pues su consolidación abstracta da la congelada especificidad al modelo.

La doble forclusión, asumida a fondo de manera envolvente e irremontable lo primero que “borra”, es al propio Mefistófeles (bueno, “borra” es un decir, pues se trata de un modo de perpetuación y de clandestina incidencia que repta sin obstáculos desde el silencio).

Sin embargo, para ubicarlo todo de una vez, cabe reconocer a Mefistófeles (y/o al demonio en general) como *ésto-que-mueve-los-hilos* de un envolvente asunto, que en tanto tal decide lo esencial desde el desconocimiento irremontable. Y es por ello que parece suplir lo más basal, refundiéndose al secreto mismo, invadiéndolo de virulencia. Es -por decirlo así- la simulación del secreto actuando. Secreto-personificado, o invisible-personaje-máscara-secreto, de un modo u otro se trata de ello.

Y si se alegara que resulta aún más ingenuo todo si se le mira desde el consolidado de creencia que una formulación de este orden comporta, habría de decirse que es más bien el fruto de un descreer creciente, que la sólo fe sin proponérselo va generando de modo inapelable.

CUATRO. En cambio, si se pensara en ese otro personaje de complemento (personaje-dios) tendría que asumírselo como quien de manera parasitaria accede, de gratuito modo, al iluso e indiscutible lugar de *quien-aparece-antes-de-allí*, previo-a-todo-secreto, acaso -en cambio- generándolo, fingiendo al menos taponarlo desde que se lo personifica (recordar en este punto al dios de Schreber quien -a pesar de peculiaridades- lo ilustra de la más incomparable de las formas).

Como fuere, no podría parecer excesivo afirmar que Mefistófeles hoy -a nivel individual- coincide con el personaje terrorista que crece en cada quien y que (en la medida de su condición doble-forclusiva), gana con ello progresiva importancia en la escenificación de lo interior.

Pero lo decisivo está escrito como pacto (vínculo terrorista) y enlaza de manera masiva lo humano con la Obra, dando la ilusión de gratuito soporte por la ruta inapelable, eternizada, del capitalismo.

Desde entonces, es por ello que la abstraída forma-dinero repone el retrato de ese pacto, consolidando de continuo e instaurando de modo inevitable su condición auto-reproductiva (tan enigmática ya cuando se trata de justificarla y explicarla).

De otro modo, no se podría entender la razón de ser que perpetúa -por encima de cualquier obstáculo posible- la creencia (y, al tiempo, el descreer).

CINCO. La forma-mercancía de su parte -sumada allí también- delata la marca escritural desde la cual discurre el capitalismo y las claves plurales de sus

demandas. Pero la forma-dinero impone, de un modo tanto más directo y unificante, su denominación inapelable (si bien expresa en la coincidencia con modalidades de intercambio y de apropiación -las cuales incluyen por necesidad a los humanos todos, les sobre-determina y condiciona sin opción posible- de manera adicional, el dinero abstrae todo ello y recalca en la reclusiva condición que no permite ningún “afuera- de-allí”, que no comporte sucumbir).

A nivel colectivo se trata de una incidencia constante que se redondea como progresiva encarnación de masiva formalización de lo terrorista, y que agencia a título de retrato viral de esa fuerza enardecida y vuelta contra sí, en un claro desdoblamiento auto-destructivo.¹⁶

Que lo mefistofélico impera -conjugado como lo singular más puro y concentrado- desmembrado no sólo de urgencias de universalización (de hecho, expresión sintomática de la singularidad coartada, desbordada, impelida a la concentración explosivo-implosiva) es cuanto determina la contundente actualidad del modelo fáustico en la civilización contemporánea (la cual perdiera incluso todo enlace con el supuesto armónico que debiera haber caracterizado sus primeras irrupciones). Desligado a su vez de toda esperanza de redención celestial, lo mefistofélico arrasa con todo futuro sin dejar opción de iluminación posible.

O sea, cuando se alude al modelo demoníaco actual, no sólo se trata de quien mueve los hilos, también consiste en la figura mítica que se instala entre la fuerza y la forma, dando cuenta de los taponamientos que impiden un objetivo desciframiento, que alude por ende a sus impedimentos y a sus contaminaciones, que por sobre todo, se define en el punto donde lo terrorista se apuntala y expresa.

Quizá fuera esa la clave que hiciera retroceder a Spengler, dejando -sin decirlo- una franja de esperanza desde que, antes de dar créditos indiscutibles y envolvente a Mefistófeles reconociera, en los destinos de Fausto, la opción de una -de todos modos- insostenible posibilidad redentora.

SEIS. Esa versión abstracta de lo demoníaco contemporáneo reclama más una real presencia (que -entre otras opciones posibles- el personaje terrorista ensaya en el lugar donde cada cual está: o bien, desgranado de la mazorca humana o, en cambio, inmerso en el marasmo colectivo).

Ha de ser sin duda el tono terrorista -que lo invade todo con su atmósfera pesada e intangible- la constatación de un mundo que (por pura paradoja) resulta infernal en la medida en que más se lo disfruta, y de manera simultánea resulta siendo más irremontable entre más daña.

Infierno del goce perpetuado, al tiempo panóptico del terror en ejercicio empírico, y que colinda sin más con legalizadas esclavitudes asumidas sin rebelión pensable. Hasta que el estallido las rearma y reapuntala, desde esa rueda absurda, desligada, indetenible, que es el devenir reiterativo y recluyente (inventado por lo humano y dado de continuo como ilusión de la cultura).

¹⁶ Cf. Otero, J. “Una especie que se auto elimina” (escrito inédito).

Es un infierno tal la constante entonces que repone el abismo de siempre. Que se le apele así, delata el creciente impedimento que existe para asirlo realmente.

Clave esta última que aporta de modo inagotable al apuntalamiento del terror, que le brinda un vestuario cambiante y específico, para cada paso que en su declinante despliegue lo humano va agotando.

Reconocida la marca cristiana fundadora de esta mítica pagano-religiosa, de esa certeza panóptica de lo social que de antemano resaltara Foucault, es ya la delación de la manera como se expresa lo infernal. Con sólo un cambio mínimo de óptica, que -más allá de la particular estrechez de las miradas- amplía el espectro, y ofrece soporte panorámico para el modelo de conjunto.

SIETE. Podría nombrarse el riesgo terrorista que lo tecnológico incluye, pero basta con reconocer uno de sus efectos para ser por ello suficientemente demostrativo: dígase la superpoblación humana que invade la tierra, propiciando con ello ilustración paradigmática de la más apocalíptica de las realidades (creciente, indetenible en su desborde incontrollable). Resultante, ella sola, que obliga a descreer de lo futuro, como no sea más que en referencia con su dimensión de catástrofe inapelable, de desmesura y de desborde incontenibles. O, que -tanto peor aún- impele a hundirse en el marasmo de sus anestésicos influjos, dentro de colectivos que se deciden desde el más contundente enajenamiento.

Nunca como allí recibe la urgencia trágica de lo moral la más tajante de las refutaciones. No porque se debieran tomar decisiones inhumanas: es en tanto la resultante no admite salida.

Entre un presente -que de tanto negarse a la recuperación del pasado puede llegar a ser plácido en medio de su amorfismo indescifrable- y un futuro -que aspira a cuajarse en modelos que llevan más allá de la peste- el infierno se incoa y se consolida como paso siguiente -siempre pendiente de tanto irremontable- eternizado a título de creciente, inapelable amenaza.

OCHO. El modelo humano-social-urbano admite incluso una "estética de lo sublime"¹⁷ que contrapone ya sin duda lo demoníaco -a partir de un principio de romántico oscurantismo- a las celestes aspiraciones de belleza clásica, de luminosa realización y coherencia.

Si, a pesar de radicales variantes y malformaciones, persistiera el contraste apolíneo-dionisiaco resaltado por Nietzsche, habría de preguntarse a qué ritual metamórfico, a qué camuflaje de silencioso escándalo, apuntan hoy los desbordes donde a la hybris griega le gustara expresarse (de ser posible revivirla o reconocerla detrás de tanto disfraz enajenante).

Sin duda alguna, la desmesura es hoy en día calidad capitalista que -no por nada- ha sido desdibujada, malformada por la emergencia de las actuales resultantes.

Y si algo es indescifrable -además de la tenaz perpetuación de tal modelo- es la razón de su equilibrio, siempre logrado, a pesar de las crisis continuas y de la constancia -casi definitiva- de las más catastróficas resultantes.

¹⁷ Cf. Kant. "Crítica del juicio". Porrúa, Ed. México, 1991.

La comparación entre el dios de Schreber, el demonio de Christoph Haizmann, y el Mefistófeles de Fausto, es tarea que ha de seguir estando pendiente, que resulta ser en realidad inagotable (así su enfrentamiento no se imponga por ello como menos necesario).

NUEVE. Se dirá -con inocultable ironía- que el exceso que retrata esta versión hiperbólica sólo resulta siendo válida dada la mediación de lo teatral.

Sin duda, personaje de personaje (personaje-para-otro-personaje, si se prefiere decirle de este otro modo) el Mefistófeles de “Fausto” impone ya una condición de diferencia determinante: de hecho, acontece en el ámbito del teatro.

Sin embargo -por lo mismo- puede resultar siendo todo ello tanto más ilustrativo de la creencia (dado que de entrada cobija como ficción la opción de lo normal).

Pero no es sólo por vía de lo teatral que el enlace se perpetúa: si bien se ve, el dios de Schreber y el diablo de C. H., imponen una obligatoria distancia, un corte tajante que impide a las modalidades de lo normal toda participación allí. Es cierto sí, que “Fausto” radicaliza las cosas al permitir acceder -de una vez por todas- en la exclusión que impone cierta modalidad suprasensible de la creencia, de esa creencia que se refina desde la marca de una creciente e influyente presencia del descreer (que es donde -si bien se ve- se define con mayor especificidad Mefistófeles).

Es cierto: más allá de eso y una vez inmerso allí -dígase, como público que observara la puesta en acto de la obra- frente a Mefistófeles (mientras éste discurre) se asume su certeza. Al menos, se le incluye sin empacho como certeza no protestada, se le reconoce -sin tensión alguna- en el mismo plano de existencia de Fausto y del resto de personajes que allí se suman.

DIEZ. Sin embargo -distanciándose de esto y pensando apenas en la realidad empírica, sin el anexo de sospechosos refuerzos artísticos que pretenden ser considerados como indispensables- ha de ser posible aprehender en ese punto el lugar de creencia (dígase cuanto se quiera: de todos modos compartido en ambos planos, empírico y teatral) que da a lo colectivo opciones de una modalidad de despliegue que a nivel de lo escuetamente particular resulta bloqueado.

En efecto, si algo impone este reconocimiento de denominador común que implica compartir la dimensión de la creencia ha de ser, que si bien la ficción que lo artístico se impone como suplemento frente a la objetiva realidad (no siendo necesariamente indispensable por ende) lo cierto es que, de antemano, en el mundo habitual la ficción está dada y asumida en mil formas.

Bien visto todo, la ficción es una derivación inevitable al interior del mundo empírico desde que el descreer contamina la creencia.

Es por esa vía, por ejemplo, que lo religioso -no necesariamente ligado a rituales eclesásticos- se afina como registro de excluyente fe. O bien, incluso donde resulta factible que el delirio se legalice y se apuntale, ilustrando así la forma como se da paso a resultantes doble-forclusivas (masivo desborde en negativo, modalidad envolvente que aspira a la cancelación tajante de lo más basal y primario) y que -a pesar de extremo, de excesivo- resulta siendo indispensable (así no suficiente) hasta para la puesta en acto de cualquier

aspiración de ejercitamiento racional (siendo de hecho, indispensable trasfondo previo de defensa).

Que lo empírico se consolide allí hace de ello inadmisibles paradojas, antes de evidencia masiva y contundente (tal cual, sin embargo, se acostumbra verle).

Asuntos para debatir¹⁸

- ¿Cómo evoluciona el develamiento de lo psicótico desde el previo apuntalamiento de lo doble forclusivo?
- ¿Qué es -visto todo entonces a partir de allí- la doble-forclusión y cuáles serían las claves que deciden su apuntalamiento?

OTRAS DERIVACIONES

UNO

Algunas ilustraciones para discutir (A propósito del terror)

Asunto previo

UNO. La oferta que se adelantara previamente¹⁹ a partir de las nuevas resultantes que incluye lo máquico, y que se asumía como alternativa adicional en el habitual armado diagnóstico de lo clínico-psicológico, deberá sufrir algunos reajustes inevitables cuando (más allá de ampliar el espectro de lo psico-patológico convencional) se busca recuperar lo estético, sin borrar por ello lo clínico (antes bien, reconociéndolo en un renovado registro que le incluye como modalidad de lo estético más abarcante).

Una de esas claves consiste en reconocer allí una inversión del lado del acontecimiento, desde la despersonalización del modelo clínico. Ello, a pesar de señalamientos decisivos a este nivel, en referencia con los asuntos de las masas, buscando remontar lo clínico en su acepción más convencional, en cuanto empeño de localización que parte de aplicaciones selectivas (y, fundamentalmente, en registros, en última instancia, siempre individuales).

¹⁸ Deberá recordarse que este texto ha sido elaborado como material para ser discutido en un ámbito universitario.

¹⁹ Cf. Otero, J. "Lo máquico". Biblioteca digital, U. N. Colombia.

Ello presupone reconocer nuevas dimensiones y prevalencias de los registros del virus, del doble, del virus-doble y del doble-virus (para no llevar por ahora más lejos los desciframientos que inauguran esta nueva manera de abordar semejantes asuntos).

DOS. La presencia de fenómenos adicionales, colaterales y no menos definitorios, como es -por decir algo- la reclusión, impone el reconocimiento adicional de desdoblamientos (inversión en la inversión), que tornan más retorcidos los reajustes, pero compensan ello permitiendo dilucidaciones no sólo coherentes, de otro modo imposibles de establecer.

Ya ha sido señalado que el virus mental no coincide de manera literal con las modalidades biológicas (bio-químicas, más bien), tecnológicas o físicas (semejanzas con la lógica del caos, de los agujeros negros, de los fractales, etc.). Estéticamente, el virus opera en el acontecimiento, como escenificante modalidad alterna que le cancela, refuta, desdibuja o invalida (parcial o totalmente) y en tal sentido resulta decisivo para el reconocimiento de la puesta en acto de lo terrorista, que -en cuanto envolvente y prioritario- no presupone presencias directas ni tajantes evidencias demoledoras. Por el contrario, su despliegue -sin dejar de implementar esas opciones primarias y radicalmente destructivas- admite a su vez el despliegue de un accionar tanto más refinado y encubierto.

TRES. La reclusión máquica pasa a calificar desde la escenificación que remonta el predominio de lo personal, en cuanto se dilucida en términos de efectos programados que lo social decide.

Lo viral, por ejemplo, no puede ser apenas equiparable con modalidades de lo bio-químico, o de lo viral-tecnológico. Ni siquiera se resuelve en superposición literal con lo viral-mental, pues pasa a reponerse como escenificaciones alternas, inversas, o -más radicalmente aún- bloqueadoras del libre discurrir de las escenificaciones esperadas.

Un orden otro sale a flote y resulta inasimilable, indomesticable, y -como a partir de esas convencionales modalidades escenificantes no se asume la alteración indispensable para incluirle, desde que se le apuntala en términos de exclusión forclusiva- deriva arbitrario y catastrófico, por sobre todo.

Pero ya las ejemplificaciones que siguen, permitirán ilustrar de un modo más completo estas recomposiciones obligadas que derivan del apuntalamiento de lo escuetamente estético (y lo clínico, subsumido a partir de allí).

Una ilustración inicial

UNO. Una primera clave aplicativa podría derivarse ya de la sólo modificación en la habitual manera de abordar los asuntos, que a nivel de estas reflexiones se ha venido implementando.

Concentrarse en asuntos puntuales, por fuera de una garantizada cobertura del contexto teórico asumido como rector con la idea de ilustrar alguna específica noción (el terror, por ejemplo), da paso al reconocimiento de esta condición aplicativa. Sólo que comporta la incorporación de una clave adicional donde se impone la asunción de un paso intermedio de orden teórico

(aplicación teórica), en cambio de desbocarse de una vez por todas en pos de un accionar empírico directo (aplicación práctica).

Si bien con ello se alivia la tensión de un sostenido reflexionar -que siempre va además en contravía de expectativas ideológicas- no deja de surgir el riesgo de perpetuarse en modalidades derivadas, de menor exigencia.

Hasta ahora al menos, en la observancia del ejercicio pedagógico se evidenció esto como un recurso, tan habitual como limitante. Sólo que, sostenerse indefinidamente en una exposición que no dé tregua resulta tanto más inconveniente (en cuanto que asfixiante, y en tal sentido no menos improcedente).

Reconocido esto, arriesguemos entonces una posible asunción de tal modalidad.

DOS. He aquí entonces, una primera ilustración:

El día sábado 9 de febrero del año en curso (2011) pasaban por la televisión un partido de futbol. De pronto, al salir el balón disparado desde uno de los arcos se percibió una intensa luminosidad seguida de un estruendo, en principio inexplicable: se trataba de un rayo inaugural a partir de una suerte de tormenta en seco, que coincidía -casi sin distancia ninguna- con el trueno explosivo).

Los jugadores empezaron a presentar extraños comportamientos. Alguno brincó de manera arbitraria, otros se encogieron, se arrodillaron o extendieron sobre la grama, como si -más que comportamientos humanos- se estuvieran retratando reacciones animales de esas que se observan cuando se incendia un hormiguero o se fumiga una colmena (el médico de uno de los clubes afirmó categóricamente -y parecieron por ello tanto más inapropiadas sus razones- que, de volverse a observar tal fenómeno, sería el primero en ordenar la detención del encuentro).

TRES. Cuanto allí, de modo excepcional rigiera los particulares comportamientos humanos, sin duda está más bien decidido desde afuera. Y lo más complejo aún: debe reconocerse que subyace siempre.

Puede ser, que de tanto como no se expresa se termine cancelándolo, pero lo cierto es que ha de ser siempre constante en su latencia, y cuando el detonador se dispara y lo saca a la luz, todos lo reconocen desde lo más oscuro de sus seres, respondiendo en consecuencia (o sea, impelidos por fuerzas ingobernables y decisivas, así se les imponga reacciones que ante todo retratan la imposibilidad de la fuga, y ello hasta la parálisis).

La soledad entonces irrumpe -así se esté en un escenario deportivo y acompañado por multitudes- y es tan común a todos que es la manera más indiscutible de retratar tan uniforme reacción.

Sobresale entonces la indefensión, la imposibilidad de responder, la más inocultable impotencia.

No es ni individualidad en ejercicio, ni se trata de una masiva realidad que la remonte y desaparezca. Resulta ser de hecho un más acá que las decide a ambas y que delata la más constitutiva de las verdades.

Quizá no sea la única ilustración posible de lo doblemente forclusivo²⁰ puesto en acto, pero es evidente que ello está allí del más indiscutible de los modos.

¿Y qué es eso de lo cual se hace evidencia, como no sea el mismo terror ejercido? ¿No es de ello de cuanto se protege y protegen -cada quien y todos reunidos- y no es esa la verdad que sin duda subtiende allí y abre con ello el reconocimiento de su ampliación y de su envoltencia, más tarde o más temprano evidenciada?

¿Por qué entonces se debe ocultar de esa manera tan tajante?

¿Qué hace que se imponga con tanta radicalidad un comportamiento tal, al tiempo torpe por ineficiente, y no por ello menos envolvente?

CUATRO. ¿Dónde está “el Dios” allí? ¿Cómo se expresa? (porque la verdad es que no se puede desconocer su presencia, de algún modo ilustrada a pesar de inocua).

Por más interiorizada que ella resulte ser, la creencia en un ser superior es igualmente compartida, aún a ese nivel. Incluso, su silenciamiento pareciera entonces hablar de un modelo más primordial, más pagano, más cercano de un Dionisos cancelado que del modelo sostenido, perpetuado, de la versión cristiana (la cual -a pesar de ser históricamente posterior- resultara menos dispuesta a asumir tales coberturas).

Como fuere, “el Dios” suplanta al terror: ese terror que figura siempre más allá de lo humano, así lo decida.

Terror, es cierto, no sólo compartido con los animales (aunque únicamente a partir de un punto, pues es difícil desentrañar terror tras la fuga trópica de los primordiales animales unicelulares): más acá de todo, debe recordarse, que un estallido funda al universo, y así no existan víctimas visibles que constaten su huella, y se trate -por ende- del más puro y fundante acontecimiento, es hijo directo ya de un fundante y envolvente terrorismo-creador, a partir de lo cual se desgranar las consolidaciones formales que dispara, de modo inagotable e imprevisible, el conjunto de sostenidas resultantes, siempre diversas sin embargo.

En esos “afueras” -no sólo de muerte-, definitorios e inefables, desde entonces emerge el terror sin que se deje reducir a demarcaciones precisas o a escuetas amenazas de extinción.

Basta con el desborde de la fuerza, la exposición de su desmesura, para que el terror irrumpa de modo incontrolable, y eche por tierra todo empeño defensivo y reconstructivo.

Una segunda ilustración

UNO. He aquí otro caso:

(Hace de ello varios años) aconteció en la plaza de toros de Cali una escena increíble que terminó trocando al público presente en una suerte de enjambre

²⁰ Cf. Otero, J. “Psicosis escrita y psicosis recluida” (En internet. Biblioteca digital. U. Nal. Colombia)

de abejas mientras -de modo simultaneo- acontecía lo impensable, lo inasimilable.

En efecto, sin más, un acontecimiento inesperado, sorprendente, “le dio la vuelta al guante”, y destapó ese otro registro ingobernable: un toro, que apenas salía al ruedo, se devolvió de modo imprevisto, sin que se alcanzaran a cerrar los portones que permitían, desde los toriles, el ingreso al ruedo.

Luego de un largo espacio de tiempo donde todo quedara contenido, un monosabio salió espantado desde esas puertas abiertas de par en par, corriendo hasta el centro del ruedo, como queriendo comunicar a todos eso que ninguno podía en realidad escuchar (así, cada quién allí, estuviera de modo inocultable urgido por enterarse).

De pronto -igual que el toro, sólo que sorprendido por su recorrido tan inútil como imprevisible- el hombre se devolvió hasta el agujero (que abría hacia un espacio indescifrable e invisible para la mirada colectiva, la cual por lo demás -sólo entonces- parecía cobrar plena conciencia de la condición decisiva, indispensable, de ese encubierto territorio) y volvió a ingresar, de un modo tanto más absurdo, por el túnel (según se lo viera, tan abierto como tajantemente excluido).

Un largo momento de silencio renovado, imedible, y aún más cargado de expectación, dejó sin llenar el tiempo de todos antes de que el espectáculo volviera a rodar.

DOS. Después se sabría que el toro -en su retorno- había herido al hombre que inicialmente abriera el portón (y el cual no había podido hacer más que devolverse huyendo, en realidad tapando con su torpe fuga, la ruta de la bestia). Era esa la razón por la cual, posteriormente, su compañero -quien agenciara de inútil mímico pregonero- se había comportado de tal modo, ensayando burdos recursos solidarios en la mitad de una plaza, nunca tan sola ni tan vasta.

En efecto, ese segundo hombre había buscado ayuda para su compañero de labores, y no encontrando quien -en medio de tal multitud- estuviera disponible para ofrecer mínimo aporte allí, se había decidido a afrontar por sí mismo la urgente, solidaria, y suicida tarea que comportaba el demente retorno.

Ya no recuerdo si éste fue embestido a su vez, o si -para entonces- el toro, por sus propios medios, había encontrado su anterior refugio (apenas, en cambio, debido a un tercer hombre que permitiera al animal, el reingreso en su previo habitáculo).

Tampoco sé si alguna de estas víctimas falleció, aunque sí que el principal sobreviviente logró sobreponerse a impedimentos contundentes que comportaran sus plurales y decisivas heridas las cuales seguramente le mantuvieron recluido por un tiempo en algún hospital de la ciudad.

Lo cierto es que en posteriores escenificaciones, siempre que esa figura renqueante surgía, más allá de las particulares intimidades de los presentes se reponía en bloque el singular, masivo y espectacular traumatismo escénico, convertido para entonces en una suerte de “mito urbano”.

TRES. De un modo u otro, personajes a la sombra²¹ debieron intervenir en ese otro escenario -impensado pero inevitable- quienes tenían por función entorillar y abrir las puertas a cada toro, en preconcebido orden y en el momento justo.

Como fuera, de algún modo el animal debió regresar hasta la prisión de donde viniera y tal retorno le devolvió a esa soledad sin redención de la cual procedía.²² Pues bien: desde que (entre ese toro inestrenado y el sobrero que vendría a sustituirlo) se armara tal escena -incapturable, heteróclita, discontinua-, se consolidó ese abismo de tragedia no anunciada que se diera entonces de modo simultáneo por fuera de la mirada del colectivo y en lo más interno de la construcción taurina.

Por sobre todo, resultaría impedida cualquier versión posible que llenara la experiencia vivida en ensamble coincidente con un recuerdo compartido, sin lugar real (o que pudiera resolverlo de algún modo) desde que se trataba en cada quien, de la más contundente afirmación de soledad.

Desde entonces, cualquier versión a propósito de ello resultó legendaria, a mitad de camino, o en un duplo registro (personal y masivo), dejando abiertos sin embargo -a un lado y otro- boquetes inllenables, tal cual acontece con los sueños cuando se deciden como pesadillas.

CUATRO. Ya ha sido resaltado: cuando un acontecimiento como este ocurre y pasa luego del puro acto hasta el lugar del mito, una tajante inversión somete lo más personal y lo resuelve en estética pura desde la contundencia del acontecimiento.

De no verse así, repuesto -sólo que sin incluir esa inversión- ese doble escenario podría ilustrar también la reversión psicótica del modelo (lo mero forclusivo).

Pero es claro que cuando lo doble-forclusivo se corre, no se trata apenas de lo psicótico (así se ampliara la cobertura interpretativa, dándole también a lo psicótico acepción colectiva o de masa).

Si se quiere ubicar la diferencia desde la previa oferta adelantada por la clínica de lo social para dar cuenta del modelo mórbido contemporáneo, se hace necesario reconocer la torsión señalada para re-actualizar la oferta (ahora que se trata de lo estético puro).

Se hace necesario dar cuenta del sentido de esos acontecimientos, a partir de la contundente inclusión de lo estético entonces prioritario (tendría, por ende,

²¹ Es como si el secreto se desmembrara del tanto más fundador secreto envolvente, originario, haciendo presencia desde la ausencia más definitoria.

²² Si bien se ve, el toro rehízo la línea de su ruta, invirtiendo completamente su dirección. Desde entonces, y a causa de ello, todo se mutó y desajustó, dando paso a la *escenificación-otra*. Más aún: no sólo resulta posible entonces que salte otra escenificación a cambio de la esperada: podrá superponerse sobre ésta, contaminándola y extrañándola, de hecho impidiéndole reunirse plenamente en una sola e indiscutida resultante.

Puede resultar apenas especulativo cualquier intento de explicación de semejante excepcional proceder, pero las consecuencias de ello derivadas, ilustran ya las múltiples y graves alteraciones que lo reclusivo impone, aún por fuera de la esfera de lo estrictamente humano (a nivel de la conducta del toro por ejemplo).

Que se destape así lo viral-reclusivo (en tanto escenificación re-invertida) es también una derivación posible desde entonces.

que reconocerse connotaciones que llevan más allá de lo escuetamente personal, e incluso del comportamiento de masas).

CINCO. Tanto más radicalmente visto todo entonces: afuera-que-deja-por-fuera la doble-forclusión (la cual -como es sabido- instaura normalidad), y que siendo de hecho indispensable, sin embargo parece ajena y/o ausente, la habitual personificación de las claves mórbidas cede el paso al previsto apuntalamiento estético de la pura escenificación.

De ello resulta, en primer lugar, la constatación del cuadro masivo y viviente que permite en tal sentido la aprehensión -desde el condensado figural que es- de lo viral.²³

Una contra-escena, una escenificación en negativo, una escena-viral, o apenas el complemento de lo visto negado -que la escena comporta, pero el recuerdo borra- según fuera el caso, consolida la condición excepcional del acontecimiento que pone en acto lo singular.

Sin ese reconocimiento no podría darse cuenta de semejante efecto de predominio estético (aunque sin dejar de ser, intensa, pero imprecisamente mórbido).

El virus está entonces en todo y en ninguna parte (al menos, si se trata de buscar un núcleo decisivo, responsable de la resultante trágica a la cual la decide el *accidente*, y no el *destino* -a la manera de los antiguos griegos-, por ejemplo) pero que define la inapelable condición heteróclita, presente allí.

SEIS. También acontece una rotación similar en la reposición del doble, sólo que en tanto asumido como escena simultáneamente dupla, sin mediación onírica ninguna (ni siquiera alucinatoria).

En cambio: entre lo onírico y lo alucinatorio emerge un registro inapropiable, pero tajantemente presente, tanto como inocultable.

Como cuando se cruza duplicada una imagen que no admite la coincidencia en una misma síntesis perceptiva y parece todo inevitablemente desenfocado, la forma de vivir el acontecimiento descentra y acentúa el efecto mórbido, obligando al reconocimiento de un modelo nómade (por llamarle de algún modo), imposible de domesticar del lado sedentario de las explicaciones (tanto en referencia con lo particular como de lo colectivo, nunca sin embargo suficiente para dar cuenta de la síntesis entre ambos registros).

Cada asunto ha perdido su lugar y nadie realmente sabe de sí en la imprecisa pero tajante impresión, que sin acontecer, en realidad decide. Peor aún, que sucede de tanto como no hay testigos (y si los hay, no resulta posible apropiarse sus versiones).

²³ El específico impedimento que retrata la presencia de lo viral -si bien inicia entonces sus bloqueos a nivel de lo puro perceptual- avanza sin contención del lado de una plena involucencia, resaltando niveles de sentido desde la más incluyente reclusión.

Reclusión entonces que, de un modo u otro, siempre se repone en lo social, delatando la asfixia, la urgencia de salida, que en tanto no se da, como extrema impotencia impone de modo inevitable y decisivo lo viral (modelo en negativo, a cambio de la renovación de lo creador).

Solo el impedimento extremo permite, paradójicamente por ello, reconocer en un acontecimiento aislado la verdad del asunto en sus niveles más envolventes y definitorios, aunque -en apariencia- más ajenos. Y es que lo viral ataca por múltiples rutas, pero siempre ligadas a asuntos puntuales.

SIETE. No existe lidia allí, ni torero alguno que la asuma. Sólo se da la cogida - que es cuanto supuestamente se debiera evitar a toda costa-: de manera habitual, exigida por obligación como público espectáculo, busca en cambio la oscuridad de los espacios más ignorados para que todo consista en el más injustificable, inútil y primario, ancestral sacrificio: sin embargo vuelto al revés desde que quien estaba condenado a sucumbir (para el caso, el toro) genera el atentado y deviene inmune.

También, a cambio de la expresa emergencia del personaje terrorista, hiper-estéticamente suplantado por el acontecimiento concentrado, puesto en acto, y decidiendo desde el núcleo mismo de lo representacional así fantasmalizado, se repone, cuanto fuera apelado, el doble-virus.

Algo de siniestro se empeña entonces en responder, sin poder darle figuración explicativa al puro acontecer.

No se pensará en demonios ni en dioses, pero el asunto -de cualquier manera- ofrece clave de ritual y recupera la más extrema condición primordial, primitiva.

Nada más profano que algo de este corte. Sin embargo, una urgencia religiosa olvidada e inubicable, profana y sacra al tiempo, explica -sin buscarla- la razón por la cual, lo religioso más basal impera al tiempo con lo humano, independientemente de cualquier contemporalización, coherencia argumental y/o de todo certero pensar.

No hay fantasmas allí, sin duda alguna. Pero es precisamente eso cuanto hace más extraña esa escenificación dramática -resplandeciente sombra, se diría- en medio del reino de lo víglico pleno, de lo más cotidiano y festivo.

Finalmente, dando paso a modalidades de agonía donde -incluido, en negativo, el suicidio (fallido, pendiente, o irrealizable)- el acontecimiento se ofrece como suplantación suya (pleno completamiento entonces desde que se suma esta otra modalidad hasta allí pendiente: el virus-doble).

Es esa la razón por la cual se ha dicho -y ahora se confirma- que el suicidio (no sólo repone psicosis desde que no se lo ejecuta) sino que es el acontecimiento terrorista por excelencia.

Un ejemplo más

UNO. Cabe en este punto rememorar la lectura de algún relato del escritor norteamericano Ernest Hemingway, quien trae una curiosa anécdota (la cual, cuenta con la gracia de portar una doble condición, inolvidable para el escritor mismo, tanto como para quien le lee).

Narra entonces este autor, que en un espectáculo de feria de algún pueblo español (esos donde encierran su plaza principal y la convierten sin más en "corraleja"), asistió a una escena que luego le mantuvo preso en la inabandonable reposición de tal acontecimiento (al menos, hasta que logró una suficiente comprensión explicativa de eso que hasta entonces se sostuvo como una pura imagen, terca e irreductible).

La cogida del toro había descubierto de un tajo la blancura inmaculada del hueso, pero sólo cuando logró recuperar la certeza del calzoncillo sucio, oculto

a su vez bajo el traje de luces, haciendo conciencia de contraste entre lo burdo de la prenda y -previa a la emergencia de la sangre- la trágica exposición de la inmaculada blancura ósea, no hallo Hemingway alivio frente a la terca presencia del recuerdo.

En tales ocasiones lo estético se afina sin remedio, y de manera excepcional se consigue que se descorran los velos que desde la defensa deciden la certeza mediocre de una realidad plana y reiterada.

El abismo de verdad -al cual da paso lo apabullante e indecible- aparece entonces con tal vigor y certeza que no resta más que volverle a cerrar, para conseguir seguir de largo.

DOS. Allí, entre otras cosas, se evidencia la diferencia entre nociones que incluyen lo concreto, lo particular y la singularidad.²⁴ Niveles donde se arma exclusión del registro que cubre lo concreto cuando se pega de lo abstracto (entendido este último, por sobre todo, como filosófica abstracción excluyente del sujeto). O, en cambio, lo particular que resulta asido de lo general (en cuanto busca favorecer la emergencia de leyes, cualesquiera fueren, cancelando al sujeto a su vez).

No sobraría volver a insistir en que es el pensar filosófico cuanto se decide desde la polaridad, constituida por la oposición entre lo abstracto y lo concreto (mientras es la dimensión que demarcan lo general y lo particular la clave desde donde, de igual flexible manera se apuntala lo científico).

Con la afirmación de tales parejas diferenciales no se pretende que una u otra modalidad no sea aplicable desde el uso de éste o de aquél recurso de pensamiento: basta con ampliar, sólo un poco, el espectro -o reconocer que el intercambio allí no tiene por qué resultar necesariamente impedido- para entender que la distinción es sólo válida cuando se piensa cada modalidad desde su más redonda especificidad.

TRES. Sin embargo, ni siquiera entonces se puede apelar a la prelación de lo universal para dar certeza y coherencia a la singularidad. Es la derivación del lado del mero estallido que comporta lo singular, despojado de cualquier otro recurso descifrativo, que -recompensado desde la prolijidad de lo formal- viene a suplir la imposibilidad explicativa de estas otras modalidades (más cercanas a las explicitaciones del arte, sin que sin embargo coincidan con él) y que se ofertan como registros de excepción. Aunque lo cierto es -que cada vez más cargado del lado del estallido terrorista- lo singular consolide salvajes emergencias desde un afuera inexpugnable.

En efecto, lo universal -que enlazara con la singularidad para acceder a la experiencia artística más clásica- se desdibuja desde que lo terrorista crece de modo progresivo al interior del modelo humano-social-urbano.

Tal ruta que viene bloqueada de modo progresivo -y al parecer irreversible- impone nuevas exigencias de develamiento desde que da paso a esa otra variante (contraposición entre polaridades, reconocidas como singularidad de una parte y lo singular de otra).

²⁴ Cf. Otero, J. "Darwin y Freud". Conferencia dictada en la U. Nacional de Manizales. (2009). Biblioteca Digital, U. N., Bogotá.

Es claro que a partir de un punto, y en registros crecientes, el modelo en cuestión resulta cada vez más cargado del lado de una territorialidad salvaje sin sublimación posible.

Desde la imposibilidad de un progresivo ejercicio artístico, de una demarcación científica precisa, de una involucencia filosófica garantizada -de hecho sintomáticamente próximo del estallido y de la implosión terrorista- las versiones interpretativas que se imponen, llaman a nuevas demarcaciones, a la implementación de remozados recursos, donde renovadas nociones tornan necesarias, y alternativas del orden de lo transdisciplinar derivan a su vez indispensables.

CUATRO. Por decir algo: no se está planteando que la filosofía no pueda reflexionar a propósito de lo particular o de lo singular, ni que le esté impedido el uso de la generalización, o de asuntos otros que ilustren opciones, semejantes a cuantas así se explicitan: es que siempre tendrá que hacerlo, abstrayendo (o bien la ciencia, generalizando).

Existen diferencias palpables entre usos, tendencias, e impedimentos, que si bien imponen el reconocimiento de un amplio espectro -indispensable de incluir, si no se desea resultar siendo simplificante- no es menos cierto a su vez, que si se dan registros plurales e irreductibles, portadores de especificidades y generadores de irremplazables registros cognoscentes, deberán reconocerse franjas nucleares desde donde se apuntalen tan insustituibles lugares.

Se trata entonces de localizar esos puntos decisivos donde, en cada modalidad del pensar, se distinguen y se consolidan sus más decisivas propiedades y demarcaciones.

De tal modo, que si bien puede apelarse -por decir algo- a un arte considerado "abstracto", habrá de ser generando un acercamiento necesario y hasta una relativa contaminación con esferas que deciden, por encima de todo, la lógica basal de lo filosófico (así pudiese resultar ello paradójicamente ajeno de quienes lo desarrollan y promueven).

CINCO. Un arte considerado abstracto es, en efecto, un arte que busca sumar a su hacer el empeño que caracteriza de entrada a la filosofía. Y si bien es esa la razón de ser de sus principales aportes, no lo es menos de los callejones sin salida en los cuales -por ello, entre otras cosas- desemboca.

A su vez, más allá de su arte, un pintor como Picasso, quien con radical proceder y en más de un sentido dio la vuelta al habitual panorama de la pintura (si bien nunca se quiso asumir del lado definitivo de lo abstracto), obligó -desde una ampliación de incidencia que remonta las escuetas esferas de su hacer- a modificaciones en la forma de aprehender el mundo, de alterar las opciones nocionales del ser y del pensar (lo cual -¿qué duda cabe?- resulta difícil de hallar en algún filósofo o científico, por contundentes que resultaran ser sus obras o sus descubrimientos).

SEIS. Del mismo modo, un filósofo cínico de la antigüedad (Antístenes) -quien buscaba incorporar la filosofía a la vida, a la manera de vivir, por encima de todo argumento y de cualquier aspiración teórico-constructiva- genera desde entonces un afuera de la filosofía, que no se consigue refundir del todo con el aparato de conjunto (por más que funjan de religiosos tales curiosos

personajes de similar pelambre: San Francisco de Asís, por ejemplo), o tanto peor aún, que alguno se asumiera -hoy por hoy- a título de imprevisible y primordial “performance”.

Pues bien: por más perdido que parezca estar el arte, cuando se observan sus empeños de hallar reales salidas, siempre un norte le rige y le permite volver a flotar: basta, en efecto, con reconocer la presencia allí de la puesta en acto de la singularidad, para volver a hallarle coherencia y validez a cualesquiera fueren sus ofertas.

Pero, desde entonces, emerge la inquietante pregunta por la forma de apelar a cuanto se ofrece por fuera de esas habituales modalidades (incluidas aquellas que arman tajante oposición) buscando instalarse en un registro que reúna la singularidad con lo universal, asuntos de hecho inaprehensibles, en última y en primera instancia.

Puntos para la discusión

- Recuento de personales experiencias que constaten el terror de base en el armado de lo humano, o de la presencia indudable de la puesta en acto de la envolvente doble-forclusión, supuestamente indispensable para el apuntalamiento de lo normal.
- Ejemplos y diseño de prioridades para el mapeo de las alternativas más concretas de aplicación transdisciplinar, clínica y estética (más allá de la habitual convención que presupone lo transdisciplinar, entendido apenas como mera síntesis que enlaza en uno, lo filosófico, lo científico y lo artístico).

DOS

Retoma del tema académico²⁵

UNO. Podría sonar odioso insistir al interior de la academia en los más decisivos vicios desde los cuales esta se perpetúa: si no es porque, no solamente resulta siendo ello obligatorio, es que -apenas a partir de allí- se hace posible ganarle, del lado de un remontamiento frente a la decadente realidad que -de modo innegable- en la actualidad le decide.

²⁵ En una primera visita que precedió a la propuesta del diplomado en Medellín se adelantó una reflexión sobre la clínica de lo social y la universidad, reflexión que entonces se prolonga ahora.

Si bien no basta con que se dé un ejercicio como el que aquí se adelanta para reconocerse excluido de todo ello, lo cierto es que existe -al menos allí- la decisión de ir en contravía de esas crecientes y lamentables tendencias.

Nada hace oposición a reconocer -como podría hacerse al interior de cualquier institución posible o pensable- que existe un afuera decisivo, el cual (en la medida en que le se incluya con amplitud de miras y con reafirmado rigor) puede dar paso a nuevos despliegues y a indudables ofertas de salida, a la opción de francos y reales remozamientos.

(Más fácilmente olvidable) otra cosa ha de ser también -y debe sin duda reconocerse así- perpetuarse en ello, sostenerse por encima de todo obstáculo, y ampliar -de modo creciente- el empeño renovante, de ese modo emergente.

DOS. Asumido ello, se podría recomenzar recordando que en la cuadratura explicitada por Lacan, en su empeño de responder por la especificidad de discursos, que a su manera reponen la triple tarea anunciada por Freud como imposible (gobernar, curar, enseñar), el discurso de la universidad aparece comandado por el S2, lo cual significa la reposición (por decirlo así, resumida, reiterada) de cuanto el S1 -en el discurso del amo- ofertara como renovador y creativo²⁶.

El domesticamiento de lo nuevo y el parasitismo desde una modalidad de pensamiento que no se sostiene por sí mismo, que es repetición y retoma, termina siendo pues la razón de ser del ámbito académico.

La idea de lo aplicativo pasa a primar entonces -aún tratándose paradójicamente su práctica, de una mera ejercitación teórica- mientras que para ello, al despliegue de lo puramente teórico se le exige allí un domesticamiento indispensable, sin el cual no podría sostenerse ni justificarse.

Es esa la razón por la cual lo académico uniforme, así parta de un material donde se impusiera de entrada, la de otro modo irreductible novedad de lo descifrativo (la investigación) y que es empeño -casi siempre solitario- de quienes se obligan a ofrecer sus esfuerzos creadores sólo en tanto desmembrados de su hacer, a título de obra cerrada, redonda.

Esta condición ha sido suplantada de raíz por una modalidad ampliada, masiva, tecnológica, que incluye la despersonalización del saber -siempre, en referencia mutante, al conocimiento- dentro de modalidades, si no extra-

²⁶ Asumido sobre todo desde la perspectiva de la universidad -que es cuanto aquí se resalta- el discurso del amo (S1) es -visto entonces del modo más radical y despersonalizado en referencia con el saber, y no con el poder, registro que también le calza y que sin duda precede- el discurso que arranca de sí mismo, que devela, descubre, o apuntala una verdad hasta entonces desconocida y que debiera por eso apelarse discurso-amo (como en efecto a veces en las traducciones de los textos de Lacan se halla) por supuesto no es ajeno del amplio ámbito del conocimiento.

De todos modos -debe reconocérselo- no por ello se hace determinante el S1 que decide al discurso-amo. El discurso del saber (o -con licencia lacaniana incluida- “de la universidad”) se denomina S2, justamente porque marcha a la sombra del primero, parásita de allí, y carece de reales aportes (como no nombre apenas la tanto más tergiversante intermediación entre los profesores y los aprendices).

Significa ello que la universidad se resigna a decidirse y a reconocerse como mero empeño de divulgación, mientras que -evidentemente- el S1 se asume como extra-universitario por definición (como generado desde un afuera, tan indispensable como excluido).

universitarias, al menos si de cobertura más vasta y envolvente (que hasta puede entonces presumir de investigativo-grupal)²⁷.

TRES. En general (para decirlo entonces con un préstamo a la versión clínica de lo universitario, lo cual hace en ese punto precisamente transdisciplinar el empeño lacaniano al descifrar así las cosas), el espacio que -aludiendo ya al asunto específico que aquí nos reúne- obliga a esta específica escritura de suplemento que surgiera como oferta de localización de un “Más allá de la Clínica de lo Social”, procede -sintomáticamente si se quiere- de la indiscutible presencia del imperio del S2 en la demarcación última y primera que adquieren los materiales escriturales de los cuales aquí se parte.

Efectos de escritura que se toman como materia prima de estas exposiciones, y que al ser ofrecidos en segunda instancia, imponen su indispensable traducción verbal.²⁸

Sólo por tanto, producto justificable a partir de urgencias expositivas, el texto aludido (de hecho, asunto principal de estas disertaciones) termina ocupando un lugar, que más bien pareciera obstaculizar, antes de permitir directos despliegues a partir de allí.

En efecto, dado que el escrito “Más allá de la Clínica de lo Social” es una suerte de S1 que impone su traducción, su adecuación a las urgencias expositivas del S2 institucional (ello sólo, comporta innegables dificultades expositivas).

CUATRO. Asumido entonces que, independientemente de su novedad (supuesta o real) el escrito del cual aquí se trata agencia de S1 frente al S2 que lo explicita a título de específico ejercicio académico, además se delata con ello que resulta a su vez cierto, que nada excluye que se puedan dar en simultaneidad ambos modelos (S1 y S2) y que habrá de ser la atrofia -o la ausencia definitiva de un polo creador esencial- responsable de la real malformación (procedente de la hipertrófica asunción del extremo de complemento restante -S2-, antes que objetivo e irremontable impedimento).

Como fuere, se impone la necesidad de aludir a ello, se hace necesario resaltarlo, reconocerlo, desde que se aspire a asumir partiendo de allí, renovadas resultantes, de todos modos posibles y más pertinentes.

Corriendo el riesgo de eternizar los esfuerzos en la génesis de enlaces, siempre insuficientes, surge pues esta escritura principal que busca partir del reconocimiento de tal imprevista circunstancia (razón por la cual adquiere características, de un modo u otro, diferentes).

Reconocidos como “anexos” del escrito mismo (el “Más allá de la Clínica de lo Social”), tienen pues estos nuevos textos de enlace, un sentido adicional que les permite propiciar acercamientos a temas apenas señalados en el mencionado texto de base que sin duda admiten desarrollos, de otro modo imprevistos.

²⁷ Como fuere, siempre en la universidad la investigación es un lujo, del cual -en caso dado- es a lo primero que se está dispuesto a renunciar. Aún dándose, siempre tiene connotación, no sólo marginal, siempre resulta siendo excepcional (por ende, de difícil generalización).

²⁸ Que no se trata de ataques personales de ningún orden, se evidencia desde que esta escritura, que urge ahora ser expuesta, obliga a quien cumple con ambos cometidos a agenciar, de modo simultáneo, desde ambos registros (S1 y S2).

O sea, que si se ven adecuadamente los asuntos esta labor expositiva no tendría por qué ser necesariamente deficitaria, antes bien comportará un nuevo esfuerzo donde los develamientos crecen y permiten acceder a una justificación, no menos válida.

CINCO. Las posibles diferenciaciones que justifica o impone lo expositivo (entre contenido y método, por ejemplo) de las cual se podría partir ahora, no son viables en la lectura misma del documento en cuestión. Así se pudiera admitir para ello su relectura y auscultación, siempre -en primer lugar- se beneficiarían tales urgencias expositivas (graves ya, desde que se trata de llenar veintidós horas de comentarios sobre el tema).

Antes de creer posible una cobertura completa de los asuntos que el escrito en tanto tal plantea, si todo ello surge como explicitación posible, debiera reconocerse que retrata ya problemas, surgidos en la medida en que así más bien se intenta remontar la contraposición entre especificidades en los discursos mencionados (S1, S2).

No se podrá decir entonces que se ha logrado un resumen del mismo, menos aún la plena cobertura de las temáticas que entonces se desarrollan.

De hecho, si se quisiera asumir como completa la tarea que su lectura impone, y que aquí se suple de modo inevitable, este nuevo ejercicio escritural resulta ser retrato de una lectura sui generis del documento mismo -que no libra para nada de la obligación de su lectura por parte de cada uno de los presentes, ni de la urgencia de remontar lo planteado allí para que se consolide definitivamente la tarea-.

SEIS. De otra parte se deberá decir que, en tal sentido, este nuevo texto es un escrito de salida. La superación de la clínica de lo social desde el interior de sus propios despliegues, es un asunto que había sido inicialmente anunciado (razón por la cual no se puede alegar allí ni improvisación ni déficit).

Por el contrario, se trata del remate de un empeño que dejara en relación con el conjunto de la reflexión clínica de lo social, al menos la certeza del pleno apuntalamiento de las bases que habrían de soportar una edificación, reconocible a partir de allí (si es que se desea asumir el abordaje del tema psicológico en cuanto incluye ahora lo transdisciplinar y lo estético) y, así no se niegue por ello la opción de renovados ejercicios que amplíen las perspectivas y propicien empeños tanto más ambiciosos, a la luz de una oferta que torna (entonces sí) inevitablemente aplicativa.

Se impone un nuevo despliegue. Habrá de ser necesario imponerse recuperaciones y reajustes que deshagan cuanto quisiera empezar a descansar en la detención de un empeño que lleva ya su tiempo y que comporta inevitable desgaste.

De hecho, conclusión de la oferta inaugural en cuanto tal (hasta aquí denominada "clínica de lo social"), cuanto en consecuencia se suceda debe dejar resulta la contradicción que se daría, de sostenerse la ya habitual denominación ("clínica de lo social"), ahora que se trata de *esto* que se apela "lo puro estético" (lo cual que tendría que subsumirle y remontarle).

SIETE. Guardadas proporciones y reconocidas distancias, cabe reconocerse que, ya desde Platón, se reconoció la presencia de una doble actitud, imposible

de sintetizar, la cual no falta -de todos modos- aquí también (sin duda, en primer lugar).

O se mira hacia el fondo de la caverna -desde el impedimento que comporta ver sólo sombras proyectas, que se confunden con directos soportes reales- o se gira de una vez por todas, dispuesto a soportar la inclemencia de la luz, obligándose a salir de todo encierro y de toda perspectiva de rebaño unificante y semi-ciego, a partir de allí condenado al aislamiento irreversible y progresivo.

No se insistirá suficientemente en señalar que se trata de la operación que comporta el abordaje de la singularidad perdida y de la aspiración al remontamiento de su estallido en lo singular (imposibilidad que si bien tiene drásticas consecuencias, sólo puede ser la resistencia a su plena ascensión cuanto se pudiese atribuir a razones apenas personales).

La clínica de lo social supo de ese afuera desde un comienzo, y si algo se le debería reconocer es su sostenido empeño de inclusión de cuanto la escisión humana le impuso como resultante inevitable en su propio discurrir.

OCHO. Si se reconoce entonces que el S1 no riñe con el S2, más que en tanto este último lo subordine y le despoje del reconocimiento de su singularidad intransferible, que en cambio lo ofrezca como opción a seguir, como asunto a despertar en cada quien, podrá saberse que era a ello a cuanto aludía Nietzsche en su crítica a los establecimientos de enseñanza.²⁹

Sólo que Nietzsche veía apenas al genio, que como amo del saber debía someter, inmolar al resto.

El propio filósofo reconocería en otro lugar, que el modelo personal estaba siendo subyugado por una modalidad de pensamiento -que se parecía, más que a nada, a una ingente maquinaria- donde el asunto se generalizaba, y tornaba envolvente, e impersonal en consecuencia.

Un saber amo que no imponga tiránica ascensión en su implementación -debe decirse- sólo puede ser ése que promueve la singularidad y la oferta como asunto a despertar en todos los niveles posibles y/o pensables.

Singularidad, entonces entendida en su sentido más amplio y contundente (o sea, en tanto desmembrada de su inicial, habitual adscripción a lo escuetamente individual). Singularidad en enlace con lo singular autónomo y envolvente, que sumado a la presencia decisiva en toda resultante, en toda emergencia, además retrata -no sólo la inclusión de opciones explosivas- también la procedencia inquietante, decisiva, de la singularidad que parte, partió siempre, del enigma y del secreto.

Sólo ha de ser por ello que la singularidad es cuanto es. Lo demás resulta derivado de allí.

Asuntos a debatir

- Dado un necesario “más allá de la clínica de lo social” ¿qué nuevo tipo de aplicación se impone entonces a partir de aquí?

²⁹ Cf. Nietzsche, F. OBRAS COMPLETAS. Tomo V. “El porvenir de nuestros establecimientos de enseñanza”. Ps. 138 y sigs). Aguilar, Ed. Buenos Aires, 1967.

- ¿Es la universidad el espacio más adecuado para la asunción de tales tareas?
- Si el ejercicio que se impone al hacer universitario es el despertar la singularidad ¿qué tipo de aplicación se demanda entonces?

TRES

Inicial reflexión política desde la singularidad

UNO. Dada una oferta que a cada paso podría delatar la presencia de un inconveniente desbordamiento, y cuando se plantean las cosas con el radicalismo que aquí se emplea, siempre se está al borde del repudio.

Ya ha sido resaltado -y en más de una ocasión- que bastaría con reconocer la presencia del inapelable registro de lo personal, para dar razón de ser a semejantes cuestionamientos.

Si se mira todo desde registros personalizantes y/o si se dicen las cosas como autopromoción, prepotencia -o cosa semejante- no parece existir salida entonces.

¿Cómo justificar, en efecto, las pretensiones de alguien que desea refutarlo todo y decidir de un solo plumazo que los demás están equivocados?

Vistas las cosas por esta vía, es claro que no resta más que el reconocimiento de una oferta demente e insostenible.

Sin embargo, si el asunto se observa como una condición objetiva de método (dando por sentado y colocándose por encima del reconocimiento de la condición de imposibilidad que rige cuando se reconoce apenas lo inalcanzable de metas, de puntos de llegada, que si bien se impondrían así a la persona que los localiza y los plantea, de hecho estarían abriendo a una salida sin remate posible, al despliegue de una interminable tarea inagotablemente renovadora).

Nada obliga a culminar la tarea ni ésta termina refutada por saberse -sumados impedimentos y restricciones múltiples- que cada quien ha de conseguir llegar apenas hasta un determinado punto.

Pero, más allá de tales relativismos, basta instalarse en consonancia con el devenir, para captar el anverso defensivo de cuanto se quiso siempre decidido como terca, ciega constancia, que hace oposición cerrada al libre fluir.

DOS. La radicalidad de la posición es objetivamente contundente, y una vez reconocida, nada impide evadirla o desconocerla, sin agravar tanto más las cosas.

Veamos afuera un ejemplo de ello: basta con repensar la oferta de construcción que hiciera -por decir algo- Husserl (cuando se propusiera partir

de una retoma de las “Meditaciones cartesianas”) para hallar allí, no sólo un ejemplo de cómo se debe proceder para pensar con rigor y de la más conveniente de las maneras, también para reconocer, que antes que resultar desbordante su empeño, a Husserl le faltó radicalismo entonces.

En efecto, en cambio de retomarse la evidencia del ego,³⁰ tendría que haberse reconocido allí la marca de creencia que apuntalara desde tal asunción toda opción de implementación de cuanto a partir de allí se ha terminado por reconocer como soporte primero de la modernidad.

De igual modo, si se impone rastrear la incidencia de un concepto tan evasivo e inaprehensible, tal cual de hecho resulta siéndolo, la singularidad. Y, no sólo a nivel de lo más individual e íntimo: si se le asume como mera re-localización psicológica, tendrá que verse allí apenas el inicio de una tarea ingente cuya pertinencia no podría invalidarse por tratarse apenas de un primer atisbo.

TRES. Y si se desea rastrearlo en tal sentido -dando entonces por sentado que cuanto sigue es apenas un paso inicial, que deja por necesidad pendiente un vasto recorrido- conviene comenzar por preguntarse cómo la singularidad, promovida por esta oferta clínico-estética, no ha de ser una reversión individualista que se olvida de la propuesta política marxista.

Lo primero habría de ser indagar por cuanto, a nivel colectivo, se entiende por singularidad. La razón por la cual, allí también, a la singularidad se le contrapone lo singular (en cambio del complemento habitual que le haría coincidir con lo universal).

Y siendo ello por demás evidente ¿qué es -en tal sentido, a nivel de grupos y de masas- aquello que decide a ambas nociones (a la singularidad y a lo singular) y que les distingue de lo concreto, de lo particular, de lo específicamente individual?

Desde que se niega, cuestiona, o refuta a la singularidad cuando se la bloquea y se le fuerza a ajustarse a criterios externos de adaptación ¿cuál es en realidad la nueva versión que delata en el fondo de lo singular, una disposición terrorista?

CUATRO. La explosividad de la singularidad coartada no puede ser posible, más que en la medida en que comporta reclusión.

Es, a partir de la explosividad de allí emergente que se empieza a reconocer que la singularidad no da paso a una escritura rosa, ni es apología de lo más lamentablemente narcisístico y auto-promocional (desde entonces -como sucede con los sueños- la escritura que versa sobre ello es explosión estética, terrorismo creador en ejercicio).

Por el contrario, la singularidad replanteada así (como registro impedido que se resuelve en lo singular explosivo-implosivo) viene a reclamarle a cuanto de uniformante y masificante se pegara a una oferta que renuncia al devenir y se obstina en una continuidad gratuita, sin atenuantes (que es la clave, que a título de empeño cultural, subtiende en el conjunto de la Obra).

³⁰ Así se trate de un yo trascendental y no del yo de los psicólogos. (Cf. Infra, “Kierkegaard y Husserl”).

La reclusión por ende, no sólo comporta malformación de la singularidad: impone la uniformación y el aglutinamiento de rebaño (y sin embargo, no por ello se puede renunciar a reconocer singularidad también en esas masivas resultantes).

Sucede sí que esa singularidad de masa no puede ser equiparada sin más con las modalidades donde se trata de más específicas emergencias, pero no por ello se puede renunciar a reconocerla (no sólo como innegable, de hecho como un punto de partida indispensable para pensar las cosas en referencia con esa clase de tópicos).

Y lo cierto es que ni Marx ni Freud, lo tuvieron suficientemente en cuenta cuando se enfrentaron -cada cual a su modo- con el tema.

CINCO. Sin renunciar a los aportes freudianos y marxistas, el ejercicio transdisciplinar que busca fusionarlos, integrarlos, delata ya inmensos impedimentos teóricos, que de un modo u otro comporte tal opción.

No sólo se impondría el despliegue de una suerte de oferta político-democrática, la cual -así ni parezca- subtiende en el fondo de la resolución sublimatoria del asesinato primordial (ingesta del cadáver paterno desde donde se redistribuye -al menos de manera inicial- el poder), también la posibilidad de explorar enlaces -imprevistos ya al interior de la obra marxista- que se suplantán con conceptos, que si bien no se pudieran erradicar de un tajo, acaso pretendan decir más de cuanto les es posible, que buscan explicar, cuando en realidad urgen de retomas que les descifren en sus más decisivos trasfondos de base (plusvalía, lucha de clases, lucha armada). De hecho, entre la oferta económica del marxismo y sus aspiraciones político-aplicativas subtienden registros inexplorados, los cuales desde un empeño transdisciplinar podrían guardar sorpresas y despliegues indispensables.³¹

Lo cierto es que es difícil hallar ilustración de precipitud aplicativa como la que exhibe la oferta marxista. Resulta difícil hallar un modelo que se creyera redondo de una vez, tenerlo todo resuelto, un empeño más bizarro de ejercitamiento empírico-aplicativo que el marxismo (olvidado de urgencias teóricas y de debates que no se redujeran a la más pura aspiración pragmática).

SEIS. También es verdad que un asunto es la singularidad -presente sin más en la resultante, válida en sí- y, otro muy diverso, su ejercitamiento. O, más bien, su franco y radical impedimento, pues es cierto que el reconocimiento de un registro de irrealización se impone siempre en tal sentido (si no se desea naufragar en purismos y lamentables exclusiones). De hecho, la salida de las opciones de implementación de singularidad a nivel de lo máquico puede ser tan tajante, que se caiga del lado de modalidades extremas de necesidad y de supervivencia que -por solas- invalidarían cualquier aplazamiento por justificado que fuere (dígase a nivel teórico).

³¹ Lo cierto es que la versión económica que “El Capital” (Cf. Marx, C. “El Capital. F.C.E., Ed. México, 1966) -antes que la ilusión de una oferta disciplinar- recoge desde un comienzo una decisiva aspiración estética (forma-mercancía, forma-dinero, modalidades del fetichismo, etc.) mientras que la aspiración política es por sobre todo empirista y -en más de un sentido, por ello mismo- groseramente aplicativa.

Sin duda entonces, y tanto más aún, la lucha por la recuperación de esos registros de impedimento, la inaplazable tarea que demanda su superación, su reducción al menos, resultan prioritarios urgentes e inaplazables.

Sin embargo, la experiencia evidencia que dando paso a ello, que poniendo en marcha los más variados y radicales empeños combativos, es más fácil que el drama se exacerbe antes de hallar mínimo alivio, o solución alguna en tal sentido.

El empeño por modificar las cosas, choca de entrada con los ímpetus ciegos, con fuerzas ajenas de toda humana intencionalidad -fuere cual fuese- y que pugna por la auto-reproducción del sistema de conjunto.

SIETE. Ahora bien: asumido lo dicho previamente (y sin pensar desde aspiraciones de implementación alguna) se puede de todos modos reconocer, que si bien la singularidad -aún estando siempre presente- termina sintomatizando toda posible opción de realización suya, nada excluye reconocerla a su vez expresa al interior de las masas (y ello en cada caso y desde cada coyuntura).

En cambio, la versión simplificante -que hace de las masas modelos uniformados y ciegos- renuncia porque sí a toda oferta de singularidad visible allí. Las opciones de ese orden desde entonces derivan, por sólo eso, inestrenadas. Con ir apenas en contravía de las tendencias uniformantes y regresivas, las masas ilustran una versión diversa de positiva puesta en acto, de singularidad multiplicada.

Una versión renovadora en tal sentido, no sólo resultaría posible, de hecho podría dar cuenta de fallas garrafales en esas modalidades aplicativas marxistas-leninistas que echaron por tierra el empeño de renovación del modelo social.³²

No sería pues utópico replantear en tal sentido las cosas, desde que ello, inversamente, se impone como indispensable. Cabría, en consecuencia, desandar esas rutas, rearmar nuevas metas, redoblar y redefinir objetivos, reponer la urgencia de cambios indispensables, reconociéndolos en contravía con la ciega marcha autodestructiva que se ha impuesto en cambio.

OCHO. Pero a pesar de indispensable, sería ello iluso como propuesta a desarrollar en este espacio. Delata sí sentido, si sirve para revisar de nuevo el ámbito de lo aplicativo, a la luz de la mirada transdisciplinar. Preguntarse desde allí por las implicaciones que se imponen a cuanto se asumiera desde la implementación de lo clínico, por ejemplo.

³² Piénsese no más en la versión empirista de la pobreza que ejercita el marxismo y que la reconoce como asunto prioritariamente reconocible en el registro de lo material. A la luz de una noción que se decida como impedimento de ejercicio de singularidad, la pobreza es otra cosa (algo tan envolvente y decisivo, que la sólo opción de remontarla impone reasumirla desde perspectivas no menos radicales -así menos primarias-).

De igual modo podría ser que -a partir de un punto- un exceso de empírica realización -tanto más en la medida en que sea montada sobre el impedimento del despliegue del resto- torne a la singularidad en algo indefensible, por no decir grotesco.

Por lo demás, desde la lógica del capitalismo, resulta ser más fácil que se confunda el usufructo de la Obra con la realización de lo propiamente humano.

Si lo clínico de lo social se re-ofertara como alternativa de cambio y de reajuste (sin que se tratase de lo adaptativo, en cambio sí de lo creador) no podría ser ajeno a esta clave, tanto más vasta, al reconocimiento de esta envoltura que le precede y predetermina.

La singularidad coartada habría de ser entonces la fuente, el referente, el norte, de toda urgencia de recuperación renovadora, si se asumiera la alternativa de una pertinente oferta de cambio (opción que ha de partir, de modo necesario, del enfrentamiento con las imposiciones de poder que pretenden invalidarla y uniformarla).

Una indagación por el sentido de lo singular (en cuanto reconocido como modalidad explosivo-implosiva) coincidiría ahora con la pregunta por la razón de ser de la sintomática-terrorista.

NUEVE. Tal cual acontece con el cíclope ciego del Ulises de Homero,³³ la imposibilidad de la tarea -ha sido dicho ya- se reconoce en el despliegue indetenible de una maquinaria ciega, que repugna argumentos y carece -como mera fuerza indoblegable, apuntalada en consolidaciones irreversibles- de posibilidad alguna de recomposición de sus destinos. Su despliegue, en efecto, se impone de modo apabullante y resulta ser por ello lo más ingenuo, protestar frente a su abundancia, o pretender armar poder alterno ante su avasallante dominación.

No es pues por rutas de poderes ni de empoderamientos que se puede aspirar a una respuesta mínimamente coherente.

Pero un asunto es el modelo mismo en la objetividad de su imperio, y otra las modalidades de incorporación, de internalización que de allí se desprenden.

Si bien la asunción masiva de lo doble forclusivo deja escasas opciones de liberación allí, lo cierto es que (sin ánimo de generalización, de entrada inadmisibles) la misma indiferencia que comporta la implementación de modalidades, que de manera habitual y desde tiempo inmemorial, se consolidan partiendo de una base de masiva uniformación (por sólo ello refutante) el peso apabullante de la dominación capitalista no se expresa de manera uniforme según se trate de éste o de aquél.

DIEZ. A su vez cabe reconocer que el armado capitalista se alimenta parasitariamente de esas señaladas claves diferenciales sostenidas desde modalidades de singularidad, y si bien esclaviza a quien sea cuando lo imponga así la urgencia auto-reproductiva que le mueve, todo ello pasa de un modo diferente de cómo fuera previsto desde la óptica marxista. Pensar el capitalismo como modalidad de Obra recompone las cosas y redefine la forma de las vinculaciones sin que por ello se reduzca en lo más mínimo la lógica que desdibuja lo humano, que incluye lo inhumano³⁴ y que lo torna, clave tanto más apabullante.

Gigantesco Polifemo ciego, el capitalismo -al cual no le resulta todavía recursivo Ulises que consiga reducirle-, lo cierto es que su reproducción no

³³ Cf. Homero. "La odisea". Editorial Sopena. Buenos Aires, 1962.

³⁴ Inhumano -recuérdese- no en el sentido moral del término. La Obra, en tal sentido, es ya (y por sobre todo) inhumana. También lo humano trocado en obra por la Obra. Y si el capitalismo es la forma que perpetúa y auto-reproduce la Obra ¿no se impone por sólo ello su revisión nocional?

descansa en un núcleo decisivo, más que en la medida en que encarna y no deja en cada punto de su discurrir, opción diversa a su reposición. De hecho, si se quiere seguir haciendo uso de la metáfora (abstracto Mefistófeles que de entrada impone -sin debate posible- un pacto inapelable) la actualidad del modelo no es -ni mucho menos- anacrónica, ni excedente.

Temas para el debate

- Ensayo de un proyecto personal de futuro psicólogo, donde se desanden los pasos que llevan hasta lo singular desde una singularidad envoltada sin remedio.
- ¿Cuál sería un primer recorrido en referencia con una posible “salida inteligente”, que se pudiera enfrentar -de manera convincente- a la masiva y salvaje oferta uniformante y represiva de los poderes establecidos?

CUATRO

Antecedentes estéticos

Obligatoria aclaración

El texto que sigue resulta en demasía reducido en referencia con todo cuando en realidad pretende resolver. Una lectura sobre lo estético en la propuesta de Kant parecería urgente de adelantar -en primer lugar- si se quiere entender, que antes de una mezcla ecléctica entre nociones, se trata en realidad de un radical cuestionamiento desde lo estético a las derivaciones ético-morales que terminan siendo el Kant determinantes.

La idea de dos estéticas en una (una estética formal y una estética de fuerza) que demuestran en cambio que lo estético es tan envolvente y prioritario que sin embargo resulta más tarde o más temprano sintomático -desde que la aspiración de reunir en una la operación que ata la singularidad con la universalidad- si no se admite que se trata en realidad de la antesala frente a lo indescifrable donde reina el secreto y lo enigmático.

Un leit-motiv que distingue a la persona del sujeto aparece y desaparece sin hallar contundente ni visible enlace. Y ello que pudiera entenderse como un faltante, como un real déficit, es la clave que justifica la condensación que califica a este específico apartado y que lo hace vigoroso en la ambiciosa pretensión que le rige. La persona -como producto desde lo social que es- riñe, reñirá siempre, con el sujeto que a partir de un punto la remonta de modo irremediable.

UNO. Se podría suponer, que más que una estética de lo bello, la oferta clínico-estética se acerca a una estética de lo sublime (en el sentido kantiano del término) de la cual -por lo demás, resulta ser más próxima la versión neo-platónica que ofrece Plotino, punto de procedencia de aquellas que posteriormente buscaron resolver el tema de lo bello en ensamble moral con el tema del bien (y, por sobre todo, del bien supremo).

O sea, que hay un hilo de ensamble que lleva de Kant hasta Plotino, el cual debiera reconocerse para entender, tanto reales semejanzas como definidas diferencias.

En relación entonces con Plotino, debiera señalarse, que dado que el hallazgo de un registro informe donde lo bello se trasciende y que enlaza con una intuición, en más de un caso reconocida como mística (ensamble con “el Uno” que es “Dios” y que deja en el fondo de cada quien la certeza -así no se la quisiera reconocer como de ese corte- panteísta, que a su vez quiso reponer Goethe al final del “Fausto”) permite armar acuerdo en el primer sentido (contenido de lo bello informe), aunque diametralmente opuesto de su derivación actitudinal.

Así diga Hegel que no, la fusión mística es ya, y por sobre todo, posición hiper-defensiva³⁵. En cambio, se tendría que tratar de la extrema aproximación del terror, lo cual da paso, desde su ausencia de reconocimiento en la ubicación de un tal punto de partida, al modelo defensivo exacerbado (doble forclusión).

Aún así -y de nuevo en relación con Kant- debiera sumarse que el reconocimiento de lo clínico, en ensamble con lo estético, es el primer ejercicio de puesta en acto de un abordaje propiamente transdisciplinar (en franca ruptura con las especificidades que distinguen corrientemente las clásicas vertientes del pensar -filosofía, ciencia, arte-).

Allí, cuestionada de raíz la distinción kantiana entre razón y entendimiento o reconocida al menos como imposición filosófica a lo estético- antes que una puesta en acto de la prelación de un criterio moral (la voluntad), y del concepto que arma núcleo de importancia a partir de entonces (la libertad), se trata -por sobre todo- de la singularidad y de su impedimento que le hace estallar (lo singular).

DOS. El modelo nuclear (solar-platónico) de donde parte “el Uno” plotiniano (neo-platónico) y que decrece en perfección -a medida que se distancian de ese centro decisivo las resultantes, cualesquiera fueren- deja pendientes niveles decisivos de diferencia en relación con semejantes emergencias. Dígase, del orden de la belleza, la cual no debería ser excepcional entonces, dado que puede expresarse en las más distantes explicitaciones, sin verse afectada por sólo ello en su cualidad inocultable.

³⁵ Cf. Hegel, G. W. F. “Lecciones sobre la historia de la filosofía”. F.C.E. México, 1977.

Antes bien -asumida distancia semejante en la especie humana- en referencia con tal centro, con el centro demiúrgico, la uniformidad de las resultantes allí debiera ser en cambio en tal sentido, la constante. Lo cierto es que, a todas luces, la diversidad de las resultantes -en cuanto a lo bello se refiere- sin duda no pareciera ajustarse a tal criterio.

De hecho, en cada específico caso -nunca fusionable- la inversión del modelo (que lleva de reconocer la belleza en una singularidad inmediata, empírica, hasta convertirla en un modo más de la belleza nocional, intangible) procede de la urgencia de salirle al paso a la aparición de lo más inaudito e inexplicable, de lo más indescifrable y gratuito, de la presencia de una coexistente desarmonía amenazante, inversa, al tiempo que en extremo próxima del terror y del caos. Es eso cuanto hace del tema algo evasivo y -hasta hoy mismo- incapturable.

TRES. El encuentro entre una estética de la forma (coronada por lo bello) y una estética de lo amorfo y desmesurado (de lo sublime) hace, que de modo inevitable, la presencia indiscutible de lo bello más inmediato resalte a su vez la paradoja de su condición inaprehensible.

Ahora bien: desde la versión de progresiva asunción estética que aquí se viene desplegando, lo bello ata con lo enigmático, tanto como lo hace lo sublime, sólo que por rutas, no apenas diversas, de hecho injuntables. Para dar sentido a tales abordajes, algo menos retorcido surgiría al asumir en la autonomía de las resultantes, no sólo la clave suplementaria que busca hallar unidad en el substrato que las soporta, sino reconocer a la singularidad una prelación que resulta tanto o más decisiva que la supuesta, anhelada redondez de lo universal.

La unidad es entonces, apertura constante desde la diversidad irreductible e inexplicable, en cambio de la versión habitual que le decide como evidente punto de partida. Unidad divinizada, desde la urgencia de defensas doblemente forclusivas, dado que no comporta la asunción y envoltura de una pluralidad constitutiva, hija del caos y del terror de base.

Esta última versión, comportó siempre la necesaria exclusión de esos subfondos de sombra, que (bien visto todo) sólo desde un empeño compensatorio y suplementario de aglutinamiento -o sea, en segunda instancia- recupera, incorpora las innegables, inagotables, y siempre desconectadas formalizaciones. Se da paso así a sostenidas, reiteradas aprehensiones condensantes, las cuales intentan reponer de todos modos esa señalada unidad.

De hecho, urgencia ésta que se justifica en cuanto se espera con ello dar piso sólido no sólo a la defensa, por sobre todo a la sublimatoria pretensión de equilibrio y de armonía integradores (donde el terror resigna toda opción de presencia definitoria).

Siempre selectivas e incompletas, en medio de la exuberancia de emergencias -casi compensatorias-, las resultantes todas se empeñan en taponar el hueco, el vacío más basal (tan inllenable sin embargo, como inocultable).

CUATRO. ¿Acaso se equivoca Plotino -del brazo de Platón- cuando decide que la belleza no es sólo asunto de los cuerpos, de lo empírico, de lo externo?

¿No resulta indiscutiblemente válido que la belleza puede ser a su vez interior y/o intangible, y que acaso ésta última versión sea primera y tanto más excelsa?

Es ésa, noción que surge desde una perspectiva más amplia y envolvente. Si no se partiera de asumir “el Uno” como centro definitivo, inapelable, como núcleo que precede, determina y fundamenta la totalidad de las emergencias posibles y/o pensables, quizá tampoco fuera tan obvio apelar bello a cuanto termina apoyado en nociones, que de modo inevitable vendrán a sumársele buscando completarle y reforzarle (como es sin duda -por decir lo más grave- el bien).

A la luz de una oferta diversa -que no parte de ese armado plotiniano, ni lo suscribe- sin duda admite el tema versiones diferentes.

Desde la particular perspectiva de esta reflexión, se diría que en cada caso la belleza irrumpe como realizado extremo de singularidad -por más impedida o sometida que se presuponga esta última- y que es sólo a posteriori que se le reúne en una única noción (la cual bien podría admitir -a partir de un momento- el recurso de un empleo conceptual diversificado y complementario).

Si bien se observa, decir “belleza interior” comporta ya la imposición de un suplemento que el acontecimiento contundente de lo bello como tal ni demanda ni impone, como no sea -desde el empeño por capturarla- asumiendo las pretensiones de una subjetividad irrecusable.

CINCO. Lo bello, en la resultante más inmediata, no urge de más para imponerse, como no sea el encuentro entre quien o aquello que lo porta con éste o éstos que lo observan y certifican.

Es allí donde su especificidad resulta contundente, y también donde torna inaudita y desbordada, más indescifrable y próxima al secreto, y al más periférico y gratuito -sin embargo decisivo- enigma.

Que se acompañe o no de disfrute -o placer, como quisieron decir siempre los filósofos y psicólogos- es ya consecuencia, y depende de quien termina tomado por asalto y reducido en sus defensas habitadas.

Basta detenerse indefinidamente en la contemplación de lo bello para que todo ceda y se reconozca un más allá que se oculta de modo progresivo, tanto como el contemplador se habitúa (desgastando con ello el efecto en cuestión que de entrada genera la específica belleza).

Allí se hace posible reconocer que la belleza es linderal-defensiva desde que (en tanto próxima en exceso) oculta y delata -exacerbándola- la verdad más honda del secreto, del enigma que resuelve (sin dejarse descifrar por ello desde el caos inefable, originario) la certeza de la unidad formal.

SEIS. Kant no se pregunta por qué son indispensables lo bello y la belleza para nombrar supuestamente lo mismo.

Si bien podría afirmarse que de algún modo el propio Kant lo resuelve, tendría que asumirse a su vez que ha de ser ello sólo posible en tanto se reafirma la óptica de lo filosófico (desde que aspira a la abstracción del concepto por encima de la especificidad de la singularidad en ejercicio, de la singularidad encarnada).

Máximo, apela Kant a lo agradable para dar cuenta de lo más inmediatamente bello, con lo cual renuncia a reconocer, que tanto lo agradable como lo bello, consisten siempre en esa singularidad que él desatiende.

¿En qué va entonces la diferencia entre lo bello y la belleza?

La belleza es ya concepto -dígame cuanto se diga- y lo bello supuestamente son sus modalidades, aunque es clara allí ya una inversión inevitable que torna indispensable retomar. Antes de ello incluso, está lo bello mismo en cuanto tal, indescifrable -y tanto más aún- en la medida en que su aparente gratuidad suma, multiplica enigma allí.

Lo bello tampoco es pues la mera concreción en una específica belleza. No coincide con ello, aunque sin duda esté más cerca de allí que de su reducción a mera belleza abstracta.

Lo bello sorprende como inmediatez de una captación sin concepto que sólo luego, al nombrarse, alude a la urgencia de ampliación, de generalización.

Lo bello es la operación que junta (en una sola) singularidad y universalidad, lo cual -bien visto- es un verdadero exabrupto para la razón.

Y habrá de ser por ello, que sólo en cuanto parte del enigma y lo asume sin limitaciones, que el empeño artístico pareciera lograr tal remontamiento (enigma adicional, igual o más inaprehensible).

Pero que la singularidad se termine congelando en el registro del acumulado explosivo-implosivo que es lo singular, delata que la universalidad resulta tanto más incapturable, sin la mediación de un concepto que aspira a cubrirle sin conseguirlo plenamente.

Y si a ello se anexa la aprehensión de lo universal desde la singularidad, pues se entiende -hasta donde es ello comprensible- la razón por la cual lo bello es inefable.

SIETE. No se nombra el mismo vacío cuando se alude al más acá que delata el empeño filosófico, que cuando se lo reconoce en el afuera del conocimiento científico (o -tanto peor aún- del empeño artístico, y/o la asunción puramente estética).

Ni siquiera se tratan de igual modo tales niveles inefables, ni se les busca completar -siempre ilusamente, sin embargo- con los mismos recursos.

La urgencia de generalización del gusto -a lo cual en su momento alude Kant- retrata la forma como urge asumir la contundencia de la singularidad (sin que ello implique -tanto menos aún- la explicitación de las consecuencias de cuanto impide su ampliación).

De hecho, la sola singularidad resulta de entrada sometida desde el imperio de registros más vastos y aplastantes que tienden a la uniformación. Sólo que la singularidad no se resigna y sigue su camino por vías subterráneas (pues es cierto también que ella no puede detenerse por más que se le constriña). Su derivación del lado de fondos subterráneos, que luego de modo inevitable reemergen -armando cráteres y vomitando lavas- dan cuenta de cómo la singularidad obstaculizada, sometida, termina dando paso a la consolidación de lo singular.

OCHO. Un asunto que tendría que anexarse a esta reflexión (pues podría pasar desapercibido, siendo que es de esencial explicitación) es que -dado que se asume, que es desde la persona como se apropia lo bello, partiendo por lo demás de sobredeterminaciones creadas en referencia con ello- en cambio de reconocer la decisiva presencia de lo enigmático se busca abstraer el concepto, de tal modo que la belleza termina flotando sobre una base sin piso (heredando al tiempo, del lado de lo incógnito, las claves de su evidencia y de su necesidad).

De hecho, la belleza impone una revisión de la distinción entre sujeto y persona, que apenas se hace.

La persona quita y suma allí de un modo tan decisivo, que resulta todo por obligación distinto, si se le incluye o si -como es habitual, sin cancelársele- se le silencia desde su implícita e indispensable evidencia.

Y el sujeto -aún sosteniéndose a su vez tal noción como inapelable- más fácilmente se desdibuja entonces tornando insuficiente, delatando impotencia (allí donde -de hecho- se da una contundente captación estética que remueve y conmociona su base de sustentación).

Ha de ser quizá por ello, que entre la sensación (cuerpo) y el bien (moral) la belleza flote sin hallar nunca real anclaje (tanto más en la actualidad, cuando lo máquico impone dimensiones renovadas a lo bello y a su aprehensión). Cuestión esta que podría responder por los oscuros rodeos, que sin salida visible, viene -de tiempo atrás- dando el arte (desapropiado del tema, pero naufragando en una nostalgia de ello) que por supuesto -a pesar de ser indispensable- nunca se ha reconocido cuando se le aborda, buscando dar cuenta de artificios y arbitrariedades que -no por nada- se le suman al arte de continuo y de modo progresivo.³⁶

NUEVE. Entre lo filosófico y lo científico se dan enlaces y diferencias que mantienen una relativa continuidad (sin embargo refutada de plano, cuando se trata de la especificidad de lo artístico, y/o de la apropiación del sesgo estético que aprehende la singularidad de las múltiples e inagotables resultantes, fueren las que fuesen).

En el primer nivel de esas continuidades, la persona se abstrae o se somete a las urgencias de la abstracción (y/o de la generalización) por la ruta del apuntalamiento del sujeto -cuyo complemento indispensable se impone desde la consolidación del objeto (y de lo objetivo a su vez, en tanto contrapuesto polo de lo subjetivo).

Sería simplificante reconocer sin más al sujeto a partir de ese trasfondo donde se delata el registro de la persona. Resulta inocultable en efecto, que en la historia del pensamiento el lugar abstraído del sujeto califica niveles más vastos, tanto en el tiempo como en el espacio.

Pero no sólo es válido también que la persona puede ser noción que califique mucho más que los registros restringidos de lo escuetamente individual. De

³⁶ Por pura paradoja, es el artista quien logra así más cómodo lugar: justamente refugiándose en un ejercitamiento de su singularidad, que pareciera bastarle para incorporarse a su hacer.

La diferencia entre el arte y lo estético consiste entonces -sobre todo si se incluye al artista- en que, en el arte se trata por sobre todo de una modalidad de ejercitamiento de la singularidad, mientras que lo estético -al menos en última instancia- aspira al enlace de la singularidad con lo universal.

hecho, sin el soporte de la persona que lo encarna, el tema del sujeto deriva inaplicable, mera noción teórica y general que hasta podría dar cuenta de un lugar necesario, si bien no de su despliegue.³⁷

DIEZ. Con el paso de los tiempos, enfrentada a la singularidad recuperada, en el ejercicio de los develamientos -cualesquiera fueren- la uniformación del saber ha generado un desajuste creciente e irreversible, cuyo efecto da paso a malformaciones inocultables.

No sólo se da lugar con ello a la radicalización de modelos hiper-especializados, también -a niveles más específicos (el psicoanálisis o la psicología por ejemplo)- tanto más visibles e inconvenientes.

Nunca se hará suficiente énfasis en la diferencia que se impone cuando se reconocen modelos redondos y retrospectivos, en franco contraste con los puntos donde se trata de la creación, del descubrimiento, de la producción misma de pensamiento.

De otra parte, la dimensión donde se reúnen lo artístico con lo estético no se ajusta en cambio con esta pareja decisiva (sujeto-objeto).

Desde que la prelación de aquello que Kant resuelve como registro del entendimiento (que se basa en el apuntalamiento y despliegue del concepto) a este otro nivel, apenas colinda con un territorio tanto más decisivo y constituyente (campo de la singularidad, en complejo e inestable entronque con lo universal, desde que la singularidad se desdobla de continuo del lado de lo singular).

ONCE. El sujeto no puede sostenerse como soporte inamovible, como noción inmodificable, pero la tradición termina por darle ese lugar de evidencia, que sin embargo el acontecimiento estético termina por estallar.

Tampoco el objeto se sostiene sin una ampliación imprevisible y desdibujante que delata puntos (oscuros y/o en extremo luminosos) donde surgen nuevas dimensiones habitualmente ocultas: registros del afuera que tornan el lindero entre esas polaridades -corrientemente asumidas como redondas y excluyentes- en ampliada franja de sorprendentes calidades.

El pintor, el poeta, el novelista, el escultor, el hombre de teatro, en fin, quienes se juegan en esos niveles, riñen por ello de continuo con esos temas desde que la operación de apropiación y/o de creación que se les impone delata esos lugares (sujeto-objeto) como en extremo rígidos y estrechos.

También allí, a su modo, va quien se impone el esfuerzo transdisciplinar.

DOCE. Como la persona se sostiene en su evidencia sin necesidad de certificarlo a cada paso, y dado que el sujeto³⁸ la abstrae y sostiene reforzando su silenciamiento y tornándola tanto más eficaz, cuando se alude a la distinción entre lo bello y lo sublime ello se refleja allí comportando, entre otras

³⁷ Sería grosero e insostenible pretender con sólo ello agotar el tema del sujeto. Lo cierto es que se trata aquí de una licencia a la cual solo la justifica la certeza de que el tema está por encima de todo pendiente. Nadie pretendería que en este nivel de lo escritural se resolvieran de una vez por todas, asuntos que son tan hondos como -de hecho- imposibles de redondear.

³⁸ Se insiste en ello: no se trata de negar la realidad del sujeto, sí su condición de evidencia que lo impone como fijo e irremontable, que -por lo demás- lo pierde de sus especificidades, según fueren las esferas desde las cuales discorra.

resultantes, la ignorancia de su condición de efecto ya de tales arbitrariedades. Y es ello tan nodular que una de esas implicaciones se expresa en el impedimento para reconocer que la diferencia entre lo bello y lo sublime surge de un previo desenfoque (el cual da de entrada a la belleza lugar central y exclusivo en la apropiación de lo estético).

Sabido es también que lo sublime colinda de modo inconveniente con asuntos que le atraen -dando por sentado que de tal modo le complementan necesariamente- del lado de valoraciones morales (el bien, lo bueno)³⁹.

Más allá de tales modalidades (lo bello, lo sublime, etc.), lo estético versó siempre en realidad sobre la forma. Sin duda, es en cuanto modalidad de ésta, que lo bello -de modo previo a su pertinente desciframiento- viene a sumarse allí, aspirando a idealizaciones y readecuaciones, que distraen de una mayor pertinencia de las cosas.

A cuanto se apela- por fuera de ello- lo sublime es en realidad a la fuerza, que se expresa y manifiesta por una ruta renovada de formalización, en tanto somete y subordina tales emergencias a la contundencia que imponen el caos y el terror (pareja nocional que hasta aquí, en el escrito sobre el “más allá de la clínica de lo social” pareció silenciada en más de un punto, pero que vuelve a hacer de nuevo presencia necesaria ahora, delatándose así que estuvo todo el tiempo subyugando en el conjunto de los análisis antecedentes).

Y es la persona cuanto termina dando cuenta de uno y otro concepto (lo bello, lo sublime), no porque su lugar resulte siendo esencial e indispensable, habrá de ser en cambio en tanto aparece allí (incluyendo suplementos, recursos de artificio) en el empeño por instalarse, donde de hecho se cuestiona -de un lado y otro, a nivel interno tanto como externo- su impertinencia y su inconveniencia, su arbitraria presencia y su nociva pretensión de apuntalamiento principal.

TRECE. Sin que se trate de la ausencia de forma, lo cierto es que la fuerza descomunal -en cualquier ocasión- desajusta y recompone las habituales modalidades formales a las que las personas están adaptadas y en referencia con las cuales discurren, pretendiendo con ello imponer la lógica de sus despliegues (y aunque derivados del imperio de lo social, aspirando siempre a una terca e insostenible autonomía).

Sin que la persona desaparezca, sin que se trate de pesadillas oníricas ni de demencias alucino-delirantes, el masivo e indetenible espectáculo representacional que la desmesura pone en acto, desajusta las habituales demarcaciones humanas que recubren -sumando lo doblemente forclusivo- las dimensiones de lo universal (donde la evidencia de un orden más vasto e irreductible subtiende y -desde ese silencio decisivo- hace presencia inocultable).

Y es por ello -se insiste- que si bien la persona no se diluye ni muta de modo contundente, su condición sintomática sí resulta evidenciada de manera cierta.

³⁹ En la página 251 de su libro “Crítica del juicio” Kant explicita que se debe tener un mínimo grado de cultura para reconocer la presencia de lo sublime. Por debajo de ello no se experimenta más que temor y/o terror.

Que el terror es pues lo primordial se refuerza entonces al aceptarse que el refinamiento cultural en cambio, por sí mismo, no impide experimentarlo.

El que todo vuelva a re-armarse a pesar de ello, ha de ser porque el asunto queda atrás sin remedio, y el modelo violentado, cuestionado -sin haber sido del todo demolido- vuelve a reponerse, terca, repetitivamente.

Como si hubiera caído un meteoro en la mitad de la cobertura de hielo de un paisaje polar (dejando un cráter, amenazante sí, aunque sin que desaparezca la panorámica más vasta, desde una anestesiante insistencia que no consigue renovar recursos por puro impedimento para detenerse) todo sigue fluyendo de un lado y otro.

Y, aunque la nueva irrupción fuese taponada, resulta al tiempo urgida desde cualquier inevitable e insistente demanda de prevención posible.

Sólo así se entiende, que antes de debilitarse o alterarse, termine reforzándose la clave defensiva, absurdamente negadora (de hecho francamente doble-forclusiva) que acompaña al conjunto de las emergencias.

CINCO

El cuerpo y la materia en Aristóteles: “El tratado del alma”

UNO. Para Aristóteles -así suene pleonásmico- el alma “anima” al cuerpo desde que le recubre con la forma que encarna.

El cuerpo sin el alma -valga decirlo de este otro modo- sería mera materia informe.

De hecho, la forma se suma a la materia y arma cuerpo. Desde entonces surgen dos vertientes posibles en la versión del alma: ésta que la asume en cuanto anima al cuerpo y aquélla, que desde esa animación a su vez se anima y autonomiza (y que trasciende la detención del cuerpo cuando muere).

Sin embargo, algo decisivo se escapa pues la verdad es que la animación no es igual a la formalización. Esta última alude a la forma de los cuerpos que conduce a reconocer la corporeidad, el cuerpo envolvente del cual cada cuerpo es un modo ya.⁴⁰

Pues bien, en tanto decisiva confirmación de forma, una estética del cuerpo (timos) se enfrenta desde entonces con una psicología del alma (psique).

Esta última se perpetúa desde la defensa que se impone a esto -que siendo modalidad corpórea- se suma al cuerpo de conjunto, inconmensurable, desbordante, que -más tarde o más temprano- no deja más opción que el

⁴⁰ Es aquí donde se enquistaba lo estético y se impone una psicología contaminante, que oscila por ello entre el más puro empirismo y los trasfondos metafísicos. Sin referirse al primer motor, el alma se escinde entre su noción más metafísica (Alma, escrita por ello con mayúscula) y el alma que escrita con minúscula en realidad repone la singularidad in-nombrada (donde justamente lo estético se congela. Cf. Otero, J. “Anotaciones a propósito de “El tratado del Alma” de Aristóteles”. Revista de Investigaciones Psicológicas #2-3. Universidad de Antioquia. Medellín, 1977).

reconocimiento del abismo inllenable (oferta filosófica kantiana que se consolida como estética de lo sublime y que hace complemento y contrapeso al modelo místico de Plotino, el cual se afina entonces en una promoción de un “Uno” con el que se comulga desde el registro de lo informe: el hueco del cero, Plotino -ajena toda matemática- lo repleta con un “Uno” redondo y nuclear que no deja opción a duda ni a vacío).

DOS. La distinción entre el cuerpo y la materia no sólo no resuelve la animación, ni soluciona la inclusión de la forma indispensable entonces para diferenciarlos de modo tajante: choca de hecho con la versión ingenua de esa noción de materia que sobrepasa -aún hoy- la reflexión filosófica.

Lyotard, por ejemplo⁴¹ (Cf. “Lo inhumano”) reduce la materia -aristotélicamente y sin que le tiemble el pulso- a mera potencia, olvidado de la realidad de la energía y de la inaprehensible presencia en la base de todo, de la fuerza indescifrable y enigmática.

La idea de la materia como generalidad de lo elemental (fragmentamiento cuadrático que la expresa como agua, fuego, aire, tierra) obnubila la operación que lleva desde lo no visible hasta la certeza inmediata, empírica, formal, de la corporeidad (que no comporta apenas la animación).

Ha de ser más bien, la necesidad de responder por la razón de ser que separa la formalización de la animación cuanto debiera haber sido asumido de entrada (pero Aristóteles ni siquiera incluyó en su reflexión esta clave decisiva donde se impone la necesaria presencia de la noción de timos).

TRES. La oferta estética que busca redondearse en el cierre de la reflexión clínica de lo social, asume esas dimensiones basales, originarias, como incógnitas e inaprensibles, y ofrece en cambio pensar lo anímico como registro tecnológico intangible (modelo máquico que se arma a título de obra desde la Obra)⁴². Y habrá de serlo por partida doble, pues un asunto es lo corpóreo como obra, y otra, la resultante psíquica producida también desde la atmósfera de lo urbano, que es desde donde -por decirlo así- la Obra toda respira y se perpetúa.

De haber un alma sería un alma de Ciudad y todas las resultantes modales que se enlazan a partir de allí se asumen como modos de lo urbano.

Es la Obra pues, cuanto en realidad está animado y todo cuanto se enlace con ella es sólo por esa razón que sobrevive y se perpetúa.

Dada la resultante como punto de partida para cualquier análisis, la psicología de la cual ahora se trata habría de ser una cuestión muy diversa de cuanto muchos siglos atrás imaginara Aristóteles.

⁴¹ Cf. Lyotard, J-F. “Lo inhumano”. Manantial, Ed. Buenos Aires, 1988.

⁴² Se debe recordar que la Obra nombra la obra humana de conjunto (por ende, a través de la historia) a diferencia de sus múltiples y particulares modalidades, que son obras al interior de aquella.

La Ciudad, a su vez, se refiere al manto informático que cubre a plenitud el conjunto que es la Obra, superposición sobre ella que se adelanta desde que el despliegue de lo tecnológico pasa a regir las resultantes y los intercambios de ello derivados.

Lo máquico suplanta los ensambles de lo humano, incluidos los modos de lo urbano, donde se recogen las resultantes psíquicas propiamente dichas.

La ciudad con minúscula coincide sí con su acepción habitual, aunque las ciudades reunidas no resuelven cuanto desde la polys griega se viene apuntalando para consolidar la matriz de lo urbano.

Al menos, se impone reconocer un impase allí, desde que se redefine el alma como modalidad paradigmática de la singularidad, por lo demás signada por las marcas que desde lo singular la cruzan, alteran y/o deforman.

CUATRO. La Ciudad crece sin detención, pero sus modos no logran remontar la urgencia de los orígenes. Sintomáticamente reponen la verdad del vacío que separa lo humano de la Obra (a pesar de ser lo humano subsumido por ésta). Una suerte de déficit inocultable se incrementa en lo humano que resta por fuera, desde un en-sí que de cualquier manera no consigue realizarse.

Desde el afuera que por todo ello inagotablemente la Ciudad genera, lo humano se delata buscando reasumirse en su lugar de sometimiento y restricción sin lograr nunca acomodarse a cuanto las decisivas resultantes imponen.

Enfrentada a lo indescifrable -que es además mucho más que lo puro humano- la Ciudad crece, en la medida en que descubre sin develar, en que ignora sin remontar, en que termina resolviéndose en sus meras urgencias autoreproductivas.⁴³

Resulta innegable que la Ciudad demanda, urge de sus encarnaciones (modos delo urbano) y que sin ellas sucumbiría de modo inapelable: su lugar de parásito envolvente se impone de modo progresivo e irremontable.

De hecho -así la resultante no lo retrate a niveles empíricos e inmediatos, desde habituales registros experienciales- la Ciudad no viene dada desde un comienzo, es efecto dentro de una envoltura que le somete y relativiza por encima de sus aspiraciones reclusivas y doble-forclusivas.

Y en esas precedencias la singularidad estaba ya presente.

La singularidad es pues anterior a la Ciudad, así ésta la reduzca y someta haciéndola estallar y/o implosionar.

CINCO. De tal modo, se imponen dos modalidades contrapuestas e injuntables -complementarias al tiempo que antagónicas- de psicología (según se incluya o no el afuera que la Ciudad produce de continuo y que intenta inútilmente llenar, en cambio de reconocer allí su más definitiva procedencia).⁴⁴

Es que la singularidad apresada que alimenta la urgencia reproductiva de la Ciudad parasitaria, si bien se suma entonces como fuerza deja pendiente niveles de formalización que, colindando con el afuera -al tiempo definitorio e invisible- delatan claves de singularidad presentes aún al interior de la Ciudad forcluyente.

⁴³ Si se quisiera buscar la inclusión de cuanto se nombra con la noción de Otro en psicoanálisis, cabría reconocer aquí al menos su opuesto, desde que se trata de un modelo sin amo visible, que sin embargo se quisiera coherente y lúcido desde que la lógica del despliegue desbordado de lo tecnológico en realidad deja todo futuro, como un inmenso e inquietante interrogante.

⁴⁴ En efecto, la Ciudad surge como alternativa al taponamiento insostenible del terror y no se da de un solo trazo como mágico gesto de ignoto demiurgo: se viene anunciando desde las urgencias de lo humano por completarse, por llenar el bache que le define de entrada y donde resulta tan indefenso como incompleto. El hueco por llenar le acompaña de modo indefectible y se intensifica, por más gesta productiva que se le imponga para discurrir (si es que se pudieran seguir viendo desde esta perspectiva los asuntos una vez la Ciudad lo envuelve todo y lo reinterpreta de modo contundente e irreversible).

Los estallidos de lo singular parten de esa ubicuidad que puede en cualquier caso aglutinarse, recuperarse como fuerza inasimilable que explota y/o implosiona de modo indefectible.

Los puntos de excepción donde se anexa un plus en cambio -de acuerdo con las demandas de la formalización que de manera compensada buscan trascender el destino del estallido- dan paso a extremos de singularidad lograda donde -entre otras resultantes- encuentra lugar la espléndida emergencia de lo bello.

Lo bello -como la creación y el develamiento, cualesquiera fueren- distintos todos ellos sin duda de las primarias opciones de estallido terrorista que lo puro singular sin duda impone de continuo, son también del registro del estallido (en tanto reconocido como salvaje emergencia estética). En el fondo son todas esas excepcionales expresiones -incluidas las explosiones e implosiones de lo singular- modalidades del afuera, sólo que encuentran vías diversas de expresión. Todas -en efecto- proceden, de un modo u otro, del despliegue basal de la singularidad excluida.

SEIS. Aunque existen modalidades de singularidad, ésta no es decidida de la manera cómo acontece con las meras emergencias de lo particular.

La singularidad, no sólo es, sin duda, cualitativamente irreductible: antes de ello (dada esa condición diferencial) puede marcar -en cuanto tal- cualquier conjunto o envolverencia.

Lo humano en sí es portador de singularidad -por decir algo- mientras que cada quien es uno -si se le mira como resultante individual, modal- y otro muy diverso, a la luz de su condición irreplicable y única a partir de la cual encarna la singularidad que le cobija.

La singularidad no admite pues en tal sentido restricción alguna (ni siquiera se reduce a la posible generalización de particularidades de uno u otro corte).

La singularidad impone la asunción de sus territorialidades en ensamble directo con el secreto, sin perderse por ello en especulaciones ni en modalidades alternativas, en misticismos o versiones esotéricas.

De tal manera que antes de aspirar al despliegue masivo de las ofertas disciplinares colindantes (ciencias humanas, etc.) no habrían de ser ellas indispensables, ni restrictiva su ausencia allí. De hecho, las negativas a derivar en tales direcciones por parte de registros tales, resulta en principio más bien inevitable.

SEIS

**Pequeña reflexión a propósito de la composición pictórica
Reunión con los pintores Carlos Granada y Manuel Camargo.
(Domingo 20 de febrero del 2011)**

UNO. En Bogotá (Avenida 39, media cuadra debajo de la Avenida Caracas) existe un bello lugar donde cuelga desde hace varios meses, la exposición de las últimas obras del pintor Manuel Camargo.

Enterado de los comentarios que surgieran en la visita que adelantáramos (otras personas y yo) de esa su última exposición, el pintor M. Camargo quiso ampliarlos, propiciando un encuentro allí.

Aunque en esta más reciente ocasión, de algún modo la presencia del amigo común (Carlos Granada, pintor también y maestro suyo) obligó a derivar hacia otra discusión, la cual terminó cubriendo más vastas dimensiones y más generales urgencias.

Algo de ello se quiere resaltar ahora aquí (sólo en cuanto lo permite la previa reflexión que da paso a esta nueva inclusión, antes de que el texto se cierre de modo definitivo).

Cuanto sigue es pues cualquier cuestión, menos la reposición literal y completa de cuanto allí se dijo. Más bien se trata de reapropiaciones que acaso tienen más enlace con la reflexión precedente que con el específico encuentro.

DOS. Lo central del debate, que es cuanto entonces se desea retomar, en general alude a la pregunta por el proyecto pictórico. El antes de la resultante pictórica, los antecedentes del cuadro, las puntualizaciones -que a partir de allí- de un modo u otro se suman a esa indagación.

¿Qué acontece a las nociones habituales de la pintura clásica (composición, luz, manejo del color y del dibujo, etc.) en la pintura actual que suma lo abstracto y descentra los recursos tradicionales (exposiciones, museos, etc.)?

La composición, por ejemplo ¿urge de entrada en el diseño previo (antes de armarse cuadro propiamente dicho)?

¿Se va cuajando la idea previa en el proceso mismo en cambio, donde de modo paulatino se consolida el cuadro (dado que no necesariamente se pinta siempre de esa supuesta manera, aislada y exclusiva) o termina consolidada la composición cuando el cuadro ha sido redondeado?

¿Es a partir de allí, que el cuadro se desprende en definitiva de su autor, se define como obra autónoma, como producto que existe por sí mismo?

¿Dónde y cómo se decide que el cuadro ha sido terminado?

¿Por qué el “Guernica” de Picasso -dese por caso- precedido por múltiples bocetos, de pronto se detuvo definitivamente allí? ¿Qué hizo que no siguiera sin reposo el juego inagotable de bocetos?

¿Es la presencia indiscutible de una composición realizada, soporte final de aquello que -de seguir- se inutilizaría sin remedio, o se trata de otro asunto diverso, que repleta de choque y explosión el producto artístico final, llevándolo hasta el máximo posible de expresividad creadora (y hasta terrorista, desde que presupone el desarmado de modelos para hallar nuevas rutas de creación)?

TRES. Como los dioses al demiurgo (guardadas proporciones) los artistas harían lo suyo por pura necesidad de auto-trascenderse. Sólo que “se habría perdido de manera definitiva el todo, y no se contaría ya más que con lo

fragmentario" (tal cual -afirmó entonces Manuel Camargo- suscribiera en su momento, Paul Cezanne).

Lo cual no es poca diferencia, ni significa lo mismo, si además con ello se alude a amplias y envolventes resultantes ligadas al devenir de los tiempos que si se refiere a la circunstancia misma del pintor frente a su escueto hacer.⁴⁵

Como fuere -ya que se alude a la obra, de modo más que abarcante e indiferenciado-: frente a la cósmica resultante (y de aceptarse allí la hipótesis de la existencia de la intencionada mano de un demiurgo celeste) ¿es el dios creador -cualquiera fuere- un compositor? Y si se le compara con el artista que crea a su vez obra ¿dónde va allí la diferencia y la especificidad? ¿Trabaja el dios la composición de entrada, como un pintor, como un geómetra obstinado, o es ello en cambio asunto que obnubila su lugar incapturable (así fuera posible o no la existencia del dios, que no es el asunto del cual aquí se trata, sin duda alguna)?

Por lo demás, una cosa ha de ser que ese dios exista o no, otra -que con recursos humanos- se logre apuntalarlo.

CUATRO. La decisiva circunstancia que entra a plantearse en síntesis, no es tanto si la pintura es figural o abstracta, moderna o clásica. Se trata sí del lugar desde el cual se pinta y la razón que decide esa instalación.

Una cosa ha de ser ir en pos del despertar del gusto del observador dando paso a la consolidación de lo bello, que colocarse en el lugar donde se indaga a lo irrepresentable, donde se asume la tarea imposible de sondear en el secreto, en lo enigmático, dándose paso -a partir de allí- a la emergencia de un plus imprevisible (que sorprende al pintor en primer lugar).

Cuanto se derive de allí, en la reacomodación de las nociones que una tarea tal incluye, ha de sumarse entonces como consecuencia inevitable de todo ello (de otro modo, ni siquiera valdría la pena resaltarse).

Sumándose a lo anterior que las indagaciones debieran reconocer especificidad, según se piensen los asuntos en referencia con el pintor, con la obra, con el ensamble inextricable de ambos, y dentro de un proceso que se va mutando sin lograr nunca diferenciarse ni desprenderse del todo (en el sentido de que una obra por independiente que fuera, en cuanto producto terminado pertenece siempre sin embargo a un autor, conocido o no).

Es -deberá reconocérselo- en tanto obra acabada, en cuanto producto de todos modos desprendido de su autor, que los paralelos aquí adelantados podrían asumir algo de pertinencia.

Sin dios que la justifique, la resultante envolvente que se tiene -más allá de aportes de suplemento- a pesar de todo, parece obra ampliada a la humana creencia desde que -entre otras cosas- el arte se propone completamientos allí, siempre posibles.

⁴⁵ Resulta algo más que posible que aquí, a estas alturas de este comentario, ya ninguno de los entonces presentes se sintiera partícipe. Al menos, no se les impone responsabilidad alguna frente a estos desarrollos, que más podrían parecerles meras -si no insostenibles- especulaciones.

Esa duplicación -tan real como indemostrada- da connotaciones divinas a los humanos, antes de humanizar la totalidad de lo existente como obra inevitable, como producto de un supuesto autor.

A PROPÓSITO DE UN ARTÍCULO DE MANUEL CAMARGO

I. El artículo.

En un periódico -supuestamente de tiraje mensual-⁴⁶ aparecido en diciembre de 2011, Manuel Camargo escribió un apretado texto titulado “Lo que veo, pienso y opino”.

Cualquiera desprevénidamente diría que se trata de un artículo más, puesto que se publica en un periódico. Lo cierto es que como tal sería de difícil asimilación. No sólo porque aparece en un diario donde los temas resultan francamente referidos a asuntos específicos y locales, si no porque propone asuntos bastante complejos y vastos, en un intento que busca reunirlos -si no resolverlos- en apenas una escueta página.

En efecto, Camargo comienza haciendo referencia al destino del Instituto Distrital de Cultura y Turismo creado en Bogotá en 1978, el cual fuera reformado en 2006, dando paso a la Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte, y que ahora pasará a denominarse Instituto Distrital de las Artes.

Pero de entrada se sabe que al lado, al autor le interesa apenas adelantar una “observación” a propósito de un acontecimiento reciente: el homenaje que se ofreciera a los artistas Carlos Granada, Augusto Rendón y Hugo Martínez.

La “observación” remonta -con sólo anunciarla- las escuetas referencias iniciales. Se trata de la tesis según la cual nos habituamos -más bien por herencias externas- a fragmentar la historia, lo cual obliga a aislar los diversos períodos de ésta, ignorando incidencias y deudas en referencia con modelos precedentes.

La pintura por supuesto no escapa a ello pero se impone reconocerla al menos a partir de un primer puntal indispensable: “Los Bachués”, generación inaugural, reunida así con tan llamativa denominación a pesar del repudio de algunos de sus componentes para aceptarse incluidos allí. Coincidían sin embargo en criterios decisivos, iluminados por la influencia del muralismo mejicano, y en tal sentido, imbuidos de una fe en la recuperación de lo nativo, en contraposición con cualquier aporte europeo que decidiera hasta entonces toda producción pictórica (al menos si se piensa a partir de la Colonia).

Dos nombres deciden el ingreso a la modernidad: Obregón y Negret (años cuarentas) emparentados con pintores latinoamericanos que riñen con la marca mural mejicana.

Armar síntesis entre lo global y lo propio es entonces el objetivo integrador.

⁴⁶ “El periódico de Chía”.

La marca internacional se exagera a partir de los años cincuentas con la influencia apabullante de Bacon, Dubuffet, de Koning, y Cuevas, todos ellos de nacionalidades diversas.

Marta Traba reunirá en la Universidad Nacional de Colombia progresivamente el núcleo de pintores que terminarán incluyendo lo expresionista y lo neo-figurativo en un modelo crítico-social y urbano, signado de modo envolvente por las urgencias de respuestas frente a los desgarradores dramas que impone, desbordante, el modelo humano contemporáneo.

Hoy en cambio, la propuesta -de serlo- dista mucho de semejante efervescencia creativa y se restringe a pálidas ofertas condicionadas por el consumismo y la vacua incidencia de lo mercantil.⁴⁷

II. Un cuadro de C. Granada.

A. A todo lo anterior se suma la ilustración que repone una obra del pintor Carlos Granada, sin referencia otra (no se sabe el año en que fuera pintada ni el título que la distingue).

Rompe, se diría, con cuanto Camargo escribe, aunque podría ser igualmente válido señalar que más bien completa y refuerza la argumentación de éste.

Por qué se elige esta producción y no otra (u otras) no parece para nada explicitado ni sugerido, pero nadie podría afirmar que resulte ajeno o que sobre allí.

El cuadro tiene mucho de onírico y contorsiona de manera extrema enlaces contrapuestos entre lo académico y/o lo jurídico, frente a lo taurino, lo teatral, lo picassiano y lo colonial, todo ello recogido en referencia principal con la indiferencia intelectual y política, ante el drama desgarrado del pueblo, apabullado por el poder de los altos mandos.

Un chorro de humo hiperbólico se desprende de una vela que recién se apaga (o que a pesar de carecer de llama, drena -como un volcán- una ebullición de protesta indetenible, inagotable, aunque también encubridora de tanto extrema).

Hasta la oposición de género resulta decidiendo de modo inocultable, desde que el recurso que hace referencia al motivo de la madre en el "Guernica" altera el asunto del lado de una metamorfosis que se asienta en un congelado, el cual impide descifrar si la mujer está tirando al niño, o si en cambio, el niño flota en una milagrosa levitación que la silla refuerza (una silla, que soporta la veladora y que, de otro modo, resulta inextricable allí). O, apenas, todo repose tranquilamente sobre un suelo inaudito de dos dimensiones.

Como fuese, el cuadro dice -a su modo- cuanto Camargo escribiendo reúne y sintetiza en apretada condensación.

Por un rincón explosivo, la página parece estallar de tanto no expresar lo que se sigue entonces, ahora que el futuro indaga con rigor por cuanto el pasado disparara y que el presente ignora y minimiza: humo de ausencia, amorfo y excesivo, donde se escondería lo más decisivo e indecible.

B. Sería inconveniente intentar arriesgar interpretaciones psicologistas a estas alturas. El cuadro de Granada se ofrece dentro de claves definidas y resultaría grosero transgredirlas (pero ello no excluye tales posibles versiones, por supuesto para quien quisiera a pesar de todo adelantarlas).

⁴⁷ Así desde afuera se bregue heroicamente por remontar semejante atascamiento.

No es el deseo del autor de estas líneas que sus lectores decidan que se dejen secretos sin abordar por carencia de oficio. Interesa apenas aportar en referencia con la cuestión que aquí se busca redondear.

Que el cuadro de C.G. no representa -ni siquiera deformándolas- a personas concretas, es algo que se impone reconocer.

Cada asunto allí es simbólico. C.G. ha pintado eso: símbolos (como en un sueño, nunca se trata -al intentar descifrarlo- de lo puro manifiesto).

Como símbolo, cada representación, posee una clara autonomía, así se pueda ligarla a la manera de una escritura o de un jeroglífico. Incluso admite enlaces, siempre y cuando se respete una segunda geometría en la composición (triángulo de los señores insertos en esa suerte de palco oscuro, o bien, línea recta que ata a la silla, al niño y a la madre picassiana, etc.).

Pero -se insiste en ello- cada asunto, cada representación, tienen su propio lugar y deben ser considerados en tal sentido, primero y de modo independiente.

O sea, cada figura se instala en un retablo que hasta puede ser invisible, sin dejar de valer igual que en aquellos registros donde se enmarca de modo literal a las figuras (cuadros dentro del cuadro).

La silla es sola allí, con su vela apagada un momento antes. El niño que parece flotar, o podría yacer sobre el suelo de modo simultáneo, en realidad reposa en un estrecho y sólido nicho -sin embargo imperceptible- que le sostiene, evitándole caer o reducirse a un doloroso abandono. La mujer, quien grita, recupera -por mera similitud- la distancia que dejara pendiente "El Guernica", para exclamar de nuevo, que nada cambia, que todo sigue igual (y tal vez peor).

Pero son símbolos, que sólo al leerlos unidos a posteriori, arman frases posibles como: "La silla vacía" del Arte agotado, soporta la ausencia de quien tendría ahora que unir a la criatura, la cual apenas nace (obras de arte nuevo), reatado a esa madre desgarrada (la cual, de su parte, se reapuntala con quien en su momento -el viejo Picasso-, le supiera dar el máximo de vida desde esa urgencia expresionista que repone la desgarrada denuncia del más insoportable dolor humano).

Si al mirar el cuadro de nuevo, buscando allí una unidad envolvente se redescubre la arbitraria liviandad que podría dejar a la silla sin piso de soporte, se hace posible reconocer entonces esa falta determinante, la cual decide ahora por sobre todo (o sea: ese peso que la obligaría a asentarse de modo definitivo en cambio de levitar, arbitraria, sintomáticamente).

Cualquiera -de no respetar estas convenciones- podría creer, por ejemplo, que esa supuesta madre es más bien una fórcida (a la manera de las brujas del "Fausto" de Goethe) que adelantara un curioso aquelarre, donde se trata de todo menos de un nacimiento, de un dar a luz, de un resurgimiento.

Lo cierto es, que aún pudiéndose tratar de esto o de aquello, consiste todo siempre en un obrar (o de su ausencia, entonces tanto más decisiva).

Pues bien, si se admite esta forma de lectura que hemos planteado aquí, apoyada en la obra -más que en su autor- como permanente prioridad, la pregunta que resta es por el punto (de fusión o de corte) que (ata o desata) al cuadro, a la obra pictórica, de (con) su autor.

Acaso respondiendo así, la obra-próxima-pendiente empezará a tornar viable.

III. El tema: "La Obra"

Valga lo anterior como enlace entre un primer encuentro con los pintores Manuel Camargo y Carlos Granada, a lo cual sigue ahora una nueva posible reunión con ellos que asumiría “La Obra” como asunto a tratar.

Nadie reconocería el artículo de Camargo como “su obra”, pero nadie negaría que el cuadro de Granada es -sigue siendo- “obra”.

En una acepción más amplia, donde no sólo todo lo humano arma obra de modo inapelable (a nivel colectivo tanto como en referencia con lo individual) sino que el propio ser humano, impelido al hacer indetenible termina convertido en Obra él mismo de una manera tanto más inevitable y radical.

Haciendo al margen lo personal, pues se trata de las obras y de la dilucidación del sentido que confiere la presencia (o el abandono) de los lugares, en un sentido amplio cabe asumirse que el artículo de Manuel Camargo es obra, sin duda alguna, pero la obra pictórica de Camargo aparece allí apenas veladamente nombrada, y si quien agencia entonces de periodista asumiera su condición prioritaria de pintor y en atención a ello hubiese colocando en cambio la reproducción de un cuadro suyo ¿qué hubiera acontecido?

Si bien sería excesivo, absurdo sin duda, pretender que con sólo ello la obra pictórica de Camargo hubiera salido a flote de manera envolvente y redonda, lo cierto es que el sólo pensar en esa opción in-ejecutada, permite entrever que -al haberse incluido de hecho el cuadro de Granada- el artículo se ha hecho obra, en el sentido más refinado posible.

Digamos: *la-obra-que-nunca-se-pintó* pero que por eso mismo llama desde la humareda de su no presencia.

Es más: obra pendiente que llama a nuevas obras -de Camargo, de Granada, y de tantos otros que se mencionan allí o que se dejan implícitos- decidiendo así a futuro cuanto un artículo de periódico no conseguiría por sí solo consolidar, pero que sin embargo resuelve, sólo porque el ensamble imprevisto de la más estrecha hermandad entre ambos pintores lo torna posible.

Sea.⁴⁸

A PROPÓSITO DE UN CUADRO DE MANUEL CAMARGO

I. El daguerrotipo imposible

⁴⁸ El arte -y no sólo una obra en particular- delata siempre una falla en la ejecutoria, desde que apuntando a la plena expresión del a singularidad, siempre se amarra de un referente externo a ella, siempre retrata una deuda inocultable que le impide el entronque entre la singularidad y lo universal, que habrá de ser cuanto le daría fundamento real a su pretensión.

Dado que el enlace con lo universal resulta impedido, toda aspiración de ejercitamiento de la singularidad torna sintomática por sólo ello (dejando apenas paso a los estallidos de lo singular, o quedándose atascado en modalidades insuficientes que sólo alcanzan a retratar lo reclusivo, y a las cuales no les resta más que ser reinterpretadas, más tarde o más temprano, por el modelo de consumo que les subtiende).

Un cuadro de Rembrandt ("Aristóteles contemplando el rostro de Homero") impide toda posible literalidad reproductiva. Rembrandt, entonces, resulta por sobre todo arbitrario al realizar semejante actualización donde todo se teatraliza y modifica para que sólo el busto de piedra que repone al poeta mantenga inalterable a éste, a pesar del paso de los tiempos. En cambio, Aristóteles posa con ropa prestada al taller del pintor, como si fuera su vecino o su amigo.

Un cuadro de Manuel Camargo, el "Bolívar", contiene también un radicalismo similar: no sólo lo repone, lo convierte en un personaje del particular mundo pictórico de Camargo (de hecho en un "González"), transmutando así tajantemente la tradicional imagen en la cual se reconoció siempre al Libertador.

Dado que semeja ser además la reposición de un daguerrotipo, deberá señalarse adicionalmente que consiste en un retrato -por segunda vez imposible- puesto que a Bolívar nunca se le pudo fotografiar (su muerte precedió al mencionado género por escasos años).

Se trata pues de un Bolívar mutado y puesto ahora ahí como un ente redivivo e irreconocible, suerte de milagro que sólo la pintura propicia, pues ni siquiera consiste todo en algo onírico, debido a que se trata a una imagen congelada sin despliegue factible, más cercana entonces de lo alucinatorio.

Pero el Bolívar de Camargo está lejos de impresionar de ese clínico modo.

¿Qué justifica entonces semejantes licencias metamórficas si es que no se quiere suponer apenas allí mera arbitraria gratuidad?

Mientras escribía esta corta reflexión nos visitó un chico de escasos seis años, con sus abuelos. De pronto se quedó congelado sobre las escaleras de la casa. Alguna de sus manos enguantadas no coincidía con los dedos que de hecho la prenda reponía, y él -ajeno a todo cuanto le rodeaba- contaba y recontaba sin acertar a resolver semejante dilema.

Tampoco se sabe de entrada si el modelo, que en la oferta pictórica de Camargo repone y recubre como un disfraz al propio Libertador, tiene mucho de más o bastante de menos, ni cómo hacer para descifrar la verdadera coincidencia entre opciones de recuperación de quien en realidad se fuera de modo irremediable.

Aún dejando al margen esta imposibilidad de reproducción del personal modelo radicalmente sorbido por la muerte, el empeño terco de reposición del personaje en cuestión no podría consistir apenas en algo escuetamente figural ni empírico. Tratándose más bien de un renacimiento donde el original se extraña hasta restar perfectamente otrificado, la pregunta ha de ser por quien - más allá de todo posible desdibujamiento- admite semejante mutación, sin perder para nada la condición más específica de su irremontable permanencia.

¿Por qué un González, apenas traducido del lado del universo de lo puramente pictórico, sin más materia que le soporte distinta de su forma repuesta, sin mayor prominencia histórica, política o guerrera, viene a suplantarse con toda irreverencia al irrepetible general Bolívar?

Sólo habrá de ser esto posible porque se trata de la obra: González o Bolívar, su fusión es sólo viable por la ruta-Camargo.

Ahora bien: si es ello factible, habrá de ser primero porque Bolívar-González (si se admite la licencia) es obra de Bolívar, y desde entonces reflejo modal de

todos cuantos -sumados a los González- somos colombianos, latinoamericanos, incluso humanos, a la manera como sólo el accionar, la obra del Libertador, lo puede decidir y recomponer.

Una marca (¿azul? -“verde”, corregiría el pintor-) resalta la condición daguerrotípica del trabajo de Camargo. El rasgo de color, que contrasta de modo radical con el acromático empeño del dibujo, realizado al carboncillo -a pesar de la tesis del propio autor de ser el último trazo que precede a la firma donde la ejecutoria creadora se detiene- alude a la marca donde insiste en hacer presencia el ovalado marco, por cualquier razón a su vez desaparecido, y de ese modo apenas evocado.

Desde entonces, se puede decir -forzando la nota para no excederse- que la pintura -literalmente- *está realmente afuera* para que se reconozca de modo tajante sólo presencia del dibujo allí.

Si en efecto el color aparece para denunciar que la pintura no está, el cuadro nombra sin decirlo, la ausencia irrepresentable de Bolívar (para poderlo reponer ahora como a un González tanto más decisivo).

Camargo dibuja por sobre todo *lo que no está*, pinta *lo que estuvo*, para dejar visible el hueco de cuanto tendría que repletarse de un modo renovado, imposible, de no darse la obra suya, su increíble Bolívar (“Esto no es una pipa”, diría Magritte).

Un cuadro de Botero (¿“El taller”? en el Museo que en Bogotá lleva su nombre, recoge a una aplastante figura femenina de espaldas, que deja apenas espacio para un auto-retrato del pintor que la grafica, que la está de hecho retratando dentro del propio cuadro (el cual se completa por ello, recuperando así su escueto envés).

Unos deditos muy finos, con uñas primorosamente pintadas, se asoman apenas, buscando de hecho sugerir que la mujer le está diciendo algo al pintor. Pero éste mira en cambio al observador recién llegado, quien -sin saberlo- suplanta el lugar del espejo donde se tendría que haber fijado el artista para conseguir copiar a la modelo de espaldas.

El rostro de ella estará siempre oculto, y decir que Botero pintó el secreto -antes de todo aquello que se excede en presencia- sería un poco como reconocer que para capturar con toda precisión la significación actual de Bolívar, Camargo recurrió a un González suyo, como recurso mágico donde lo otro habla -hablará siempre- de lo mismo.

Al salir del Museo y caminar por las calles de la capital colombiana resulta inevitable no evocar, por puro reflejo, la marca boteriana en tantos personajes y referentes callejeros.

Los González -tanto más tajantemente aún- también son el Bogotá que se fue y que se renueva insistentemente, sólo por la reposición de daguerrotipos irrecuperables que se reponen, se hacen realidad viva, a cada paso, gracias al aporte de Camargo.

Sin duda Bolívar, irremediabilmente solo -y únicamente por su nombre presente en medio de esa plaza que se pretende centro, núcleo integrador de la ciudad toda- lanza un grito inaudible, que es como una negativa alucinación auditiva que generara su imagen intangible, a la cual sólo algún pintor inadmisiblemente pudiera reponer: entonces, asimetría regresiva de los ojos que ocultan la decisiva terquedad de un silencio inexpugnable, el cual apunta siempre al frente y que concentran bellamente los trazos precisos de la boca y el mentón.

(Todo retorno malforma. Apenas resta la opción -en blanco- del futuro más puro, desde que un extraño cuello -casi ortopédico- obliga a rotaciones desarticuladas).

Y, a partir de entonces, hasta la ausencia de las cejas convierte a ese humilde González, tan criollo, el reverso masculino de la “Mona Lisa” de Leonardo, sólo porque en ambos casos idéntica extraña depilación extrañó esos rostros, tornándolos para siempre inolvidables.

¿Y Rembrandt?

No habría que preocuparse por él: disfrazado de Demócrito, en el más reciente de sus auto-retratos (o sea, en el último), insiste desde esa mueca de sonrisa irónica en apostar por la metamorfosis, única garantía de real permanencia.

A propósito de auto-retratos: ¿no lo es, como pocos, el “Bolívar” de Camargo?

II. Bolívar ¿un autorretrato?

Para entender la razón por la cual se reconoce autorretrato en el “Bolívar” de Manuel Camargo, se impone adelantar de modo previo un asunto que podría resultar más fácil ignorar.

Si un cuadro se pinta a la manera de un daguerrotipo -o sea, como una vieja foto- ha de ser porque asume en una sólo acción dos momentos que la fotografía por definición comporta: tras la luminosa resultante se esconde siempre el indispensable y desplazado negativo.⁴⁹

¿Qué acontece con el negativo cuando se traduce el género fotográfico desde la resultante pictórica?

En sí mismo el cuadro es siempre, de modo indispensable, negación (piénsese en “El grito” de Munch). El cuadro, en tal sentido, *no dice*, pero por ello mismo -habrá de sabérselo- para entender la verdad que desde el más definitorio silencio se repone.

Un negativo subyace pues en ese “Bolívar” y es allí donde se ha adivinado la presencia decisiva, a pesar de latente, de un autorretrato.

Autorretrato para nada literal.

Autorretrato otrificado, mutado, inverso de cuanto espontáneamente se espera.

Opuesta reposición de una imagen que buscara ser idéntica al empírico modelo, que de modo literal se buscara copiar.

El Arte de hecho es, fue siempre, espejo en negativo que no se reduce a la mera reproducción de lo más expreso.

⁴⁹ La verdad es que el negativo puede tener sentidos diversos en la medida en que la tecnología va especializando la técnica reproductiva, llevando desde el daguerrotipo hasta las refinadas modalidades actuales, donde el computador termina alterando de modo definitivo los habituales procedimientos que se juegan entre la oscuridad y el negativo.

Ni qué decir del cine y sus inagotables derivaciones contemporáneas. Para el caso, sin embargo, basta con reconocer que Camargo incluye una curiosa variante donde su cuadro -que juega al daguerrotipo- se convierte en afiche, por todo lo cual admite múltiples opciones auto-reproductivas.

Pero el asunto aquí alude no tanto a las técnicas y a las variantes que enlazan lo artístico con los despliegues tecnológicos que arman opciones reproductivas de la más variada condición.

Se trata sí de las replicas que el arte realiza frente a modalidades, que si bien de entrada buscan copiarle, terminan aspirando con toda contundencia a suplantarle de manera definitiva.

Lo humano en la base es un asunto, la versión que le reinterpreta hasta casi invalidarle, otro muy diverso.

En ese orden de cosas, debiera reconocerse sin embargo que resulta tan insólito afirmar que el “Bolívar” de Camargo es un autorretrato, como pintar a Bolívar a la manera de un “González”.

Podría afirmarse incluso que sería ofensivo y torpe tal aserto si se tratara de algo apenas literal.

Pero, si no es literal ¿qué sentido tiene proponerlo sobre todo como remate de una reflexión, por restringida que ésta fuera?

Sucede que -a diferencia del resto de “González”- al “Bolívar” no lo captura la nostalgia, en cambio sí, la violencia.

Por lo demás, se trata de una vieja violencia, de doble faz (colectiva de una parte, particular e íntima, de otra) que termina coincidiendo, para que entre otras cosas el autorretrato torne, no sólo posible, de hecho indispensable.

Acaso -en el último sentido- retrato apenas de un acontecimiento que el tiempo trocó en matriz implosiva y que por una extraña derivación hizo de un vulgar atentado terrorista una clave creadora decisiva.

La historia de esa situación biográfica no estoy autorizado a divulgarla, pero de hacerlo, poco sumaría en realidad.

Lo cierto es que el arte del tiempo condujo hasta el “Bolívar” desde un asunto antiguo donde pintura y política se contaminaron y fusionaron de forma indeleble e irreversible, para hacerse claves en el oficio graficante de Manuel Camargo.

Dado que al artista lo decide por sobre todo la puesta en acto -a título de obra- de su singularidad, no es fácil para ésta última florecer al lado de consignas y pugnas, donde son otras las prelaciones. Y habrán de ser retorcidas resultantes las que den paso a esa simbiosis, a esa forzada síntesis, aún cuando se tratase de felices logros.

Lo implosivo es un destino de la violencia terrorista que lo político difícilmente convalida. Resulta en cambio sorprendente que a diferencia de una clave mórbida (adicciones de mil tipos, por ejemplo) se dé consecuencia creadora.

Sería más que arriesgado suponer que basta con partir de un acontecimiento atentatorio, cualquiera fuese, donde el terror implosionara para dar paso a esa suerte de *atentado artístico* que revienta las tradicionales construcciones, los paradigmas y los más consolidados presupuestos.

Pero cuando se tiene certeza de que ello ocurre, torna factible la convalidación de efectos metamórficos, los cuales amplían las franjas de las realidades dando paso a lo otro, al afuera, confiriéndoles patente de validez, de continuidad y de pertinencia (allí donde antes sólo era dable todo ello acaso apenas a título de inadmisibles discontinuidad, de incoherencia, de franca demencia incluso).

Es pues en tal sentido que se afirmara previamente que el “Bolívar” de Camargo termina siendo un autorretrato.

Autorretrato, que entonces no repone una figura física más que en tanto captura una marca imborrable de violencia, un real atentado, salvaje y gratuito, para que sólo el Arte lo pueda recontar transformado en tesoro. De tesoro, sí, pues consiste todo en un gesto que congela en la apariencia inaudita de una resultante la razón de ser de un cambio radical, el cual torna indispensable para poder decir eso que no se dice y que por ello se perpetúa en el tiempo y por sobre las limitantes que impone el devenir a los mortales.

La inmortalidad fijada desde lo más -en apariencia- nimio, en lo más humilde y ajeno a pretensiones, allí precisamente donde (sin necesidad de dibujarse

directamente a sí mismo) Camargo se auto-captura y trasciende al tiempo de modo indiscutible.

¿Acaso es otra la razón, la razón primera y última, que da sentido a los autorretratos?

Y si se trata también, al tiempo, de complejos ensambles entre lo político y lo artístico (bien sea el “Guernica”, el cuadro de Granada que -a su modo- lo evoca, o el “Bolívar” de Camargo) es esa la vía más segura de lograr resultados: allí donde el pintor se cura del recuerdo reviviendo con ello para todos y de un modo nuevo, el pasado común.

II PARTE

¿QUÉ SIGNIFICA “MÁS ALLÁ DE LA CLÍNICA DE LO SOCIAL”?

La persona y el yo

UNO. No sólo se trata de mirar retrospectivamente una propuesta, que por plantearse la opción de su más allá no resta necesariamente atrás, ni -menos aún- se auto-refuta por ello.

Por el contrario, se trata de una urgente ampliación de su cobertura, dado que de antemano el tema venía creciendo ya.

En efecto, al lado de la reflexión a la cual da paso el complemento y la oposición entre tres registros matriciales (lo humano, lo social, lo urbano) se impuso reflexionar sobre el afuera que de modo inapelable se crea y que alude en primer lugar al tema de la singularidad.

Y el más allá de la Clínica de lo Social es en realidad una retoma del asunto aristotélico del alma, sumada ahora la cuestión de la singularidad (a la cual, a su vez, le crece al lado -como una suerte de afuera del afuera- un polo de contraste y complemento: lo singular).

En efecto, “el tratado del alma” -desde que recupera la condición decisiva de esta última, en cuánto *forma que anima*- demanda el reconocimiento de la singularidad que de antemano la envuelve y determina (y no sucede menos con el cuerpo -modo también de singularidad- que se pretende en cambio, asiento indispensable de un alma, que ha de asumirse entonces como realidad de suplemento).

DOS. Sólo la urgencia filosófica de Aristóteles logró pasar de largo por allí, desde que -apostando por lo abstracto- aisló al alma.

De reconocer la singularidad como polaridad-otra (diversa de lo concreto y de lo particular, ajena por ende de toda abstracción y de toda generalización, incluso desmembrada de lo universal, que es cuanto se espera allí como indispensable complemento), Aristóteles, antes de una posible Psicología,

hubiera dado paso a una versión estética (que tampoco -si bien se ve- resuelve del todo las cosas, desde que lo singular emerge allí en cambio).

Que ello afectó de entrada las cosas, se delata con sólo observar la proliferación de ofertas psicológicas -y para acercarnos más al interés de estas reflexiones- impuso además la escisión tardía de lo clínico, adscrito a destiempo y de modo parcial al cuerpo de conjunto que es universo donde se reconoce la presencia de lo psíquico.

Pues bien, en tal específico sentido, debe reconocerse que una versión estética de la singularidad impondría también la disolución de toda clínica de lo psicopatológico (desde que se reconoce cobertura a lo singular).

Una oferta estética de lo singular, que cubriera todas las variantes posibles del malestar -que fue, si bien se ve, por donde apuntalara Freud su oferta clínica- urge de la inclusión de la fuerza en esa propuesta estética de nuevo cuño, de más amplio espectro (allí donde lo terrorista llenó de hecho cuanto el develamiento teórico dejara pendiente).

TRES. Que el modelo aisló la respuesta por el alma -lo cual no comporta que el alma no hallara lugar, por más inconveniente que éste fuese- lo evidencia el despliegue posterior del asunto, mucho antes de que la aspiración de una ciencia allí, fuera factible.

La sólo ruta de lo filosófico que re-apuntalara Descartes muestra hasta dónde el tema se diluye cuando desde lo filosófico se pretende dar cuenta de lo psíquico. En efecto -si bien no es esa la aspiración de Descartes pues es la inversa, en realidad, su pretensión de base- el yo cartesiano está muy lejos de reponer el yo que se arma desde la realidad del intangible aparato donde terminó alojándose, incomoda y desbordantemente, el alma.

La traducción española de modo literal excluye el yo que piensa para dar paso al reconocimiento de existencia (Se traduce en efecto: "Pienso, luego existo", en cambio de decirse: "yo pienso, luego yo existo").

Ese exceso que deja latente al yo le sublima del lado del conocimiento, le hace "cógito", pero al tiempo le deja afuera de sí, en su necesaria e innegable involucencia (o sea: más vasta y tanto menos refinada, que es donde le interesa capturarla a lo clínico y a la teoría psicológica, cualquiera fuere).

CUATRO. El yo ampliado no es el asunto que interesa a Descartes y el yo específico -modelo sublimado que amarra al cógito- no sólo deja por fuera al primero, le asume en abstracto (pues de hecho, Descartes se interesa por un lugar impersonal, antes que por las modalidades posibles de específicas encarnaciones).

Se trata de un punto -preciso pero intangible- donde es el pensamiento cuanto decide la certeza de la existencia (no menos abstraída).

Y, si bien allí ya no se necesita apuntalarlo todo en referencia con el alma, lo cierto es que -por sobre cualquier noción, sea la que fuere- triunfa lo abstracto. Y ha de ser por todo ello, que alma, psique, conducta, aparato psíquico, mente, lo que fuere, coinciden en un punto por donde la singularidad se escapa siempre.

Por eso se ha decidido decir aquí que la Psicología -al menos como ciencia- no se sostiene, que sólo una versión estética cabría entonces allí.

Sólo que la derivación desde el error -que así se incluye y decide de entrada- torció de modo definitivo la ruta, y en cambio de enlazar con el redondeamiento que propicia el ensamble con lo universal, chocó con el despliegue explosivo-implosivo de lo singular.

CINCO. El yo -en cambio de certeza del alma- fue reconocido por el psicoanálisis como lugar sintomático de dudosas síntesis. En tal sentido -más que por la coherencia- el yo del psicoanálisis responde, por encima de todo, por la constante de unidad que se impone al despliegue del aparato psíquico. Como es más que sabido el yo coexiste allí con otras modalidades, a las cuales más bien que regirlas, les obedece (ello, realidad exterior, superyó). Su clave de necesidad la determina el esfuerzo por reunir demandas casi siempre contrapuestas que de un lado y otro aspiran a apuntalamientos excluyentes. Pero ni siquiera por eso se debe creer que el yo sea flexible y laxo. Cuando se trata de su mera presencia, responde con reticencia al cambio y se delata como altamente conservador y reiterativo.

Dada su aspiración prioritariamente estética, la oferta clínica de lo social tendría que reconocer allí el punto donde lo social más envolvente impone la persona y le decide como escenario donde personajes -no siempre visibles, más bien camuflados o silenciados del modo más tajante-, a pesar de todo, consiguen emerger. El yo es el lugar desde donde la persona se apropia (incluso, y primero que todo, de sí misma) y es ello previo a toda urgencia de unidad. La unidad -si bien se la ve- es consecuencia ya de esa urgencia de apropiación y es solo por ello que el concepto de yo tiene alguna pertinencia allí.

El sentido de la escritura

UNO. La propuesta clínica de lo social planteó siempre que no era igual la escritura que lo escritural. Lo escritural lo recubre todo enigmáticamente y es esa la razón por la cual parece indispensable reconocer un agente responsable de la resultante de conjunto (no sólo humana), de asumir como Obra el universo todo.

La otra clave que decide la especificidad de lo escritural surge de la posibilidad de leer allí. Antes de escritura se trata de lectura, o si se prefiere decirlo de este otro modo, sólo porque la lectura es posible siempre al enfrentar las resultantes, cualesquiera fueren, que se reconoce escritura allí. Pero la escritura no es lo escritural. La escritura es modalidad de suplemento que amplía desde lo escritural refinado, como obra humana al interior de la Obra, las ofertas renovadas de resultantes posibles.

DOS. La escritura no sólo porta por ello trasfondos religiosos de base -así no siempre sean visibles y decisivos-, también está expresada en mil modalidades donde el rigor y la coherencia resultan ajenos e innecesarios.

En sentido ampliado, la escritura admite modalidades que llaman más fácilmente a la crítica que al reconocimiento de su pertinencia. Cuando esto

último acontece es porque se trata de la resultante excepcional y por definición coartada.

En todo consumismo hay escritura (de igual modo por ende, en toda oferta publicitaria o en toda manifestación capitalista, cualquiera fuese).

Una escritura marginal a esos modos- -en realidad la escritura de verdad- , que no apunte de un modo u otro a poner en cuestión la auto-reproducción del capitalismo, no puede ser más que la puesta en ejercicio de una tarea imposible. Y así se la ejercite -pues no está ello vedado- delata sí -de un modo u otro- la convicción de su condena, de su inevitable fracaso.

TRES. Desde que la obra humana recompone y desajusta sus entronques, los modifica de un modo tan radical, suma opciones, las cuales llevan hasta la posibilidad misma de la escritura de excepción. Escritura que es hija del ejercicio del terrorismo creador. O sea, que es demolición no explosivo-implosiva (incluso de sí misma) y desde que se excluye de todo empirismo y de toda ilusión, por pura paradoja, da paso -por fuera de ella- a la opción de recapturas de mundos renovados.

Ha de ser entonces, porque el enlace entre lo escritural y la escritura admite variaciones inagotables, que terminan modificándose de manera tajante ambos registros.

La más visible de esas alteraciones consiste en proyectar sobre lo dado la certeza de obra allí, independientemente de que se trate del amplio mundo natural o de la específica producción humano-tecnológica.

Siendo obra todo hacer (lo cual incluye al tiempo lo más pragmático y también lo teórico) la escritura es, además, obra teórica que en tanto busca acercarse con máximo riesgo la verdad que subtiende en lo escritural, ilustra su clave de excepción con tanta mayor contundencia.

CUATRO. Reconocido lo anterior, en cierta forma cabe reconocerse que sólo se justifica pensar en un más allá de la Clínica de lo Social -que no le deje atrás, que la prolongue por necesidad- si se la asume como sostenido ejercicio de escritura (con pretensiones develativas).

En tal sentido, podrá derivarse que existió también un antes de la Clínica de lo Social (así no se le hubiere dedicado una explicitación como la que ahora se impone aquí).

Asumido esto, debe decirse que existen dos vectores por los cuales se impone entonces discurrir. Uno, amplio y envolvente, que es éste al cual se aludiera previamente y que ubica en el territorio de la Psicología en cuanto tal, la oferta clínica de lo social (la cual pretende sumarse incómodamente allí, sin siquiera recibir respuesta alguna de reciprocidad).

De otra parte, la historia misma de la propuesta clínica de lo social como tal, separada a su vez en dos niveles diferenciados, y no necesariamente coincidentes: de un lado, en ensamble con un constante despliegue teórico-escritural, y de otro, con ensayos -casi siempre fallidos- de aplicación académica.

Esos tres asuntos ofrecen enlaces diferentes cuando se les piensa en relación con un más allá de lo clínico de lo social.

Las programaciones universitarias

UNO. Son varios los posibles momentos que se pueden reconocer como reales inicios. La primera vez que se hizo referencia a una posible Clínica de lo Social fue en el cierre del escrito “María en la transferencia”, realizado por allá en los comienzos de la década de los noventas, en el siglo anterior.

Dicho así suena más distante aún, pero la verdad es que se necesitó de un poco menos de veinte años de sostenido ejercicio de escritura, antes de darse una opción de ese corte. O sea que es allí, donde cabe pensarse en un más acá de la propuesta.⁵⁰

De hecho (y aunque, por principio, se asume un asunto como cierre -y no como verdadero inicio- tanto menos si se trata de la escritura) lo transdisciplinar -por decir algo- estaba ya presente en la oferta de tesis de grado (donde, al tiempo que se buscaba graduarse, se intentaba psicoanalizar un texto literario: “El gato negro” de Poe).

Es ese un inicio imprevisto que termina consolidando oferta clínica de lo social desde que se negara a detenerse en el punto donde lo exigía la urgencia académica, en el empeño que hizo de la escritura prioridad por encima de empíricas y pragmáticas obligaciones.

DOS. Sin duda, la presencia de lo estético en esos escritos precedentes estaba ya.

Si algo permite reunir esos momentos diversos que la escritura de por sí comporta, es la constancia -temática y metodológica, latente o expresa- de cuanto posteriormente terminó acendrándose, precisándose tanto más (sumando, por supuesto, también necesarias variaciones).

En ello debe reconocerse no sólo incidió el empeño de aplicaciones de registro institucional-universitario. Es claro que, antes de una oferta propiamente clínica de lo social, se dieron ejercitamientos que reforzaron y ampliaron las opciones de esa escritura.

La implementación de un modelo de inspiración filosófico-psicoanalítica en la Universidad de Antioquia y los trabajos, menos signados por urgencias aplicativas de ese orden, donde se trabajaron temáticas que de un modo u otro anunciaban ya los despliegues de la Clínica de lo Social (reflexión sobre la drogadicción y su incidencia en el mapeado tradicional de lo psico-patológico, por ejemplo) hacen parte de esos antecedentes inocultables.

TRES. Ahora bien: desde los inicios de la franca implementación de una propuesta de inspiración clínica de lo social (en la Universidad San Buenaventura de Cali), se tuvo previsto un más allá de esa oferta.

⁵⁰ Existe sin duda un más acá tanto más vasto (que hace referencia al pasado todo donde se aloja el universo reflexivo de la Psicología en su conjunto) y al cual de hecho no es a cuanto se alude ahora, así por supuesto a otro nivel esté de continuo presente en el sostenido despliegue de la propuesta clínica de lo social (de hecho, le alimenta de manera decisiva, al punto de no ser ella posible sin esa clave definitoria). Más adelante se verá cómo “el más allá” y “lo más acá” impone despliegues mucho más amplios de cuanto aquí ahora acaece.

No tanto por la urgencia de una pieza final que completara la armazón teórica en tanto tal, en cambio sí a partir de la necesidad de reconocer la oferta misma como enlace entre dos modalidades teóricas (el Psicoanálisis de una parte, y un decisivo más allá de la Clínica de lo Social, donde se rematara y remontara este último empeño, desligado de tales precedencias y adhesiones).⁵¹

En efecto, si bien se lo mira, no fue asumida la Clínica de lo Social como un “más allá” del Psicoanálisis ni cosa semejante. Pero si bien esta circunstancia no implicó que se localizara con toda precisión el lugar de la primera (la Clínica de lo Social) en relación con éste último (el Psicoanálisis), en cambio sí decidió lo clínico de lo social como un indispensable puente (no como directa y excluyente aspiración de redondo apuntalamiento).

CUATRO. Pues bien -y corriendo el riesgo de afinar al extremo los matices- debe resaltarse que formular las cosas de esa manera, impone reconocer un afuera que resulta más decisivo que el cuerpo mismo del asunto, la propuesta clínica de lo social (así para la perspectiva institucional se imponga como el núcleo mismo del asunto).

Ese “más allá” es de entrada un asunto de escritura, diverso de cuanto demanda la implementación académica (la cual enlaza en cambio con urgencias del orden de lo aplicativo).

Sin embargo, ¿hasta dónde la ejercitación de la escritura no enlaza con modalidades de aplicación? Y ¿qué debe sumarse a la pura implicación de ejercitamiento empírico?

Cuando, por ejemplo, se alude a un Diplomado -tal cual acontece ahora aquí- es claro que se va más allá de la urgencia de un ejercicio escueto, de algo que se agota en un específico hacer. Por el contrario, un reflexionar de conjunto define la tarea y no podría decirse que lo teórico no siga teniendo entonces por ello un peso decisivo y prioritario.

CINCO. Cuando se discriminan las escasas ocasiones en que desde afuera se mira la oferta clínica de lo social con desprevención, se observa entonces que se prefiere reconocerla como una modalidad más de Psicoanálisis. Y deberá decirse que tal recurso -en realidad gratuito, pues no se apoya en argumentación alguna de peso- deja pendientes los asuntos más decisivos y sinuosos del armado teórico del cual se trata (la Clínica de lo Social).

De hecho, la idea nunca ha sido pretender cancelar -de una vez por todas- el planteamiento psicoanalítico (lo cual sería no sólo presuntuoso sino francamente indefensible). Se quiso sí de manera constante, en lo posible pensar las cosas al margen de las nociones y ofertas de esa modalidad (el Psicoanálisis), aún tratándose de asuntos que dado su inocultable parentesco, de manera inevitable seguían relacionados.

De entrada se pretendió implementar más bien un nuevo sesgo, una diversa perspectiva (no una contraposición que tuviera como condición primera la refutación del modelo que antecedería).

SEIS. Y no sólo consistía la oferta clínica de lo social en otro abordaje (diverso del Psicoanálisis como tal, opuesto a éste, o -peor aún- a título de suplantación

⁵¹ Y no por mero empeño polémico. En realidad porque el despliegue de la oferta demandaba, de modo inevitable, una creciente autonomización reflexiva.

definitiva): las diferencias inocultables que la versión clínica de lo social comporta, no buscaba resolverse cancelando de un tajo los modelos que le precedían. Se trataba de entender sí, cuanto de sintomático se ocultaba ya allí (y, por supuesto, en las demás irrupciones de clínica-psicológica-aplicativa). Suerte de clínica de la Clínica, la oferta clínica de lo social sólo podía sobreponerse a idénticos destinos, auto-develándose desde su propio remontamiento, a partir de su re-localización como apropiación estética, desde un abordaje que era en principio, de modo inocultable, clínico.

Se dirá que se ingresa con ello en insuperables contradicciones, dado que se evade el debate: supuestamente colocándose al margen, se terminaría de todos modos remontando al conjunto de las tradicionales modalidades clínico-aplicativas de un solo tajo.

Debe responderse a tal cuestionamiento, que no se da la pelea a ésta o a aquélla modalidad específica, pero se las destrona con el sólo recurso que las reconoce como formando parte de una inadmisible tradición.

En efecto, los problemas que surgen son en realidad de ese orden, cuando de hecho se está ofreciendo un remontamiento cualitativo que se decide a partir de la puesta en acto de la prelación de lo estético.

Son pues las habituales modalidades de aplicación las que sin duda deben auto-revisarse en relación con ese nuevo rasero.

SIETE. A riesgo de contradecirse sin atenuantes, debe reconocerse que existen decisivas diferencias entre el punto de partida de la propuesta clínica de lo social y sus despliegues posteriores.

No se puede negar por ello que -dígase cuanto se diga, supuestamente tratando de evadir confrontaciones- a partir de un momento no exista una creciente urgencia de cuestionar los modelos tradicionales de la Clínica Psicológica (incluido el Psicoanálisis) y también de la Psicología (no sólo en referencia con la Clínica).

Otro asunto que se debe sumar -agrandando las cosas- ha de ser que el Psicoanálisis, en cuanto tal, no permite ni una cómoda reducción ni una fácil adscripción al conjunto de tales modalidades de pensamiento y de aplicación.

Tampoco resulta fácil demarcar el campo que la Clínica de lo Social progresivamente ocupa, pues antes de pensarse en una espacialidad preexistente, se termina optando entonces por una suerte de territorio independiente (por decir algo: lo transdisciplinar, que si bien no es originaria invención de la propuesta, su desarrollo en general carece aún de despliegues y apuntalamientos, con tiempo y peso suficientes como para obligar a inevitables sometimientos y adaptaciones. De hecho, la transdisciplinariedad todavía admite aportes en su localización y a nivel de su definición).

Es claro que el modelo propuesto como Clínica de lo Social pugna por cuestionar de manera insistente toda restricción disciplinar, fuera cual fuese. Y hasta la urgencia de salirse del ámbito académico parece ser a partir de un punto, indispensable (al menos, vistas las cosas en relación con los últimos desarrollos que la Clínica de lo Social -muy cercana del despliegue de su más allá- oferta).

OCHO. Que todo ello sea más o menos explícito, no obsta para obligarse a reconocer, que en cuanto siendo por sobretodo apuntalamiento escritural, la Clínica de lo Social (aún cuando estuvo creciendo al interior de escenarios universitarios) resultó ser marginal y suplementaria.

Y no porque se lo auto-impusiera así como condición de su hacer, es que en las universidades la escritura, si bien puede resultar indispensable en más de un sentido, su lugar no es ni central ni determinante.

Por principio, la necesidad de la escritura resulta ser allí entonces en tanto recurso instrumental, no inapelable condición nuclear (pues, inversamente, en la academia torna indispensable subordinar toda escritura desde que evidencie pretensiones de autonomía y no se ajuste a criterios de auto-reproducción institucional).

Por decirlo de otro modo: la escritura allí, al interior de las instituciones de enseñanza resulta necesaria aunque no irremediable. Su empleo la somete y le asigna lugares funcionales, le impone la adscripción a claves eficientes, sin resultar ser por ello -a pesar de infaltables- prioritarias.

La investigación, incluso, por más que se la valore en algunas específicas coyunturas (por eso mismo) no es una constante. Al interior de la academia la investigación no obedece a una condición definitoria y, por lo general, parece más un lujoso anexo, al cual -casi en cualquier circunstancia- se podría renunciar, sin que la universidad perdiera por ello identidad o validez.

LA CLÍNICA DE LO SOCIAL Y EL PSICOANÁLISIS

UNO. Se ha visto hasta ahora, que si bien la Clínica de lo Social procura plantearse como opción independiente, nada impone la exclusión de lo psicoanalítico en sus reflexiones. Tampoco es posible desconocer la presencia de versiones críticas allí a propósito de tales formulaciones (psicoanalíticas, o del hacer al cual ellas dan paso).

De hecho, resulta inevitable que coexistan esas dos franjas, supuestamente contrarias y excluyentes (desarrollos autónomos vs. cuestionamientos al modelo psicoanalítico).

A menudo se encuentra que se reconoció el sentido de determinada situación sin la inclusión de nociones aparentemente indispensables (en cuanto extraídas directamente del acerbo conceptual psicoanalítico). Y como necesario reflujo a partir de allí se impone entonces entender que tampoco la opción de un abordaje psicoanalítico no resultara estar por ello invalidada, que podía ser reconocida otra interpretación posible y perfectamente justificada desde esa perspectiva (un ejemplo de ello podría ser el análisis del personaje de Lavinia en el "Titus Andronicus" de Shakespeare, con o sin la inclusión de la "pulsión de muerte")⁵².

⁵² Cf. "Más allá de la Clínica de lo Social. (Primer despliegue)". Biblioteca Digital. U. Nal. de Colombia.

DOS. Una peculiaridad del Psicoanálisis, sin duda alguna, surge del entronque entre su oferta teórica y sus pretensiones aplicativas a partir de allí. En ello la propuesta psicoanalítica ofrece diferencias tajantes con el resto de modalidades clínico-psicológicas, si no psiquiátricas.

Sólo el Psicoanálisis, es cierto, comporta un redondo y profundo despliegue teórico, válido en sí, pensado independientemente de derivaciones clínico-aplicativas (por más que también semejantes apuntamientos terapéuticos -tanto en Freud como en Lacan- de continuo se ejerciten).

Con el paso de los tiempos, tales urgencias clínicas han ido sufriendo modificaciones decisivas sin que por ello se encuentren zanjados los enlaces teórico-prácticos. Seguramente incluidas desde un comienzo como imprecisiones en Freud (obligación no apuntalada de escribir siempre desde los develamientos generados por el hacer clínico, por ejemplo) lo cierto es que terminaron por cancelarse opciones, que al interior de las previsiones y ejecutorias del modelo en cuestión resultaban perfectamente factibles (y -¿por qué no?- obligantes).

Y si se dijese que se resaltan en exceso esas falencias, podría alegarse que nada excluiría volver a abrir tales exclusas. Sin embargo, aún así, ya no podría volver a tratarse de lo mismo, siendo -como en realidad es- que la tendencia apunta a que el despliegue mismo de lo teórico se rinda de modo progresivo e irreversible frente al peso creciente y decisivo del mero hacer.

TRES. Si algún interés ofrece en tal sentido optar a nivel de esta específica propuesta -luego de la amplia reflexión sobre la psicosis schreberiana- por la recuperación de otro escrito freudiano (por más de una razón sui géneris y también por más de una causa en muy buena medida marginado -se alude al texto: “Una neurosis demoníaca del siglo XVII”-) ha de ser, no sólo porque apelar -tal cual desde el título mismo se propone- a la noción de “neurosis” dentro de un contexto histórico tal deriva problemático y por más de una razón inaceptable, es que -de otra parte- se delata allí, que dado historial clínico, sin embargo no resulta indispensable la coincidencia del terapeuta con el autor del texto.

No se impone el lugar de éste -el terapeuta- como condición necesaria para la implementación de una posible reflexión a propósito de un caso psicopatológico (así -casi de manera envolvente- estuviera presente la presunción inversa, a título de inabandonable expectativa en el resto de casos clínicos trabajados por Freud).

Lo cierto es (aunque a su modo, el “caso Juanito”, por nombrar alguno, hace también caso omiso de ello) no debiera desconocerse que se impone allí una indispensable mediación -el papá del pequeño paciente- para que el hacer clínico se consolide.

CUATRO. En cambio, más tajantemente de cuanto acontece con Schreber -al cual, como es bien sabido, se le aborda a partir de su testimonio autobiográfico- desde la asunción del caso de Cristóbal Haizmann, sin duda la clave decisiva es la sólo escritura, en tanto ésta recoge los develamientos de las enigmáticas situaciones humanas.

La escritura, en efecto, consiste desde entonces en la necesaria condición que consolida completo hacer clínico: a partir de ello (ejecutoria de historiales

clínicos) se decide -desde el cierre de la tarea- cuanto se pretendiera ilusamente dejar resuelto ya con el sólo reconocimiento empírico (el cual se asume a partir de la mera presencia de esa clave inaugural: el terapeuta y su paciente).

A pesar de todo, esa operación de obligada escritura paulatinamente empezó a desdibujarse, al punto de resultar ajena hoy, cuando no sólo el “historial clínico” (género diferente de la mera “historia clínica” que ejercitan los médicos sin pretensión escritural alguna) parece resultar mínimamente indispensable. De hecho, desde que a todos los niveles se abandonara simultáneamente el ejercicio de indagación teórica.

CINCO. Como fuere, si algo puede decirse desde que se trabaja el caso Haizmann, ajeno de ese hacer psicoanalítico predominante que coloca el énfasis en la inabandonable presencialidad- ha de ser el resaltar la circunstancia que hace del psicoanalista, *terapeuta en ausencia*.

Freud, en efecto, aparece allí -vistas las cosas desde la mera perspectiva clínica- ocupando un lugar linderal y para nada indispensable, mientras cobra contrapuesta importancia la urgencia teórico-investigativa.

Sin duda, Freud -en ese texto- es en más de un momento ajeno de esa clave decisiva. A menudo, en cambio, se le sorprende brincando sin excusa de un lugar a otro (delatando errores tan visibles como apelar “el paciente” al pintor, y cosas semejantes).

Ahora bien: en cambio de sorprenderse en esa incómoda posición, interesan en realidad las implicaciones de tan peculiar circunstancia, dado que comporta modalidades de lo clínico las cuales se asumieron de entrada sin reflexión mayor, y terminaron consolidando escisiones y baches inllenables en el reiterado ejercitamiento de un ejercicio aplicativo (por todo ello en más de un sentido deficitario).

SEIS. En cambio, cuando el proceder clínico impuso la presencia indiscutible del terapeuta, éste mutó progresivamente desde su inaugural y bien intencionado lugar de intérprete hasta la asunción de un personaje, principalmente definido a partir de los imperativos auto-reproductivos de lo social.

Más aún: inversamente, el paso que conduce desde la persona del paciente hasta la consolidación -al finalizar la terapia- de un nuevo personaje (más personaje que persona, en tanto que previsto y suplementario) liberado de ataduras y de dominaciones (así fuera pensando apenas en el despertar de un tal apuntalamiento) debiera ser una clave más para reconocer como necesaria la inclusión de una lectura estética respecto de ese hacer clínico-psicoanalítico.

De cualquier modo que fuere, lo cierto es que si todo ello escapó a la perspicacia de Freud, hubo de ser justamente porque éste nunca pretendió que se tratara de cuanto es hoy por hoy la resultante.

Seguramente -así ello estuviera más bien acallado- el temor a que sus formulaciones cayeran en el más definitivo olvido, llevaron a Freud a burdas concesiones pragmáticas.

Así se impone desde el reconocimiento de las consecuencias de todo ello en la resultante actual, más próxima de aspiraciones económicas que de cualquier reafianzamiento teórico (tanto menos si se le urge como de corte estético).

SIETE. Ahora bien: que el tema del desentrañamiento del secreto está presente al tiempo en las aspiraciones aplicativas, tanto como en la diversidad de las auscultaciones directamente teóricas, resulta innegable. Sólo que -habrá de decirse también- la importancia del secreto no resulta equivalente con su envolvencia y su hondura definitoria.

Secreto puede haber de todo orden y en todo nivel. Pero su asunción como núcleo basal irreductible comporta condiciones que no se cumplen con sólo auscultar -casi por mera costumbre- la vida de los otros.

Y si se dijera que no por nada el Psicoanálisis cuenta con el concepto -tan basal como constitutivo- del inconsciente, convendría preguntarse por su lugar actual (tan desdibujado y marginal como el Dionisos de los antiguos griegos).

Bastaría con preguntar hasta dónde se ha avanzado en la exploración del sentido del secreto -como real referente de la investigación que sostiene esa práctica- para tener que reconocer allí el más definitorio déficit.

OCHO. Como fuere, a Freud no se le ocurrió organizar una cofradía teórica donde sólo pudiera ingresar quien aportara a la esencia argumental, a los despliegues descifrativos de la nueva ciencia.

Visto todo a la luz de una envolvente y panorámica tendencia -la cual sin duda ignora matices y particularidades- deberá reconocerse, que sólo partiendo del gancho que presuponía armar modelo productivo (así ello pareciera entonces sutilmente velado) se comenzó a apuntalar la realidad del Psicoanálisis actual, de franca prelación social (más aún: productivo-capitalista).

Sin embargo, si a ello se le apeló "aplicación práctica" -y se lo admitió así sin necesaria discusión- debió haber sido en la medida en que se reconocieran allí claves sublimatorias que encubrían tan tajante realidad.

Y así se dijese que se trata de una suerte de virus, que por más invasor y agresivo que sea no logra reducir el centro decisivo de verdad que la propuesta de modo indiscutible oferta, lo cierto es que se está bien lejos de poder detenerse, recuperando con ello al menos la posibilidad de descontaminar el modelo y de redefinirlo a partir de indetenibles urgencias que de modo creciente se imponen en la actualidad.

NUEVE. Habría que reconocer que cuanto aquí se le cuestiona al Psicoanálisis, a pesar de valedero, de pronto sobrepasa sus escuetas opciones. Que es ello efecto de una envolvencia que califica realidades más vastas y que si el modelo derivó de ese inconveniente lado, fue quizá en su empeño por adecuarse a realidades de poder que le sobrepasaban. No basta, es cierto, con limitarse a denunciar negocio allí, para hacer esto visible ni para responder por las más engorrosas situaciones en las cuales ha desembocado el Psicoanálisis en la actualidad. Tampoco, de otro lado, se podrían alegar claves utópicas que perpetuaran -sin enlaces pragmáticos- un ejercicio meramente teórico y/o investigativo.

Lo cierto es que -con razón o sin ella- el terapeuta terminó ubicado en ese incómodo lugar donde, por encima de todo, resulta agenciando de personaje

social (con funciones resueltas en referencia con discutibles criterios de adaptación, más inclinado del lado del servidor de una envolvente realidad inapelable, por ende indiscutida y reconocida como inmodificable) antes que en cuanto decisivo investigador de asuntos enigmáticos.

Al menos, la doble circunstancia del Psicoanálisis en tanto tal y de la versión adaptativa que le impone esa más vasta involucencia de lo social, aún siendo asumida y realizada de modo simultáneo -de resultar ser ello posible- terminó por reflejar la difícil implicación que impone mantenerse indefinidamente allí, apuntando a un perpetuado, iluso, y cada vez más insostenible punto de equilibrio.

De hecho, de un modo cada vez más notorio la creciente ausencia de aporte teórico permite reconocer de qué lado terminaron por cargarse las cosas.⁵³

DIEZ. Freud entonces no pensó nunca en que el lugar del terapeuta psicoanalítico se justificase por fuera de un modelo que no estuviera decidido con todo rigor, desde dentro de la oferta psicoanalítica misma.

Sin embargo, cuestiones como el cobro (u otros asuntos, tanto o más pragmáticos: tiempo de duración de las consultas, sentido de los encuentros entre terapeutas, claves decisivas del “final del análisis”, etc.) se las presupuso enlazadas con razones ligadas a la tarea aplicativa misma.

Y cuando se miraba el sentido inocultable que podrían tener ciertas temáticas, de modo prioritario determinadas a partir de diferentes esferas de realidad (social, económica, política, etc.) un extraño velo escondía tales trasfondos e impedía argumentar en la dirección que imponía la explicitación de semejantes problemáticas.

En cambio de reconocer registros pendientes más amplios y poderosos -cuyo abordaje no por ello resultaba vedado-, no sólo se presuponían condiciones irremontables, imposibles de modificar y que daban como irremediable el empleo de recursos abstraídos de allí: en silencio se reajustaban los criterios más definitorios, del lado de otra modalidad cuyo principal criterio de validez -de existir alguna intención visible en tal sentido- en última instancia lo decidía el mercado.

ONCE. Es claro: lo clínico no se supuso de entrada como ejercitamiento de y en lo social, pero -en la medida de semejantes y sostenidas forclusiones- se terminó radicalizando (tanto más) inabandonables y ajenos soportes, que de modo directo se asían de ahí y que -siendo pensados de entrada como meras derivaciones de realidad, externas a la operación propiamente terapéutica- resultaban siendo incluidos de hecho como del orden de lo más decisivo y principal.

Lo cierto es que -además de que nada excluía la opción de reflexionar semejantes implicaciones, buscando entre otras cosas prever inconvenientes consecuencias- la falta de un reconocimiento tal implicó, no sólo imponerlas de facto: se taponó así, de manera creciente e irreversible, la posibilidad de

⁵³ La visión impersonal y general podría taponar el reconocimiento de realidades tan contundentes como puede ser ésta que hace del ejercicio psicoanalítico una modalidad más del consumismo y de lo adictivo. Cuanto comienza como exploración investigativa que indaga por el secreto se convierte en hábito, tanto más malsano en la medida en que se naufraga en puntos ciegos, en sin salidas, donde se eterniza el estancamiento.

pensar en corregirlas desde adentro, de reencauzarlas del lado de un posible re-direccionamiento.

En realidad, la falta de teoría que recuperara un ejercicio -el cual no podría ser el mismo desde que se alteraban de manera radical los armados patógenos- obnubiló la posibilidad de reconocer -más allá de toda posibilidad reformadora- que la acción clínica al interior de la sobredeterminación que impone lo social llegaba a puntos irremontables, a empeños aplicativos sin posibilidad alguna de real salida.

La reclusión es un destino que lo humano exagera a todos los niveles, y esa asunción se minimiza desde que se asume lo doble-forclusivo como definición que en primer lugar disimula como operante e irremontable silencio, su condición de envolverencia defensiva.

DOCE. No es el mismo el personaje que escribe, que el personaje que se instala tras el diván. Incluso este último -quien antes de ser ente de silencio o indiscutible apuntalamiento de neutralidad- debiera reponer una exuberancia de ofertas de develamiento (extraña que termine reduciéndose a lo opuesto, que se asuma desde una demarcación más bien implosiva).

No es factible -así se lo busque a cada paso reapuntalar con sólo iniciarse una nueva sesión terapéutica- que el lugar de neutralidad asumida (o de urgido "semblante" que permita a quien se instala en el lugar del terapeuta, agenciar apenas como impersonal facilitador en la predominante exploración proactiva del paciente) se sostenga y refuerce con la sólo reafirmación de ejercitamiento empírico-presencial (aún tratándose de esa suerte de sostenido "no hacer", que impone la presencia como extraña linderalidad, en cuanto se decide de modo principal desde lo ausente).

Algo sobra desde entonces, si no ambas dimensiones (de empírica presencia y de simulada ausencia) desde que no se opta de una vez por todas por esa clave de frontera.

Ni el silencio, ni la pausa, ni la interpretación, resultan ser ajenas a marcas decisivas de asuntos envolventes, que en la actualidad califican -del más decisivo e inconveniente de los modos- al conjunto de las experiencias humanas y donde, por supuesto, el Psicoanálisis no tendría por qué ser excepción.

TRECE. Por decir algo: en la medida en que de un modo progresivo lo envuelve todo, resulta difícil negarle allí efectiva incidencia al creciente e invasor tono terrorista.

No parece que (desde la simulación de un silencio generalizado como terapéutico-en-sí) hacer caso omiso de modificaciones inocultables resulte ser la más pertinente de las estrategias.

Más fácil torna pensar que por esa vía, el modelo no sólo se desvirtúa de manera creciente, a tal grado que -a partir de un punto- su desenganche de la realidad imperante resulte irreparable: es que (de modo progresivo) cae del lado del síntoma al cual pretendiera inauguralmente resolver.

Pues bien, la Clínica de lo Social resalta asuntos tales como los señalados en las líneas anteriores, y si se piensa ver en ello una crítica real, y no apenas el marginamiento de una cierta modalidad de abordaje frente a comunes

cuestiones (versiones teóricas de la propuesta clínica de lo social frente a las formulaciones pendientes del Psicoanálisis) tendría que reconocerse que es esto válido, al menos en relación con el tema aplicativo (frente al cual el modelo clínico de lo social acaso resultara -comparativamente- siendo más radical en la formulación de sus despliegues).

CATORCE. Si fuera dable la licencia de incursiones que no resultasen invasoras ni impertinentes, nada excluiría en realidad que se pudiera aportar también teóricamente allí (y no sólo señalando asuntos desde el cómodo cuestionamiento, ajeno de toda oferta de suplencia aplicativa).

Además de las ya previstas retomas del tema de los sueños a la luz de una estética de la contraposición entre la singularidad y lo singular, o del abordaje de una psico-patología que se recompusiera partiendo de la localización inaugural de las psicosis, etc., cabe a su vez desplegar adicionales reflexiones -por decir algo- a propósito de cuanto Freud dejara resuelto apenas a nivel del registro de “etapas infantiles”. Pensar desde lo anciano el tema de las edades (no sólo como ampliación posible donde se completa una tarea, de hecho reformulando desde una oferta estético-prospectiva, cuanto fuera de entrada convertido en regresivo modelo clínicamente restrictivo).

O bien, reconocer cómo -desde la obra personal- la singularidad de lo humano se afecta (y no sólo por la aproximación creciente de la muerte impostergable). En fin, rastrear las modalidades de lo singular en cada asunto concreto, no tendría por qué quedar excluido (a pesar de los cuestionamientos a una clínica que se restringiese a lo escuetamente particular).

El cuestionamiento es precisamente a toda restricción, y no -por supuesto- a un territorio adelgazado por ella. Por lo demás: sin olvidarse de que se es resultante a cada paso, y de que en cada emergencia, la singularidad inevitablemente se retrata y recompone.

En fin, una versión clínica y estética de todas esas modalidades -aún en cuanto reconocidas inicialmente como del registro de lo psicoanalítico- podría abrir nuevas opciones de despliegue que empezaran a remontar el actual estancamiento teórico del propio Psicoanálisis.

Y la Clínica de lo Social no tendría por qué no enriquecerse a su vez con ello.

QUINCE. Ahora bien: ¿no existe acaso una opción de modalidad estética que reduzca de algún modo las distancias existentes entre la versión de lo-clínico-social y la investigación clínico-psicoanalítica?

De existir esta ruta demandaría mucho más de cuanto se alcance a decir aquí. Pero, una buena sugerencia para quien quisiera ensayar este recorrido, podría ser comenzar por redefinir los lugares del terapeuta y del paciente. Poner en cuestión el sentido de cuanto terminó supliendo los ejercicios simultáneos de la libre asociación y de la atención libremente flotante.

La idea de un accionar libre es cuanto de hecho está de entrada más bloqueado e interferido. Pero es allí donde coinciden ambos referentes: terapeuta y paciente.

Si bien la oferta fue libertaria de entrada, su posterior despliegue y el actual desenlace parecieran más próximos de modalidades de recompuesta esclavitud consumista y reafirmante de la reposición capitalista.

Sin duda alguna, invitar a mantenerse en el lugar que localizara Plotino (más allá de toda oferta religioso-mística⁵⁴, más acá de las trampas del lenguaje que llenan el vacío donde se apiña el secreto) resulta ser condición indispensable, norte inabandonable. Y no porque se renuncie a hablar. Es porque el lenguaje puede servir a la reinclusión en el colectivo (versión adaptativa al modelo de rebaño, cada vez más invasora), o propiciar en cambio la salida, del lado de ese afuera donde hasta -cuanto es posible- se recupera la singularidad, y se aspira a encontrar alternativas para la realización creadora de lo terrorista (campo de lo singular), que no por nada comanda -y comandó de entrada- el terco despliegue de los sueños.

DIECISEIS. La tarea de ir en pos de reasumir el lugar de la singularidad, desactivando las bombas de lo singular (buscando en cambio recuperar un lugar creador que replete las ciegas urgencias de las primarias protestas del terrorismo) es asunto utópico, que en tanto tal, debe asumirse de entrada -en oposición a la oferta mercantil que decidiera el acuerdo psicoanalítico-investigativo, dando paso con ello a la inevitable asunción y reinterpretación capitalistas, a la reversión consumista del modelo, por ende (para no hablar de suplantaciones adictivo-transferenciales).

Utopismo sí, sólo que asumido como tarea imposible (a cambio de la ilusión de un final de análisis⁵⁵ que sólo se introduce -si bien se ve- desde la mediación de sujeto-supuesto-saber, quien ignorándose como lugar, asumiendo su suplantación socio-personal, cobra por ello).

Esa tarea imposible no es tanto porque no se la pueda intentar, aquí o allá. Lo más impedido allí es, sin duda, la posibilidad de su generalización.

Pero quien lo asumiera -por encima de obstáculos, con mayor o menor radicalismo- tendría que apuntar ante todo al develamiento teórico, Y no a la delirante modificación del mundo (que es donde lo utópico se entrapa).

Recuperar -por decir algo- una nueva versión de la sexualidad a la luz de su revisión desde la aspiración de singularidad recuperada, o revisar el tema -ya señalado aquí- de las edades, no sólo buscando completar un análisis insuficiente, de hecho desde el reconocimiento de la inapelable prelación del terror, que es cuanto se busca siempre domesticar de un lado y otro (desde los niños y a partir de sus padres y de la sociedad toda). En fin, redefinir la versión dinámica de la existencia humana, dando paso a la apertura de un desmonte de toda generalización allí, a sabiendas de que cada edad no hace más que taponar las reales salidas que ofrecería un despliegue real comandado por el referente de singularidad. Retomar incluso el tema del inconsciente, y replantearlo a la luz de una oferta predominantemente estética, donde lo clínico

⁵⁴ Allí donde se supone dada la neutralidad (y se da por sentado que el lugar del terapeuta consiste en eso -que si bien se puede perder- mientras ello no acontezca, la cuestión está dada gratuitamente), la atención libremente flotante delata en realidad el más decisivo empeño: allí donde la filosofía fundó el núcleo más decisivo de conciencia ("Pienso luego existo", o "el ente que sabe del ser", etc.), más allá de todo entrapamiento personalizante, dar paso -no sólo al recorrido que repone como referente determinante del lugar terapéutico al inconsciente-, por sobre todo, la tarea que se sigue, como indispensable develamiento del secreto.

⁵⁵ No existe síntoma mayor que ese engorroso asunto al cual se apela "final de análisis", y que se parece más a una urgencia abortiva que a una válida y pertinente cuestión.

Redefinir el procedimiento terapéutico poniendo en cuestión este asunto del "fin del análisis" del más radical de los modos, sería un paso indispensable en el empeño que aspirase a redefinir la cuestión terapéutico-aplicativa.

ceda -hasta donde ello fuera posible- y apuntalar una nueva demarcación de lo humano más acá de toda pretensión de sometimiento máquico, es tarea posible también, sin duda alguna.

LA ESCRITURA Y LAS APLICACIONES ACADÉMICAS DE LA PROPUESTA CLÍNICA DE LO SOCIAL

UNO. Así no se quisiera personalizar para nada las cosas aquí, resulta indispensable señalar que -vistos los asuntos tal cual se los ha venido abordando- la Clínica de lo Social es un territorio de escritura, que se inserta al interior de una indetenida y una tanto más vasta producción.

Y -si bien en principio- se debe aceptar que tal propuesta comenzó anunciándose (clínica de la Clínica) como reconocimiento frente a urgencias explicativas, demandadas a partir de efectos, en buena parte generados por los descubrimientos del Psicoanálisis (los cuales -en más de un sentido- no resultaron siendo asumidos de manera adecuada por esa novedosa ciencia,⁵⁶ o que -si se prefiere reconocerlo de otro modo- fueron progresivamente dando paso a consecuencias que nunca se enfrentaron) también es cierto que, en la actualidad, la Clínica de lo Social consiste en algo más de cuanto anunciara su punto de partida.

No se podría afirmar que para dar paso a tal tarea se hubiera pretendido tomar como objetivo decisivo la necesidad de llevar “más allá” la oferta psicoanalítica misma, ni justificar así el empeño que impone la necesidad de responder por los motivos que urgen para tener que sostenerse de modo indefinido escribiendo así.⁵⁷

En cambio sí resulta válido señalar, que antes de darse Clínica de lo Social pre-existieron, en relación con esta particular escritura, intentos de consolidación de modelos académicos inspirados directamente en el pensamiento psicoanalítico.

Sólo que, entre un primer empeño (Medellín, año 75 y siguientes) y un segundo despliegue (Cali, década de los noventas) una clave de distanciamiento -acaso de real ruptura- con la oferta psicoanalítica, resultaba visible al interior de esta producción escritural.

Pero, entre uno y otro ensayo académico-aplicativo también hizo presencia la oferta en cuanto tal.⁵⁸

⁵⁶ Basta pensar apenas en el abismo teórico que separa el escrito freudiano “Proyecto de Psicología para neurólogos” de nociones como el inconsciente y el aparato psíquico. Menos aún, se incluyen allí obligatorias implicaciones que llevan de la habitual clínica médica hasta el ejercitamiento de la propuesta terapéutico-psicoanalítica.

⁵⁷ No se quisiera dejar la impresión de estar pretendiendo -al plantear las cosas de esta manera- que sólo resulte válida aquí esta escritura concreta. Se trata sí, de asumir las implicaciones de todo ello, sin afectar ni incluir otros posibles aportes. Como fuere (deberá decirse también) hasta ahora la idea de una escritura colectiva no se ha conseguido apuntalar.

⁵⁸ Cf. Otero, J. ““María” en la transferencia”. Gobernación del Valle. Premios Jorge Isaacs. Cali, 1995.

Es pues ésta una ilustración más, de cómo la escritura y sus aplicaciones en el escenario universitario, se cruzan y suceden -siempre debidamente diferenciadas- sin reunirse del todo por ello, aunque sin tampoco a cada paso excluirse.

DOS. Si bien se observa, hasta ahora los empeños académicos adelantados han sucumbido de un modo u otro.

En efecto, ambos modelos universitarios (tanto la Sesión de Investigaciones Psicológicas en la Universidad de Antioquia -donde a nivel inaugural se intentara un modelo de formación de psicólogos, a partir de un plan de estudios que buscaba ya decisivas fusiones entre lo filosófico y lo psicoanalítico- como la Facultad de Psicología de la Universidad de San Buenaventura de Cali -fundada entonces, partiendo de una expresa versión clínica de lo social-) han terminado siendo subsumidos por la Psicología tradicional.

Más allá de ello (no sólo tendría que reconocerse, que apenas la escritura que los soportaba, puede alegar permanencia y constancia indiscutidas) habría de aceptarse a su vez, que ambos intentos académicos se apoyaban (reconociéndolo abiertamente o no) en ofertas escriturales con un trasfondo transdisciplinar (quizá -sobre todo por ello- el modelo universitario los rebotó sin apelación posible).

Hasta el momento en que se ofrece este Diplomado,⁵⁹ la prolongada propuesta clínica de lo social apenas se sostiene como terco empeño de escritura (asumida ahora a título de urgencia de un “más allá” donde lo estético-transdisciplinar se redefine y busca reforzarse).

TRES. A nivel de la reflexión clínica de lo social (desde un comienzo buscando -sin conseguirlo- verdaderos soportes teóricos que permitieran apuntalamientos más pertinentes a las envolventes urgencias de aplicación clínico-psicológica) rápidamente se hizo evidente que entre la Clínica y la Psicología existía un inexplorado campo de sombra -el cual tornaba tanto más evidente con la sólo localización del primer tratado que en la antigüedad griega reflexionara el tema de lo psíquico (“Tratado del Alma”, de Aristóteles)-⁶⁰ donde lo clínico “brilla por su ausencia”.

En efecto, rápidamente se encontró -en esta urgencia de revisión de motivos- que la Psicología tenía su propio recorrido histórico y teórico, el cual (sólo de manera tardía y de modo parcial) ensamblaba con cuanto pudiera resolverse a título de “Clínica Psicológica” (a su vez, con procedencias y justificaciones ajenas de cuanto decidiera el despliegue de la primera).

De hecho, las “clínicas psicológicas” -al menos, la propuesta psicoanalítica-reunidas todas, delataban esta condición: estaban más fácilmente adheridas a la “clínica médica” o -como consecuencia de ello- surgían de allí, sin cuestionamientos mayores y sin explícitos reconocimientos.⁶¹

⁵⁹ Recuérdese que este escrito estaba concebido como propuesta académica que sin embargo no se consiguió implementar.

⁶⁰ Cf. Aristóteles. OBRAS COMPLETAS. Aguilar, Ed. Buenos Aires, 1967.

⁶¹ Se podría alegar que el Psicoanálisis se olvida de toda clínica médica para poder acceder a un modelo propio, pero -al lado de ello- muchas de sus claves aplicativas hacen caso omiso de ese remontamiento y reponen modalidades, que en ningún momento fueron cuestionadas y/o modificadas (la idea común de la

Tal modalidad parasitaria obedecía a que, desde muy antiguo, la clínica médica -a título de definida y redonda técnica- estaba sostenida por precisos empeños de eficacia, que partían -sólo a posteriori, por ende como acumulado de un pragmático saber - del despliegue de un hacer impostergable.

Si lo clínico psicológico es a su vez mera aplicación técnica y encuentra en ello su indiscutido soporte y justificación, deberá reconocerse desde entonces que, por una parte, es esa la razón de su parasitaria inserción, y por otra, que también indispensables apuntalamientos teóricos faltaron debido a ello.

CUATRO. En cambio, la pregunta por la Psicología en cuanto tal, si no puede ser resuelta desde su interior, menos habrá de serlo partiendo de la sola indagación desde lo clínico, que pretende complementarle desde ese externo nivel (modelo médico) el cual, más bien le reúne entonces -antes que armando síntesis, sumando arbitrariedad, de hecho silenciando el asunto- con otra disciplina.

Y es esa la causa que impone a cualquier “clínica psicológica” -incluido el Psicoanálisis, a pesar de contar de un sólido soporte teórico- ensamble claro con ese tallo central que es la Psicología como tal (nunca segura de su redonda unidad).⁶²

Es más, al interior del propio Psicoanálisis -y a pesar del esfuerzo visible por mantenerles reunidos- la teoría va por un lado, sigue un ritmo propio, y la aplicación clínica marcha por otra vía, de hecho sin permitir nunca un entronque real, definitivo.

Se podría afirmar que lo clínico se congela, permanece quieto desde un principio (como mero remontamiento de lo hipnótico) mientras el espectro de lo teórico se expande de manera continua (desde el soñante, o el enfermo, hasta las reflexiones sobre la cultura) reventando los soportes de un armado que califica no sólo los registros de lo escuetamente disciplinar (antropología, religión, etc.).

Como fuere, no sólo nunca se delata -ni al interior de la Psicología, ni en cualquier otro lado- la carencia de una reflexión mínima a propósito de razones que justificasen en su especificidad una determinada modalidad clínica; tanto más grave aún resultará, la ausencia de respuesta generalizada frente a la multiplicidad que reúne -por mera sumatoria- al resto de empíricas opciones aplicativas.

Una explicación mínima que diera cuenta de tan complejos nudos y desencuentros, de tantas inconexas emergencias (sumadas apenas desde un hacer, tan indetenible como injustificado), en fin, un modelo que pudiera brindar soportes mínimos -los cuales, al menos, propiciarán alguna certeza de basamento conceptual- brilló siempre por su ausencia.

Por todo ello -a su pesar, y de modo igualmente marginal- la opción clínica de lo social se inició siendo condicionada de continuo por el reconocimiento de la ausencia de decisivos enlaces entre el variado y disperso mundo de la reflexión sobre lo psíquico y el urgente accionar (asumido como clínico-en-sí).

enfermedad -somática y mental-, la escritura allí -historia e historial clínico-, la idea de lo terapéutico como algo remedial vs lo investigativo, etc.).

⁶² Cf. Canguilhem, G. “¿Qué es la Psicología?”. (Fotocopias)

CINCO. Si bien la Clínica de lo Social no es oferta aplicativa renovada, tampoco se puede afirmar que se reduzca a la mera crítica frente a toda posibilidad de aplicación (sin embargo, es ésa una indiscutible constante a través del despliegue de la propuesta). De hecho, cuando desde el interior del modelo estético y clínico donde se instala la Clínica de lo Social se piensan las cosas a la luz de una pregunta - inevitable de todos modos - por ese engorroso tema que resulta ser la aplicación a nivel de lo psíquico, torna más fácil reconocer allí la constatación de una decisiva negativa.

Al menos hasta ahora, toda urgencia de praxis se asume más bien como des-aplicación, como un volver sobre los pasos, buscando las razones que permitan desandar recorridos, de ser ello posible. Y sobre todo reconociendo la dificultad creciente que arma contradicción allí desde que -en cuanto de manera creciente los problemas se agravan- siendo cada vez más urgentes las demandas de acción a niveles empíricos, resulta al tiempo inútil cualquier empeño -se insiste en ello- que pase por encima de indispensables apuntamientos teóricos desde siempre pendientes.

SEIS. Pues bien: en medio de tantas variantes y alteraciones, se consolidan estos dos polos previamente resaltados: de un lado, el registro académico -y de otro- la escritura misma (la cual cada vez más, apuesta por la consolidación de su sentido, aún estando obligada de continuo a desplegarse como modalidad extra-universitaria).

Como fuere -visto todo desde la perspectiva de lo aplicativo- ello comporta renovadas y diversificadas maneras de abordaje (dado que de entrada, se partía apenas del escueto reconocimiento del ejercicio clínico-terapéutico).

La aplicación, sin duda, puede ser reconocida también cuando se trata del ejercitamiento académico-pedagógico y -¿cómo si no?- desde que de un lado y otro, se implementan modalidades de poder.

Ya Freud -sin explicitarlo, y a nivel general- lo había demarcado cuando nombró las tres tareas imposibles (curar, educar, gobernar).

Y no habría de serlo menos -variante de aplicación teórica- la escritura misma, así se impongan (al incluir allí también esa peculiar modalidad y dada la especificidad de su accionar) renovadas manera de pensar las cosas. Pues bien visto el asunto, antes de ser aplicación en sí, la escritura resulta siendo en realidad una práctica, que sin disolverse por ello con tal fusión, más bien admite posibles desdoblamientos aplicativos.

SIETE. Al menos, esta específica escritura -de aspiración crítica, clínica y estética, al tiempo- resulta por más de un motivo sui generis, desde que se impone la urgencia de su "más allá" (con lo cual, por sobre todo, busca desreclirse, descontaminarse).

Es allí donde tal propuesta -a su pesar, por pura paradoja- sin pretender ser aplicación terapéutica en sí, corre el riesgo de terminar dándose a cambio de ella.

Y ha de ser el entrecruzamiento resultante de todos esos hilos -no siempre complementarios, más fácilmente contrapuestos- claves de enlaces que dan paso a esa peculiar torsión que impone se comience aquí, al interior de este escenario universitario, por cuanto va al final: el más allá de la Clínica de lo

Social (y sin embargo -si se vieran las cosas sólo a nivel del empeño aplicativo-académico- se trate al tiempo, de un real principio).

¿QUÉ PASA A SER ENTONCES LA CLÍNICA DE LO SOCIAL?

UNO. El más allá de la Clínica de lo Social, si bien impone a ésta un tajante cuestionamiento, no por ello la desaparece o la deja definitivamente atrás. Sin duda -como alternativa real de sobrevivencia- la promueve y remoja, le obliga a repensarse y a revisar opciones de ampliación a nivel de sus nociones y despliegues.

¿Por qué es ello posible y necesario?

La Clínica de lo Social no sólo decide y decidió siempre continuas variaciones que califican al objeto de su reflexión, parte también de una perspectiva que de manera constante redefine su método y altera el sentido de sus abordajes.

Por sobre todo -desde que se asume al interior de una modalidad reconocida como del registro del terrorismo creador- antes que partir de evidencias, la Clínica de lo Social cuestiona la creencia.

Al tiempo con ello, debe reconocerse que se trata de un modelo, que antes de buscar redondearse, se reapuntala desde el reconocimiento sostenido de su inevitable incompletez.

DOS. En tal sentido torna importante asumir que -en el punto donde las cosas se hallan en la actualidad- a lo clínico de lo social le falta una versión de suplemento para conceptos nodulares (yo, sujeto, etc.) dado que la propuesta en cuanto tal, se arma desde un campo donde tales nociones no derivan determinantes, desde su interior se hace posible pensar sin ellas y sólo a partir de un determinado momento, se imponen desencuentros con tales nociones, en la medida en que el debate allí torna indispensable.

Ahora bien: si torna inadmisible pretender borrar de un trazo conceptos nodulares como los previamente señalado (yo, sujeto), con una larga historia que los perpetúa y a cada paso les reconsolidada, nada excluye a su vez que se les repiense desde nuevos registros posibles de lectura: sólo que, tratándose de enlaces ideológicos decisivos donde se arma la ilusión de complemento entre la realidad empírica y las armazones conceptuales, el peso de su lugar torna por ello más denso y difícil de cuestionar.

No basta con una aspiración demoledora, si no se cuenta con claves que repongan y remonten los baches que con ello se creen. Y si bien se trató siempre aquí de un asumido terrorismo, su justificación sólo es bienvenida en la medida en que un complemento creativo dé paso a modalidades renovadas y tanto más pertinentes.

TRES. Pero, más allá de todo ello, si se reconoce la envoltura de una defensa doble-forclusiva que califica al conjunto (y en tanto tal, decide sin excepción a las resultantes modales derivadas de allí) parece inevitable asumir que la misma oferta clínica de lo social podría estar afectada por ello.

Quizá la sola decisión de detener todo accionar, de concentrarse en una estrategia que se baste con lo puro teórico, propicia la posible visualización de opciones que un actuar indetenible, incuestionado, impidió siempre ver.

Habría de aceptarse que (convalidada tal envolvencia) deben a su vez existir razones vigorosas para que un desentrañamiento tal torne posible. A partir de entonces -aún bajo sus alas- debieran subtender también las claves de su factible remontamiento.

De hecho, si se da doble forclusión como condición de normalidad ¿qué hace que se la pueda dilucidar, sin colocar allí un inquietante interrogante en relación con el lugar desde el cual torna posible su desentrañamiento?

Y ¿no ha de ser más bien que lo doble-forclusivo -antes que desaparecer- se reapuntale, mute o se refuerce tanto más, con su develamiento? Es más: el desciframiento que lo delata ¿cómo escapa a su vez de su reinclusión al interior de la envolvencia doble-forclusiva?

CUATRO. No es posible salir de la doble forclusión por sólo nombrarla, es cierto. Pero resulta válido también que al delatarla, las cosas no vuelven a ser las mismas que fueran antes de darse tal explicitación.

Por lo demás no torna necesario que apenas por eso, la Clínica de lo Social se vea impelida a re-demostrarse.

Cabría incluso que la re-definición de lo clínico de lo social se diera en positivo, desde que se impone decidirle como aquello que avanza, avanzó siempre, en la dirección de ese develamiento hasta conseguir consolidarlo.

La derivación de lo doble forclusivo es un punto de llegada reafirmante y -visto todo así- no habría motivo para dudar del recorrido previo. Por el contrario, con ello se reconfirmaría su validez.

Otra cosa habría de ser, no sólo creer mágicamente resuelto todo apenas por desembocar en ese punto. De hecho sería aún más grave no percatarse del incrementado, inevitable, entrampamiento que -de todos modos y en más de un sentido- resulta dándose a partir de entonces.

La imposibilidad de una ciencia psicológica en enlace con la urgencia de una psicología de la singularidad

UNO. Quizá convenga aquí reasumir las cosas concentrándose en el asunto mismo del despliegue de la reflexión hasta ahora adelantada.

En tal sentido debe decirse, la señal más decisiva de urgencia de abordaje de un “más allá” de lo clínico de lo social se evidencia cuando se reconoce que a nivel de la versión ofrecida a propósito de lo psíquico -desde un principio descifrado como modalidad del alma de Ciudad (modos de lo urbano)- se ha terminado derivando del lado de un creciente apuntalamiento de la noción de singularidad y de su -tanto más complejo enlace- con lo singular (lo cual rompe con las más habituales expectativas).

En ello no debiera suponerse sin embargo, contradicción ni refutación alguna.

Ambos asuntos tienen validez (modos de lo urbano por un lado, hilo de enlace entre la singularidad y lo singular por otro) si se vuelve a recordar que desde siempre la Psicología estuvo impedida para armarse como unidad constitutiva e indiscutible.

De otra parte, preguntarse por la forma como asumirán estas claves inesperadas e ingobernables el resto de ofertas cognitivas no es el asunto aquí, aunque tendría sí que reconocerse, que a pesar de ello, insuficiencias que parten de allí habrían de estar directamente relacionadas con esa incoherencia fundadora.

DOS. Siempre que se pensó en Psicología, se supo menos que más. Decidirla, definirla, no fue nunca posible. En cambio, terminó consolidándose como un vasto cuerpo, donde parecía poder caber todo cuanto quisiera anexársele: de modo progresivo indefinible, siempre restó pendiente la clave que pudiera decidir la pretendida unidad (que apenas su nombre sostendría).

La Psicología -debe reconocérselo- es el territorio donde se separan del modo más tajante e irreversible, realidad empírica y saber a propósito de ella.⁶³

Llámesele como se desee, ningún asunto resulta ser más inaprehensible que el objeto que decide la reflexión psicológica, sumado a lo cual está el acumulado de desajustes y contaminaciones que todo ello comporta cuando se consolida esa suerte de realidad de suplemento que en cambio repone el error, que lo prolonga y ejercita sin detención posible, sin urgencia visible de indispensables replanteamientos.

Al punto de tenerse que reconocer allí un verdadero campo minado donde todo cuanto se ubica en ese registro, parece -por sólo ello- condenado a la malformación, la Psicología (además de todo cuanto pretende ser, sin mayores rigores y exigencias) es el reino donde nunca dejó de estar presente el incuestionado presupuesto de lo doble-forclusivo.

TRES. Por todo ello, donde se lo aborde, el problema se agrava.

La Psicología -no debiera olvidárselo- comenzó como un capítulo (ni siquiera indispensable) que buscaba redondear -siempre, de manera infructuosa- las más definidas aspiraciones filosóficas.

Al desprenderse de allí con francas aspiraciones autonómicas, no sólo la Psicología pretendió consolidarse sin más como ciencia indiscutida: si se atiende a la real procedencia de tales ímpetus, habría de decirse que carecía de independencia suficiente para ello.

Fueron filósofos quienes la deslindaron con pretensiones de verdad (de hecho, consolidando más fácilmente error, al menos -si se reconoce en Aristóteles la primera decisiva aspiración de armar tratado- sucedió así de entrada, sin que luego ocurriera nada diferente que permitiera a posteriori mínimas convalidaciones y recomposiciones).

⁶³ Se dirá que los filósofos reclamarán esa territorialidad como innegociable, y habría de responderse que la inclusión de las claves de abstracción rectora que la filosofía impone en el abordaje de sus objetos, arma diferencia tajante, permitiendo por ello -sin excluirse- lecturas duplicadas de la misma problemática. Incluso -si se quisiera ser aún más drásticos- caben entonces también, abordajes transdisciplinares que al tiempo que las cobija, las remonta.

Lo más grave de todo resultaba ser que al lado de densas y ambiguas condiciones, siempre coexistieran -compartiendo el objeto- las religiones (el cristianismo, en primer lugar).

Y esa vecindad pudiera ser remontable si se dieran claras demarcaciones que permitieran con toda claridad deslindar los terrenos de uno y otro registro. Pero en cambio de ello, fue la creencia la base que subtendió de uno y otro lado siempre, y -que se sepa- a pocos preocupó de verdad poner en su lugar semejante contaminada comunidad.

CUATRO. Siempre la propuesta clínica de lo social insistió en que, en cambio de una Psicología envolvente y difusa, todo hubiera sido francamente distinto si se hubiera definido y desplegado una clave estética, que ya en Aristóteles preexistía: el alma, entendida como forma intangible.

Una ubicación, que partiendo de allí, reconociera a esa forma (al alma, o a cualquier noción otra, equivalente o sustitutiva) como modalidad -quizá la más compleja e incapturable, y no por ello menos decisiva- de singularidad.

Asunto en realidad más pertinente si se buscara dar cuenta de la hondura de la cuestión que de tal modo se plantea, la idea de lo transdisciplinar que a nivel metodológico se impondría habría servido (desde entonces y hasta ahora) para extender con indudable radicalidad la urgencia de un modelo de más amplio espectro, de mayor cobertura.

Sólo que entonces se trataría de una oferta diversa, de una propuesta reflexiva que demandaría ubicaciones muy distintas de cuantas, de manera tradicional, se ofertaran siempre a nivel cognitivo.

Y si bien, con una formulación en tal sentido se cambiarían y resolverían muchas cuestiones, tampoco se puede afirmar sin más que resulte ser tan simple y tan sencilla la verdad de las cosas.

Más que una solución límpida y sin sombras, emergerían problemas nuevos, acaso no menos complejos y resistentes frente a cualquier empeño descifrativo.

CINCO. Lo cierto es que tampoco la singularidad deviene tan lisa y coherente como aparentemente pareciera. Al menos, la sola pretensión de espontáneo enlace con la universalidad de complemento la delata desviada de un modo (por demás radical), del lado en cambio de un modelo que arma complemento inesperado con lo singular donde estalla de modo inapelable.⁶⁴

Cuando se le reconoce complemento, la singularidad no sólo es una noción que parece refutarse a sí misma. En efecto (si se soslayara la incómoda cuestión que tuerce sus enlaces) vista en sí misma -y nada impide un reconocimiento tal, por más insuficiente que ello termine siendo- la singularidad resulta ser más bien extraña y enigmática, sin duda tanto más inaprehensible.

Por esto, si se pretendiera sin más reconocerla como núcleo de una renovada psicología⁶⁵ -alegando incluso expectativas nuevas de remozada

⁶⁴ La singularidad podría estar incluso precedida por lo singular, más basal y envolvente. Nada en efecto, justifica creer que lo singular es sólo asunto humano-cultural (así una clave de indispensable especificidad -resulta innegable- se impone entonces).

⁶⁵ Escrita con minúscula para liberarla de la asunción del resto de modalidades, siempre cargadas de un lado u otro, y ajenas -como territorialidades independientes de las demás ofertas- aunque sin asumir

transdisciplinariedad, para dar cuenta de ella- ya no podrían sortear las implicaciones que suma el reconocimiento del apuntalamiento de la singularidad con lo singular.

SEIS. O sea, que se armaría un nudo de impedimento, tanto más inconveniente e imposible de desatar.

Sin embargo, una psicología de la singularidad -antes de toda ciencia, y aún al interior de una lúcida reflexión filosófica, no afectada por sobrepesos ni desgastes - tuvo opciones reales (y para nada desafortunadas) antes de que se impusiera asumir las aristotélicas pretensiones de armar tratado.

No sólo los presocráticos ensayaron incursiones -si se quiere insuficientes, pero siempre lozanas-. De hecho, aún en Platón, dominaba lo estético antes de que se impusieran rígidas demarcaciones desde tiránicas imposiciones racionales.

Se alegrará que, todo ello resulta iluso pretender recuperarlo haciendo caso omiso al vasto recorrido, que manejos erróneos acumularon de modo progresivo sin objeción ni obstáculo visible.

Como fuese, la búsqueda de una punta de inicio lleva hasta allá, y así resulte cierto que torne imposible que pudiera darse literal retoma, el sólo reconocimiento de la situación modifica sin duda el habitual panorama desde el cual se han venido abordando tales asuntos.

SIETE. Que la singularidad no se deja pensar como una noción abstracta, que ella no permite -sin perderse irremediablemente por ello- su generalización, no es tampoco algo que se esté señalando aquí por primera vez.

Sin duda más cercana de la operación artística (la cual, en su condición más nuclear consolida el esperado ensamble con lo universal) la exploración de la singularidad, si se la pudiera enlazar con una oferta psicológica, no podría ser en cuanto apuntalamiento científico, ni en referencia con reconocimientos filosóficos. Que, sumando registros de uno y otro orden (ciencia y filosofía, arte incluso, pues no los excluye su escueta especificidad, desde que la aspiración de enlace entre la singularidad y la universalidad dejó de ser la prelación allí) se los remonta sólo en cuanto se aspira a confrontar el secreto como soporte determinante de su concepto.

Desde la más definida desfachatez, partiendo de la más desnuda inmediatez, sin más, la singularidad se pone al frente y ofrece una figura recompuesta.

Habrà de ser a partir de esa engorrosa proximidad donde la singularidad cobre el más pleno sentido y admita -hasta donde resulta ello posible- justificación.

Es allí donde se recupera y redefine el lugar del alma (la cual no se resigna a su extinción, a pesar de ser irreductible a todo sometimiento de razón, a todo domesticado ejercicio cosmetizante).

En la salvaje irreductibilidad que entonces le renueva y decide, el alma se reasume como vital puntal de animación.

nunca a plenitud las implicaciones de ello. (Cf. al respecto el texto de Canguilhem sobre "Que es la Psicología").

Desnudándose, y exponiéndose a todos los contactos posibles o pensables - como el agua- el alma se recupera a partir de la recaptura de su inalterable virginidad de base, tanto más profana en la medida en que con ello se aspira a dejar de confundirla con etéreas e ilusas modalidades (no menos intangible e irreductible en cambio, desde que se le reconoce ligada de modo indisoluble con el secreto).

OCHO. Pues bien, visto todo así ¿Qué justifica seguir llamando a ese abordaje, “psicología”, siendo que la singularidad del alma está más allá de cuanto nombra ese habitual registro (más cercano siempre -y no por nada- de lo disciplinar)?

Toda psicología pensada como versión de singularidad renueva ya, por sólo ello, el cuestionamiento radical de toda opción de corte disciplinar.

De otra parte, es en tanto demarca como cualidad al alma, que la singularidad la recupera. Olvidado ello, desde que se le asumiera en cambio como evidencia (a título de indiscutible punto de partida), la Psicología en realidad le deja por fuera, y es por esto que termina contaminada y sumando compensatoriamente intentos fallidos de síntesis posibles: de hecho, incrementada en la exclusión, la urgencia de un abordaje que fuera siempre escotomizado.

A ese núcleo que es el alma -así se le cambie de continuo el nombre a través de los tiempos creyendo resolver con ello todo posible impedimento- se le suplanta en realidad, y se le re-decide, desde una clave inconsciente de silenciosa asunción defensiva (lo doble-forclusivo).

Una reflexión -llámesele como se desee- que dé cuenta de la razón por la cual la Psicología tradicional taponó ese lugar, que reacomode -sumando para ello indispensables piezas faltantes- las partes desajustadas (las cuales no consiguen armar un todo, que impiden de continuo la asunción del más decisivo territorio), es pues cuanto ahora se impone.

Un campo reflexivo, que en cambio de fragmentar su objeto en mil pedazos, dé paso al reconocimiento de unidad y coherencia que debió siempre regir allí, es cuanto justifica la idea de un más allá.

NUEVE. Finalmente, la singularidad ofrece características que la delatan como ubicua y carente de francas demarcaciones de territorialidad.

Por todo ello, hasta es dable que el asunto de conjunto reinterprete y someta la singularidad, dejando por ello abierta esa puerta que le descubre como del registro de cuanto admite adaptarse y/o dejarse domesticar (es allí donde el tema de los modos de lo urbano de nuevo encuentra lugar).

Generalizada la singularidad de hecho -o sea, perdiéndola de entrada y vistas las cosas a largo plazo y en la resultante de conjunto- su salvaje condición pareciera reducida allí de manera inevitable, de no ser porque -más allá de ello- subtienden despliegues que le transforman en acumulados de explosividad (latente registro de lo singular).

Por otra parte, debe decirse que en ninguna otra disciplina del conocimiento como en la Psicología, acontece que el objeto se niegue de manera tan radical a dejarse someter por el imperio de la razón, por las urgencias de la ciencia, por las aspiraciones de la filosofía.

Nunca, en efecto, riñeron tan decididamente asunto y método.

DIEZ. Lo incapturable del alma reposa en esa condición que la remonta y le impone siempre, asumirse como modalidad de un asunto más vasto y envolvente. Y si bien la singularidad aprehende con toda contundencia esta clave, no podría por ello creerse ilusamente que el asunto se resuelva. Se agrava en cambio tanto más, desde que se trata de la resultante de conjunto, que entre muchas otras realidades incluye lo humano.

Por lo demás, que lo singular emerja explotando a cada paso, impone reconocer que no se trata apenas de singularidades. Y que si bien lo singular presupone el acumulado de singularidad, no siempre esta última se resuelve como inevitable derivación del lado del estallido.

A su vez, que la Psicología termine buscando complemento, apropiándose de lo clínico, hace pensar que es ella ya ilustración de lo singular, antes que oferta de desciframiento a ese nivel. Taponada frente a posibles y reales salidas, la Psicología tradicional, en su afán de coherencia cientifista ilustra más bien las agravadas y bloqueadas opciones de remontamiento de lo reclusivo, de sus factibles sentidos, y -por ende- de su impedida desactivación: sintomática versión compensatoria y contaminada, antes de recurso mínimamente pertinente.

Del sentido que comporta aludir a una estética de lo singular

UNO. De nuevo, al plantearse esta otra cuestión de lo singular -y las condiciones que impone su aprehensión- convendría preguntarse de nuevo por las denominaciones.

¿No hubiera sido -en efecto- más adecuado (en cambio de pensar al final en la urgencia de una “estética de lo singular”) aludir de entrada a una “estética de la singularidad”, dejando superada de una vez, toda aspiración de entronización psicológica, fuere cual fuese?

Ya ha sido reconocido, que sin bien desde un comienzo se ignoró la singularidad, no por ello el alma desaparecía por sólo reconocerlo.

Torna sí indispensable indagar por las razones que justificarían decidir como estética la versión que ubica el tema de lo singular, en cambio de reconocer la presencia reforzada de un modelo clínico de amplio espectro. O sea: ¿qué haría en realidad que lo estético -que en el sentido más amplio pensable versa, versó siempre, a propósito de las formas- supla sin más la urgencia de lo clínico?

DOS. Bien vistas las cosas, son dos los asuntos que hacen obstáculo allí.

El primero, la ampliación de la cobertura de lo estético que incluye entonces, no sólo la envolvencia de las resultantes en tanto portadoras de formalizaciones

(aún siendo estas del registro de lo intangible), también, la asunción de la fuerza, que por contraste, encuentra siempre expresión tangible.⁶⁶

Más finamente asumido todo, la cuestión se concentra en el enigma que consolida el paso desde la fuerza hasta la irrupción de las formas (que, si bien se ve, es lindero donde se apuntala ya el inocultable secreto) y que termina dando paso a la acumulación de fuerzas, en la medida en que se taponan el real despliegue de las formas.

El neutro que acentúa y da cuenta del énfasis estético (que desde entonces coloca allí algo más de cuanto tradicionalmente la Estética -prendada de lo bello y lo sensible- nombrara siempre) se enlaza a esa modalidad, obligando a pensarlo todo partiendo de esa más amplia condición.

Desde entonces, el remontamiento de la contaminación clásica entre la Estética tradicional y lo bello (sumado a ello la inmediatez que aporta lo sensible) resta como modalidad menor, ahora que cobran tanta mayor prelación -e implican una más decisiva y radical incidencia- lo nuevo, el caos, la desmesura.

TRES. Por otra parte, si bien el malestar persiste y se incrementa, no basta con ello para eternizar las pretensiones de lo clínico.

Lo clínico, así fuere sumando a esto las implicaciones de todo malestar, desde que se reconoce en la envoltura de lo doble-forclusivo la condición definitoria que ese modelo defensivo, comporta cuando de la normalidad se trata,⁶⁷ pasa a ser consecuencia de cuanto la tradición apuntaló del lado del error legalizado.

Todo lo cual, obliga por ende a repensar las cosas colocando a lo clínico al margen, y/o sumándole -de una vez por todas- en el asunto también -tal aconteciera con la Psicología tradicional- del lado del síntoma (si se quiere, agravando el síntoma antes que resolviéndolo).

Observadas en cambio las cosas desde un plano meramente teórico, esta decisión apabullante -debe decírsele- si bien no borraría un hacer inveterado, es sin lugar a dudas, francamente decisiva. En efecto, es por ello como se puede entender cuanto de otro modo parecería imposible: o sea, cómo lo clínico puede resultar subsumido de manera directa, disuelto por una clave estética (crítica de la clínica no termina dando clínica de la clínica sino directamente estética).

Y no sólo resulta decisivo este paso en cuanto es -partiendo de allí- cómo lo estético termina suplantando de modo definitivo a lo clínico, disolviendo el lugar (hasta entonces inamovible) que ocupara desde siempre. A su vez, si a nivel de lo empírico se reconoce tal tarea como del registro de lo imposible y de lo improcedente es, por sobre todo, en la medida en que presupone la asunción

⁶⁶ Basta con reconocer que no es directa herencia desde un instinto -indescifrable, para que sea evidente que una fuerza tal no se resuelve en mera pulsión. Por el contrario, ni siquiera se trata del ahondamiento en el tema del malestar, dado que lo singular entendido como concentrado de fuerza, hace de todo malestar modalidad, derivación, de un asunto más vasto que lo humano (que, en cambio, lo precede y remonta).

⁶⁷ De hecho, lo doble-forclusivo no es nada-sobre-nada. Se trata de un modelo alterno que taponan sí la emergencia de cuanto entonces, de modo inevitable subtiende (como, guardadas proporciones, el cemento suplanta a la grama, decidiendo con ello, la presencia de una realidad suplementaria, que sin embargo pasa a ser dominante y primera: la ciudad).

obligatoria de la envolvencia de lo humano (más acá de la selección valorativa que lo escinde y califica).

Cubrir la totalidad de las modalidades de lo humano, deponiendo todo repudio y asumiendo en cambio del modo más pleno el reto de su desciframiento, en tanto se le incluye en una más vasta realidad que lo acoge y redefine, es cuanto (de hecho sin nunca cumplirse) siempre se presupuso indispensable realizar.

Pues bien: es ese el norte que decide la aspiración de apuntalamiento de lo transdisciplinar.

CUATRO. Si al asumir tal condición se corre el riesgo de incómodos señalamientos y de arriesgados e irremontables, retos -así fuera apenas como clave teórica- es esta la única vía posible y/o pensable que pudiera remontar todo inicial (y a partir de allí) constante error -no sólo dando paso a una real estética de la singularidad- sin duda dejando definitivamente atrás los extremos inconvenientes de un hacer sin sólido apuntalamiento de base, incluida la implementación de la "moralina", justificada desde entonces por ello, y de manera inalterable (lo cual resulta válido no sólo a nivel de las aplicaciones clínicas).

A cambio de esto, darle un sitio -no comprensivo, explicativo sí- a lo inhumano, sería (si no el asunto en sí) la tarea primordial sin la cual las cosas restarían del lado de la mera retórica (formuladas acaso, aunque nunca resueltas).

Reconocido lo inhumano como un asunto pendiente, indescifrado -que ha de ser por eso que se moraliza- la búsqueda de su sentido y la explicación de su procedencia ha de ser la ruta se haga factible recuperar el real lugar que lo humano perdiera desde que se impuso la envolvencia máquica.

CINCO. Pues bien: aunque pudiera parecer retorcida e insostenible, es esa la realidad a la cual da paso la consolidación del error eternizado.

Si bien no se borra sin más el malestar por sólo aludir a lo estético, lo cierto es que es el único registro que no se deja recluir en ese destino, que califica de manera envolvente a lo empírico. Y así lo estético se imponga como norte inalcanzable, es apenas cuanto permite mantenerse instalado en la única -e incómoda- posición posible.

¿Por qué resulta ello irremontable a nivel de lo empírico?

En el punto donde se decidiera la cancelación de todo malestar -y de toda urgencia clínica por ende- se toparía con la más tajante reposición de lo doble-forclusivo.

Modelo multiplicadamente negador que se resolvería en esa ilusa meta (asumido en cambio desde su condición de impedimento fundador, imposible de ignorar en su envolvente incidencia) sólo la asunción de lo estético por más inalcanzable que fuere, reconocido como del registro de la tarea imposible, ha de ser cuanto dé paso a la única distancia factible frente al domesticamiento de rebaño que lo doble-forclusivo dispone (tanto para los colectivos como para las más específicas modalidades de lo humano).

Es allí donde la estética de lo singular termina demarcando su registro (aun luego de reconocerlo en su inevitable restricción, asumiendo las limitaciones que necesariamente comporta el fallido esfuerzo de su empírica consolidación).

SEIS. En síntesis -y dado que se impone dar una conclusión coherente frente a tanto impedimento- si se aludió en el punto donde se aspira a un más allá, a una “psicología de la singularidad”, fue sólo en la medida en que se reconociera la ausencia de un adecuado inicio.

Y, cuando se decidió explorar el punto de llegada, apelando al modelo que buscaba develar cuanto rige y decide las cosas en la actualidad (“estética de lo singular”) hubo de ser en la medida en que se asumiera el reconocimiento del bloqueo que -desde un comienzo- el recorrido mismo impuso, las consecuencias que indefectiblemente tal devenir acarreó, generándose así el inocultable y creciente despliegue de lo singular, en cambio de la aspiración más coherente y escueta que pudiera haber permitido a la singularidad, apuntar hacia más convencionales entronques con lo universal.

Esos territorios inhóspitos son sin embargo los espacios a llenar a partir de ahora. Nunca, los puntos de evidencia que estuvieran apenas invirtiendo la mítica ilusión de un paraíso realizado. La más celestial e inconveniente versión de un -entonces religioso- “más allá” (así se le sumara -trayéndolo al “aquí y ahora” de la experiencia, el reconocimiento fenomenológico de un “más acá”, fusionado a ello).

Sea.